



MIGUEL CAMILO PINEDA CASAS

SALVAR LA VEJEZ. UNA MISIÓN FILOSÓFICA

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Filosofía
Bogotá, 16 de enero de 2019**

SALVAR LA VEJEZ. UNA MISIÓN FILOSÓFICA

**Trabajo de Grado presentado por Miguel Camilo Pineda Casas, bajo la
dirección del Profesor Dr. Luis Fernando Cardona Suárez,
como requisito parcial para optar al título de Magíster en Filosofía**



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Filosofía
Bogotá, 16 de enero de 2019**

Bogotá, 16 de enero de 2019

Profesor
Luis Fernando Cardona Suárez
Decano
Facultad de Filosofía
Pontificia Universidad Javeriana

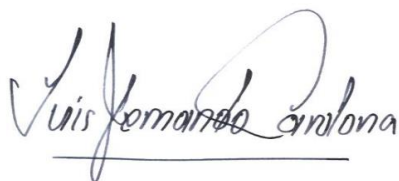
Estimado profesor Cardona

Reciba un cordial saludo. Presento el trabajo de grado del estudiante Miguel Camilo Pineda Casas, titulado *Salvar la vejez. Una misión filosófica*, para optar al título de *Magister en Filosofía*.

En este trabajo Miguel Camilo examina un tema de enorme relevancia cultural para el mundo contemporáneo: el envejecimiento. Para ello, realiza una sugerente investigación filosófica, mostrando la ambigüedad que afecta a la experiencia del envejecimiento en la cultura contemporánea. En esta investigación Miguel Camilo establece un puente de trabajo entre el discurso histórico sobre el envejecimiento, la gerontología, el análisis cultural de la vida humana y la dilucidación filosófica de la experiencia humana de los fenómenos de la enfermedad y de la vivencia del tiempo. En este puente el estudiante muestra su competencia filosófica para el trabajo interdisciplinario y para abordar con rigor temas de profunda pertinencia humana. En este trabajo Miguel Camilo apuesta por una redefinición del trabajo filosófico en el mundo contemporáneo, a saber, la entrega afable a nuestras posibilidades más propias marcadas por el ritmo del tiempo. Para realizar esta redefinición, entabla un diálogo con varios pensadores contemporáneos. Este diálogo cuanta con una adecuada revisión bibliográfica.

Una vez revisado el manuscrito final considero que cumple satisfactoriamente con lo esperado por la Facultad y, por ello, solicito se inicien los trámites para su evaluación y, posterior, sustentación pública.

Cordialmente

A handwritten signature in black ink, reading "Luis Fernando Cardona Suárez". The signature is written in a cursive style and is positioned above a horizontal line.

Luis Fernando Cardona Suárez
Profesor Titular Facultad de Filosofía

A la memoria de mis abuelos Pocho y Nora, y Max, cuya vida, vejez y muerte fueron sabias, amorosas e inspiradoras, al igual que ellos. A ustedes, mis viejos, toda mi gratitud y admiración.

A Fernando, mi maestro que me ha guiado con la curiosidad de un niño y la sabiduría de un viejo. Cuando sea grande, quiero ser como él.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	11
1. Los aprietos de la vejez	23
1.1 En medio de la incertidumbre.....	24
1.2 De mal en peor.....	39
2. ¿Sin escapatoria?	47
2.1 Fingiendo ser otro.....	49
2.2 Un aparente mal negocio	63
2.3 La condena.....	69
3. El encuentro afable	75
3.1 Sin camuflaje	76
3.2 Cuidar más que la armadura	84
3.3 Ante las molestias, una actitud afable	99
Conclusiones	111
Bibliografía	117

INTRODUCCIÓN

Un día como cualquier otro, quizá un domingo, el día para mercar, me topé con una sutil pero contundente realidad. Por los pasillos del súper mercado encontraba cremas antiarrugas, tintes que prometen ocultar las canas a la perfección, y cualquier cantidad de productos para ‘despertar’ y ‘potenciar’ al joven interior de los ancianos. Todo esto me comenzaba a dar ligeras sospechas sobre lo que está pasando hoy en día. Luego de la aventura en el mercado escuchaba en las noticias y leía en los diarios algunas discusiones sobre la jubilación, la edad y el monto de la pensión, los problemas de salud de los ancianos que agobian un poco el sistema de salud, entre otros debates similares. Vi también algunos de mis vecinos angustiados porque no tienen acceso a ciertos medicamentos, o porque el cobro de su pensión se ha vuelto un trámite complicado.

Todas estas situaciones confirmaron mis sospechas y me arrojaron a pensar una triste realidad, a saber: *la vejez está en peligro de extinción*. Hoy en día muchos factores amenazan la vejez, quieren erradicarla como si fuera uno de los males más terribles de la humanidad. Por tanto, me he propuesto examinar con cierta actitud de detective filosófico lo que sucede con la vejez, para poderla salvar, o darle otra tonalidad distinta a la que tiene hoy en día. Así las cosas, el propósito de esta investigación es analizar lo que significa la vejez hoy, y ante tal panorama, poder tomar una postura filosófica para resaltar aquellas virtudes de la vejez que hoy parecen estar en apuros.

Para lograr este objetivo es necesario comenzar a examinar con una mirada retrospectiva el camino que nos ha traído hasta este punto, para posteriormente situarnos en la actualidad y poder determinar cómo está la situación de la vejez

actualmente, y así, finalmente, reflexionar sobre esta situación y con esta reflexión darle una nueva perspectiva a la vejez, una que tal vez la salve de la situación en la que está inmersa.

Así las cosas, comenzaremos por afirmar nuestra sospecha: la vejez está en aprietos. Pero ¿cómo se ha llegado a esta situación? En primer lugar, es necesario preguntarnos qué es la vejez. Para nuestra desgracia, éste es un término impreciso, pues ¿cuándo se llega a viejo? Muchas áreas del saber han tomado postura sobre este aspecto, pero desafortunadamente no hay una última palabra al respecto. La falta de consenso se debe a que la vejez está permeada de varios aspectos, pues ciertamente tiene un componente fisiológico, psicológico y social; además de estar fuertemente influenciada por la percepción interna del sujeto que se considera viejo, y el señalamiento externo que se hace sobre otro, es decir, cuando desde fuera se dice que alguien ya llegó a viejo por distintas razones. Todas estas variables hacen que la vejez sea bastante compleja de delimitar y definir, particularmente porque aquellos criterios que podrían delimitarla, varían con el tiempo, haciendo que la definición y el sentido de la vejez cambien según el contexto.

Ante esta dificultad nos queda la opción de examinar cómo ha sido entendida la vejez en diferentes etapas de la historia occidental. Entonces, comenzamos nuestro recorrido por las sociedades occidentales tradicionales, es decir: Grecia y Roma. En la antigua Grecia el ideal de hombre consistía en asemejarse a los dioses, a su belleza y su fuerza, por tanto, las actitudes heroicas se llevaban el protagonismo. En este contexto, la vejez no podría significar otra cosa que un mal, pues con la pérdida de las capacidades físicas y el deterioro del cuerpo, ya no solo no lucía tan bello como solía hacerlo años atrás, sino que también se esfumaba el heroísmo, y con él, la esperanza de alcanzar la realización de hombre prevista para aquel entonces. La vejez era tan temible para los griegos, que incluso llegaron a catalogarla como un castigo de los dioses, uno de los males más devastadores que podía caer sobre los hombres.

Sin embargo, esta visión también es relativa, pues los veteranos de guerra, como aquellos viejos sabios de la Grecia homérica, eran escuchados con respeto y admiración, pues a través de su experiencia, conocimiento y sabiduría adquirido por

los años, podían guiar estrategias o aconsejar a los jóvenes soldados. Aunque, claro, este respeto y admiración no era para los ancianos en general, sino para aquellos que habían tenido éxitos en sus hazañas de juventud y que además contaban con los medios económicos para ser escuchados por los jóvenes. Mientras que los ancianos que no habían sido guerreros y tenían un origen más modesto, no se encontraban ni cerca de contar con la admiración que tenían otros ancianos, así que quedaban condenados a ser mendigos.

Por otro lado, la civilización griega se ocupó también de pensar diversos aspectos de la vida por medio de la filosofía; sin embargo, la vejez no era un tema relevante para la discusión. En la mayoría de obras filosóficas que han perdurado en la historia encontramos algunas reflexiones sobre la vejez alrededor de otros temas principales, pero no hallamos una obra dedicada exclusivamente a la reflexión de la vejez. Sin embargo, en lo poco que podemos localizar sobre ella en discusiones filosóficas, se ven posiciones contrarias. Por un lado, está Platón, y el diálogo entre Céfalo y Sócrates en la *República*. En este diálogo encontramos que la vejez tiene sus ventajas, pues con el decaimiento del cuerpo, y con él sus capacidades y placeres, la reflexión se facilita y es más sencillo lograr una actitud contemplativa, lo cual, contrario a ser considerado un mal, es considerado un bien. Por otro lado, encontramos a Aristóteles, desde su perspectiva los viejos son huraños, tienen mal carácter y nadie quiere ser su amigo, por lo cual la vejez no es garantía ni de sabiduría, ni de capacidad política.

El panorama de la vejez no mejora con el pasar del tiempo. Posteriormente, en Roma, la vejez tuvo un momento de ascenso, cuando los viejos, por su sabiduría y experiencia, estaban en cargos altos dictando leyes estrictas. Sin embargo, aquellas leyes tan rígidas tuvieron como consecuencia el despertar de varias guerras civiles que dejaron a los ancianos fuera del poder y del aprecio del pueblo. Una vez sin poder, los ancianos quedan arrojados a su tristeza; pues ya no tienen poder, ni reconocimiento por parte de su pueblo. Entonces, quedaron arrojados a sus pesares, a los nostálgicos recuerdos de aquella posición de afecto y reconocimiento que obtuvieron en algún momento, pero que no obtendrán de nuevo. Esta situación hizo que los ancianos se

convirtieran en la imagen del sufrimiento, plasmada en grandes piezas artísticas y literarias.

A su vez, aquella situación dio lugar a muchas reflexiones sobre la vejez que, en contra de todo pronóstico, no eran tan desoladoras como se esperaba. Las corrientes de pensamiento que encontramos fascinantes, las hallamos en un contexto estoico, el cual aborda las reflexiones sobre la vejez desde una perspectiva terapéutica. Para comenzar con la terapia filosófica de la vejez, es necesario hacerse ciertas preguntas, por ejemplo: ¿realmente la vejez es mala, o podría ser buena? y ¿Cómo prepararse para la vejez y no sufrir por ella? Estas preguntas fueron resueltas de una manera particular. En primer lugar, la vejez no es ni buena, ni mala, sólo sucede como suceden las cosas de la naturaleza. Por tanto, si la vejez ha de ser considerada buena, o mala, sería por la actitud de quién la reciba, pero en sí misma ni la vejez, ni la enfermedad, incluso la muerte, no son buenas, ni malas. Así pues, una solución ante los males de la vejez es ejercitarse en la reflexión y en tomar una actitud de apertura, y no de rechazo, ante las inevitables situaciones que trae la naturaleza, para que estos azares de la vida no perturben la felicidad que se desarrolla con independencia de la salud, la belleza, el reconocimiento social, entre otros factores que sin duda varían con el tiempo. Hasta este punto la vejez ha pasado de ser un castigo divino, a una situación de la vida que permitiría la reflexión y no debería influir para nada en la búsqueda de la felicidad.

Así las cosas, la vejez se ha visto en medio de la incertidumbre, pues ha sido odiada por muchos, pero aceptada por otros que han visto en ella ciertas virtudes y posibilidades. Sin embargo, este panorama incierto va de mal en peor con desarrollo de la industria y las nuevas tecnologías. Para empezar, con la aparición de la imprenta, los ancianos, que eran portadores de la tradición oral, se ven despojados de esta debido a que gracias a la imprenta estas memorias se podían conservar y divulgar con mayor facilidad. Posteriormente, con la aparición de la industria y la caracterización de la vida en términos de producción, los ancianos quedaron excluidos del desarrollo social, pues sin la capacidad física suficiente para desarrollar ciertas tareas, más que aportar a la sociedad naciente, fueron catalogados como estorbo, dejándolos resignados a la beneficencia de la iglesia y a algunas obras de caridad.

Cuando el trabajo, la producción y el dinero se apoderaron de los criterios que determinan la vida en útil o inútil, el panorama para la vejez se veía todavía más oscuro, en su horizonte no se ve salida alguna, pues la aniquilación de la vejez se aproxima. Sé lo que pueden estar pensando, pero no estoy exagerando, ni delirando. Aquel día de mercado, al estar rodeado de productos para contrarrestar el envejecimiento, me percaté de esta horrible realidad. Pensar la situación actual de la vejez nos demanda abrir los ojos a los pequeños detalles que, tal vez, hemos normalizado y no nos parecen nada escandalosos los productos antiedad. Sin embargo, ¿qué significa para la constitución humana la aparición de estos productos? Vivimos en la época del café descafeinado y los humanos sin envejecimiento. ¿Esto es eso posible? Estamos en la época del olvido esencial: el café descafeinado no es café, y la humanidad sin envejecimiento, sin canas, sin arrugas y sin enfermedades, no es humanidad. Pero parece que esta renuncia a la esencia constitutiva de las cosas está siempre en la agenda del día de la ciencia y la economía.

Analicemos lo siguiente, con el dinero y el trabajo atravesados en la humanidad, se ha asociado la juventud a la producción debido a su excelente estado de salud. Esta asociación trae consigo una ilusión estética, pues las personas se ven constantemente como jóvenes, se sentirán como tales, se sentirán con buena salud y producirán a buen ritmo. Este tipo de asociaciones e implicaciones han ido de la mano con el desarrollo de la técnica y la medicina. La medicina se ha transformado radicalmente en el último siglo, los múltiples descubrimientos científicos y el uso de diversas tecnologías ha hecho que la medicina logre hazañas que antes se pensaban imposibles.

El modelo que rige la medicina hoy en día es un modelo de perfeccionamiento, más que de terapéutica. Este cambio de modelo permite pensar la vejez desde una perspectiva diferente. A comienzos del Siglo XX la vejez llamó la atención de los médicos que, preocupados por sus necesidades específicas, comenzaron a gestar una especialidad médica exclusivamente dedicada a atender las necesidades de este grupo. Sin embargo, en el surgimiento de esta especialidad aparecieron preguntas difíciles: ¿la vejez es una enfermedad? ¿Necesita tratamiento o acompañamiento? Estas preguntas llevan a otras más difíciles: ¿qué es lo normal y qué es lo patológico? Responder estas

inquietudes no es sencillo, pues todo lo referente a lo humano va cambiando como cambian los humanos. Con esto en el panorama, surge la *gerontología* como una especialidad del saber que se encarga de analizar y acompañar los diversos procesos de la vejez, siendo estos de origen médico, psicológico, social, entre otros. Pero hablando exclusivamente de la medicina, la *geriatría* nace como el tratamiento médico de la vejez. Pero, ¿la vejez es una enfermedad que necesita tratamiento?

Para los médicos precursores en los estudios particulares de la vejez, ésta no es considerada una enfermedad, pero ciertamente presenta situaciones particulares y diversas enfermedades que requieren atención y tratamiento médico. Sin embargo, hoy en día, algunas posturas contemporáneas aceptan que la vejez no es una enfermedad, pero sostienen que por sus diferentes padecimientos es *como si* fuera una, por tanto, es un deber de la medicina tratarla, pero además buscar su erradicación. Esta preocupación por la vejez trasciende la fisiología y las necesidades de salud, para pasar a un campo estético, pues la búsqueda por erradicar la vejez no consiste solamente en erradicar la hipertensión o el Alzheimer, entre otras enfermedades comunes en la vejez que aquejan a la humanidad en general, sino lo que se busca con la erradicación de la vejez es su imagen, el verse y sentirse viejo.

Entonces, ante esta latente necesidad, aparece la medicina estética como una posible solución, acompañada, además, por la industria cosmética. Así, como lo habíamos mencionado antes, perseverar en la juventud no sólo es un asunto de salud, sino estético, pues verse viejo implica verse frágil, vulnerable, susceptible a enfermedades, y con ello, a la baja producción. Por tanto, la búsqueda por erradicar la vejez trae consigo una preocupación más profunda, pues se busca la eliminación de la vejez debido a que revela nuestra fragilidad, que hoy en día es aterradora debido a la nueva concepción humana que busca la superación de la fragilidad, la vulnerabilidad, e incluso la mortalidad, para alcanzar algo más allá de lo humano, algo más capaz, más fuerte, y claro, más productivo.

Esta transformación en otra especie de humano, que trasciende sus limitaciones tiene efectos no tan escandalosos como el tratamiento antiarrugas, el tinte para el cabello, e incluso algunos procedimientos quirúrgicos para transformar la vejez y su

evidente declive físico en la potencia creadora asimilada con la juventud. El imperio de los jóvenes se ha introducido tan profundamente en el corazón de las culturas occidentales que los viejos mismos buscan aferrarse con las uñas y con todo lo que tienen a esta etapa de la vida, no sólo por su apariencia física, sino por la sobrestimación que tienen los jóvenes en las sociedades contemporáneas. Este *jovenismo* surge por doble vía, por el deseo de permanecer en la juventud para siempre y, por otro lado, de volver a ella a como dé lugar, evitando, desde ambas perspectivas, el inevitable develamiento de la vulnerabilidad.

Los intentos médicos y estéticos por conservar siempre la juventud, su belleza y buen estado de salud, parecen apuntar a futuros más lejanos; por ahora es un proceso que se va desarrollando con lentitud, pero con seguridad. Sin embargo, mientras la ciencia logra erradicar la fragilidad de los seres humanos y con ella la vejez, ¿qué hacer con los que ahora son viejos? La intención más noble sería protegerlos; ciertamente, hay hogares para ancianos, y sus familias que se encargan de protegerlos y brindarles todo lo que necesitan para garantizar su bienestar. Pero a pesar de nuestras buenas intenciones hay una perturbadora realidad en el fondo. Como los contextos vitales actuales están atravesados por el dinero, costear la vida de un anciano, en todas las condiciones que esta requiere, es altamente costoso. Con la edad llegan las enfermedades y con ellas la necesidad de adquirir medicamentos que fluctúan desde ser económicos o subsidiados, a ser inalcanzables para la mayoría de la población.

Además de que son costosos, la relación costo-beneficio en la manutención de un abuelo no parece ser tan buen negocio; porque necesita mucho, pero aporta poco, al menos si hablamos de producción mercantil. Así las cosas, se ha llegado a proclamar que la vejez es un problema financiero mundial, porque mantenerlos es muy costoso comparado con los pocos o nulos aportes que hacen en términos de producción y acumulación de riqueza. De tal modo que se ha propuesto aumentar la edad de jubilación y disminuir el valor de la pensión. Dicen, quienes manejan estos asuntos, que la vejez pone en riesgo las finanzas públicas y privadas. ¿No será más bien al contrario? Quizá sea la preocupación por las cifras financieras lo que tiene en peligro

a la vejez, lo que olvida y descuida las necesidades más humanas resaltadas en la etapa más avanzada de la vida.

Ahora bien, si nos ponemos unos lentes con un filtro un poco más conspirativo, podemos comenzar a pensar que los altos costos a las necesidades de la vejez, como también la instauración del *jovenismo* como la ideología de turno, tienen entre manos la aniquilación de la vejez, esta vez no a largo plazo como lo pretende la ciencia, sino fácticamente, en este instante. Suena aterrador, y de hecho lo es, pues los dos criterios que hemos mencionado anteriormente, más la creencia de que la vida digna es una vida sin sufrimiento, cómoda, sin fragilidad, enfermedad, pesares y sin ningún tipo de dolor, ha llevado a poner la eutanasia sobre la mesa como una posible solución a todos estos problemas.

Quizá a la mayoría de nosotros nos suene que la eutanasia es una buena idea, pues en la vida se presentan dolores tan terribles y sufrimientos incomprensibles que ante ellos la muerte parecería ser la mejor opción. Sin embargo, no debemos perder de vista el origen de esta expresión, pues eutanasia, desde su composición con vocablos griegos, significa 'buen morir'. Así las cosas, bajo en panorama actual, el buen morir es morir como un joven, como quedarse dormido sin padecer absolutamente ninguna perturbación. Pero, aunque todos quisiéramos morir así, la vida y la naturaleza no son tan consideradas con nosotros, y nos presentan situaciones que debemos sortear con la mayor sabiduría posible. Entonces, ¿la verdadera eutanasia no sería más bien morir en calma, con el espíritu tranquilo y la serenidad de haber vivido y disfrutado cada etapa de la vida? Esta pregunta la debatiremos con cuidado a lo largo de nuestra investigación.

Por lo pronto, podemos anunciar que en el razonamiento contemporáneo el sufrimiento, constitutivo de la realidad humana, es indigno; por ello, se formulan políticas para acabar con la vida cuando está inundada de sufrimiento. Esta idea se vende bien, pero en el fondo puede tener macabras intenciones, pues generalmente quienes sufren, tienen necesidades sumamente costosas; de tal modo que, si eligen la muerte prematuramente, es un buen negocio puesto que no sería necesario invertir recursos en ellos, si además no los pueden retribuir.

Sin duda, el panorama actual de la vejez es aterrador, casi arrojada a sentencia de muerte si no se doblaga y pretende ser otra, siempre joven, siempre bella, siempre productiva. Sin embargo, no todo está perdido todavía, y en nuestra investigación tenemos la responsabilidad no sólo de detectar los problemas actuales que asedian a la vejez, sino que debemos retornar a la esencia de la filosofía. Es decir, nos ocuparemos de los asuntos más humanos en su particularidad y especificidad, pues estos asuntos que nos preocupan ameritan reflexión y demandan ser pensados en sí mismos, para desde allí comprenderlos y acogerlos. La importancia de la reflexión filosófica sobre la vejez trasciende las pretensiones académicas, pues ya hemos visto que la vejez es difícil, pero pensar la vejez implica, a su vez, pensar la vida misma, su desarrollo y su desvanecimiento. En efecto, pensar la vejez filosóficamente es pensarnos a nosotros mismos, lo que fuimos, lo que somos, lo que seremos, para abrimos a las posibilidades de las nuevas situaciones y acogerlas afablemente, para vivir y morir con un espíritu sereno.

La reflexión filosófica debe comenzar por examinar la constitución humana tal cual es, frágil y vulnerable, contingente. Esta misión puede ser difícil, pues se requiere mucho valor para pararse frente al espejo profundo de la filosofía y comenzar a descubrirse, conocerse y autoconquistarse constantemente. Aceptarnos frágiles es el primer paso para transformar la vejez en una posibilidad, y ya no sea considerada un problema. Ahora bien, el hecho de reconocernos frágiles, no quiere decir que seamos víctimas de la vida, el mundo, o la naturaleza. Entonces, los ancianos, a pesar de su situación actual, no están condenados a la soledad, la tristeza, el deshacimiento sin más. Para poder recuperar la iniciativa y quitarnos la venda de la condena de los ojos, es necesario abrimos, con una actitud serena, a otras posibilidades más profundas sobre nosotros mismos.

Un ejemplo es ello es ir más allá de los cuerpos, de la belleza física. No vamos aquí asumir ahora problemas que no nos corresponden tematizar en esta investigación, pero ciertamente tenemos que aceptar que nuestro cuerpo no es toda nuestra realidad, sino que hay asuntos más elevados que lo trascienden y que también demandan nuestra atención y nuestro cuidado. Una forma de cuidarnos ciertamente es procurarnos

bienestar físico, pero nuestro bienestar espiritual puede verse bien cuidado en la compañía de otros, es decir, con amigos.

La amistad en cualquier etapa de la vida es esencial, pero en la vejez toma un significado mayor. Pues cuando nos hacemos viejos, esperamos que quienes nos han querido, lo hayan hecho por algo mucho más allá de nuestro cuerpo, que en la vejez se ve considerablemente transformado. Esperamos que quienes nos hayan querido lo hayan hecho por nuestras virtudes, incluso también por nuestros vicios. En compañía de los amigos la virtud se enaltece, pues entre personas que se quieren, como lo hacen los amigos, se procuran el mayor bien, el desarrollo de las capacidades, y el cumplimiento de los sueños; como también se procura el tratamiento de los vicios, para superarlos, o incluso, para compartirlos.

En compañía de un amigo la potencia vital permanece, no importa la edad, las arrugas, o las enfermedades, importa la complicidad y la confianza, aquella que es suficiente para ir jugar bingo, hablar de viejos recuerdos, cantar canciones de época, incluso, emprender aventuras inimaginables. Los viejos no están desahuciados, no son escombros de la sociedad que se levantó sobre ellos con todo su esfuerzo; los ancianos están en una etapa de su vida en la que desarrollan nuevas capacidades, como la capacidad para la contemplación, la teoría, y la reflexión.

Con la vejez el tiempo y las capacidades cambian. El tiempo debía ser aprovechado intensamente, sin desperdiciar ni un solo segundo, pero ahora, en la vejez, el tiempo pasa más despacio, pero a la vez más rápido, pues se agota con prontitud. Pasa más despacio porque se despierta la consciencia de este, porque hay tiempo para hacer nada, para tomar la siesta, para descansar, salir a caminar, beber un trago con los amigos, ir al médico, charlar con los hijos o los nietos, o recordar pasadas andanzas. El tiempo se ha transformado, ya no hay que aprovecharlo, hay que disfrutarlo, y dejarlo ir no se traduce en pérdidas financieras, sino en la contemplación de la propia finitud, del deshacimiento en el mundo, y el despertar del espíritu sereno.

Cuando el tiempo y la vida se agotan, reflexionar sobre la muerte se convierte en algo inevitable. Pensar en la vida que se termina y la muerte que se avecina se hace ineludible, y es allí donde la contemplación toma más fuerza porque tiene el tiempo y

a necesidad de enfrentarse a las inquietudes que siempre ha tenido, pero no han sido atendidas como se debía. Reflexionar, asumir las nuevas capacidades, las nuevas formas de belleza y cuidarse, y cuidar a los amigos, hace que los pesares de la vida disminuyan. La filosofía no elimina los pesares, pero la reflexión da cierta tranquilidad de espíritu que, con o sin pesares, la vida transcurre serenamente hasta que se encuentra con la muerte. Sin duda, para ello se requiere fomentar una cierta tonalidad afable frente a los cambios de la vida y a sus nuevas exigencias. Este es quizá el verdadero sentido de la eutanasia, el buen morir que va de la mano con un espíritu tranquilo, que abraza la muerte como a una vieja amiga y suelta la vida en un suspiro, como quien se despide de un gran amor.

1. LOS APRIETOS DE LA VEJEZ

Abordar la vejez puede ser un asunto difícil, pues aunque ha habido ancianos desde siempre, la comprensión de esta etapa de la vida ha ido fluctuando a través de los años. Esto se debe a que no se ha podido precisar lo que es la vejez, desde cuándo comienza, cuáles son sus causas, entre otros detalles que resultan determinantes para la comprensión de esta etapa de la vida que nos resulta tan inquietante como agobiante. Ciertamente, las consideraciones sobre la vejez han cambiado a lo largo del tiempo, dependiendo de los criterios que se han establecido en cada época para pensar el curso de la vida. Sobre este asunto, Michel Philibert (1984), se pronuncia de manera acertada al decir que:

La vejez humana tal como la conocemos hoy, es, en otras palabras, una creación de la historia. Esta observación justifica al mismo tiempo la hipótesis de un cambio de estatus del anciano a lo largo de la historia de las sociedades humanas, y la dificultad de verificarla, si consideramos que no es solamente un status lo que ha cambiado, sino también el anciano mismo (p.16).

Para poder comprender cuáles son las problemáticas y las necesidades de la vejez en nuestro tiempo, se hace necesario hacer un pequeño recorrido por las comprensiones de la vejez que se han dado a lo largo de la historia, para así ir notando las inquietudes que van surgiendo alrededor de esta etapa de la vida, hasta llegar a los problemas contemporáneos que hoy nos preocupan y demandan nuestra atención filosófica. Sabemos lo complejo que es hacer un examen completo y riguroso de la vejez a lo largo de la historia; por ello, nos limitaremos a enunciar *grosso modo* algunas características que determinadas épocas le han atribuido a la vejez. También veremos cómo los ancianos han ido ocupando o dejando algunos cargos esenciales en el

desarrollo de las sociedades, hasta llegar al rol que desempeñan hoy en día en la construcción y el desarrollo de las sociedades contemporáneas. De este modo, haremos un ligero y breve viaje a través del tiempo, apenas lo justo para recolectar algunos aspectos necesarios para nuestra investigación.

1.1 En medio de la incertidumbre

De entrada, nos encontramos con una gran dificultad: la delimitación de la vejez es imprecisa. Bien lo enuncia Simone de Beauvoir (2011): “estudiar la condición de los viejos a lo largo de diversas épocas no es tarea fácil. Los documentos que disponemos muy rara vez aluden a ellos: se les asimila al grupo de los adultos” (p.108). La afirmación de Beauvoir nos deja en evidencia un aspecto clave para la investigación de la vejez, a saber, en las sociedades antiguas no dividían la vida en etapas como lo hacemos nosotros hoy en día, entonces: ¿cómo delimitar a alguien como “viejo”? Veremos que estos criterios han variado dependiendo de la época, los acontecimientos históricos y los avances en la ciencia. Así pues, la vejez puede estar determinada por la inserción al mercado, el abandono de la vida útil en la guerra o la relación de proximidad con la muerte según las condiciones físicas del sujeto.

Para comenzar analizaremos la función de los viejos en las sociedades antiguas tradicionales antes de la aparición de la imprenta y la burocracia del Estado. Aquí podemos ver cómo los ancianos, a pesar de sus males, son elogiados por su experiencia, sabios consejos, elocuencia y abundantes conocimientos. Pero también vemos cómo, lejos de la perspectiva adorable de la vejez, aparece el lado perverso de esta etapa de la vida, pues los viejos son también gruñones, seniles y caprichosos¹. Sin embargo, los

¹ Arthur Schopenhauer es el exponente de esta descripción, no sólo por su conocido carácter, sino por su obra *Senilia. Reflexiones de un anciano* (2010), en la cual aborda algunos de estos temas, entre muchos otros, que ocuparon sus reflexiones al final de su vida. Sus anotaciones abarcan todo tipo de temas, desde el color, los fenómenos y noúmenos, hasta la percepción de la duración de la vida humana. Ejemplo de ello es la siguiente consideración: “La vida humana no debe llamarse propiamente larga ni corta, porque, en el fondo, es el parámetro sobre el cual estimamos todas las demás extensiones del tiempo” (I33,7; p.333).

viejos representan la continuidad de la memoria de un grupo, pues en ellos están acumulados los valores y experiencias de una sociedad que se pasan de generación en generación. Aun así, a pesar de ser adorables y sabios en algunos casos, en las sociedades occidentales más complejas se pone en duda la sabiduría y la experiencia del anciano y, aún más, su utilidad en la sociedad². Esta reducción se hace más evidente con la aparición de la imprenta y la revolución industrial, que cambian para siempre la comprensión de las sociedades y, con ello, la comprensión y el lugar de los viejos en su desarrollo. Por lo pronto, comenzaremos con el examen de las sociedades antiguas tradicionales, como Grecia y Roma.

Comenzaremos con la Grecia antigua, la madre de la civilización occidental. Esta civilización se caracteriza por la búsqueda implacable de la verdad, la belleza y la fuerza. Entonces, ¿hay lugar para la vejez en una sociedad que lleva al hombre al límite de sus capacidades? Pues bien, la vejez representa todo lo opuesto al ideal griego, al incluir en ella el mal de las enfermedades y el sufrimiento y, por supuesto, la cercanía con la muerte. De este modo, “la decrepitud es peor que la muerte, pues hace perder cualidades a los héroes, en tanto que ésta garantiza la grandeza del destino” (Minois, 1987, 68); en este sentido, es mejor la muerte, y más aún si proviene de la espada enemiga, que de los pesares de la vejez.

Con este panorama la vejez es considerada un castigo divino. Hesíodo ya anuncia en sus obras la tristeza de la vejez, pues es hija de la noche, diosa de las tinieblas, nieta del caos, hermana de la muerte, la miseria, el destino, el sueño y las concupiscencias (*Teogonía*, v. 225). Claramente con este linaje la vejez de ninguna manera es considerada un bien; tanto es así, que Zeus para vengarse de los hombres, a los que Prometeo había dado el fuego, les envió a Pandora, que liberó sobre la tierra “las crueles enfermedades que la vejez acarrea a los hombres” (*Los trabajos y los Días*,

² Este es el problema que examinaremos en este trabajo. Dilucidar cómo la vida obtiene valor en la medida en que es útil, y con ello evaluar la posición que adquiere la vejez en esta comprensión, para así entender fenómenos de nuestra vida actual que ponen en jaque el desarrollo y la comprensión de la vejez fuera del marco de la utilidad. Esto nos permite abordar reflexivamente una serie de problemas alrededor de la ancianidad. Estos asuntos serán enunciados en la medida en que nuestra reflexión avance.

v. 90). Antes de eso, los hombres no conocían el trabajo, la aflicción y la vejez, pues morían como si durmieran, regocijados de juventud y vitalidad.

Por su parte, en la Grecia de Homero, los viejos, a pesar de sus males, toman la palabra en los consejos. Con ello desempeñan un papel consultivo, debido a su experiencia y conocimiento sobre diversos asuntos, particularmente, aquellos que tienen que ver con la guerra. Los ancianos eran venerados como antiguos héroes de combate a los que se les escuchaba con respeto. Aunque no podemos desconocer que los viejos que no fueron guerreros y tienen origen modesto están lejos de ser importantes consejeros, pues pasan sus días mendigando. Además, a pesar del importante papel consultivo de los ancianos, la epopeya homérica claramente exalta la juventud, la fuerza y la belleza; pero esto no quiere decir que se desprecie la sabiduría de los viejos, que se desarrolla en un segundo plano, una cierta capacidad para la teoría: la contemplación (Marquard, 2001).

Posteriormente, con el auge que los filósofos tuvieron en la cultura clásica, la vejez se convirtió en un tema que ocupó al pensamiento, aunque nunca logró un lugar primordial en la cotidianidad. Ciertamente, la mayoría de los filósofos alcanzaron una edad avanzada, por lo cual pensaron la vejez desde sus propias vivencias; generalmente agobiados por el agotamiento y las enfermedades se tomaron a ellos mismos como sujetos de estudio. Con todas las angustias que la vejez les otorgaba a los filósofos, ninguno de estos afirmó que la vejez fuera por sí misma un bien; todos aceptan mal la vejez al igual que todos los demás.

Sin embargo, Platón fue un defensor de la vejez, aunque claro, desde una perspectiva ideal de la decrepitud. En los pocos fragmentos de su obra en los que la vejez aparece, se habla sobre ella pensando cómo podría y debería ser vivida. El arquetipo de la vejez de Platón es Céfalo, un rico comerciante del Pireo, que vive en condiciones ideales, pues es robusto y está cultivado intelectualmente. Céfalo es, naturalmente, débil debido al pasar de los años; incluso, en la *República* le confiesa a Sócrates que le cuesta caminar los ocho kilómetros hasta Atenas (328c). Sin embargo, reconoce que en la medida en que sus placeres físicos van desapareciendo, sus goces y necesidades del espíritu se incrementan (329a-d). En la conversación que tiene con

Sócrates, Céfalo vincula la felicidad de la vejez a la virtud, en lo cual influye bastante el deterioro de los placeres físicos, del cual se lamentan otros ancianos contemporáneos a Céfalo.

Además del elogio de la vejez en ese pequeño pasaje de la *República*, en la obra de Platón los ancianos tienen un papel especial en el desarrollo de la sociedad política. Por ejemplo, en el libro tercero de la *República* encontramos que resulta evidente que las personas de más edad deberían mandar sobre los más jóvenes (412a). Por otro lado, en *Leyes*, los ancianos tienen también cargos sociales importantes, pues no sólo presiden los banquetes, sino que las mujeres mayores son supervisoras de matrimonio (784a), como los hombres son consultados para resolver casos legislativos o administrativos difíciles (715e). Además, se reconoce que la vejez tiene sus necesidades y por ello se le procura un lugar de descanso y cuidado; en especial, porque un hombre en edad avanzada, agobiado por el debilitamiento físico y mental, podría cometer un delito (927b).

Con todo, tantos lujos y cuidados en la visión platónica de la vejez nos permiten sacar una conclusión, a saber: toda la idealidad en la que se presentan los elogios y las posiciones sociales de la vejez en la obra platónica revelan que el ambiente real y concreto de los ancianos de la época era realmente deplorable; seguramente, ellos se encontraban en una situación de inferioridad y rechazo que se presenta en las ciudades reales de la época. Por lo cual, era necesario para ellos contar con un trato como el que se plantea en la utopía platónica.

En contraposición a la postura platónica en la que las cualidades espirituales se benefician del debilitamiento del cuerpo, lo cual libera a los hombres de la esclavitud de las pasiones, en Aristóteles encontramos una visión pesimista y oscura de la vejez. Ésta no es garantía de sabiduría ni de capacidad política. La experiencia de los ancianos tampoco es buena, pues solamente es la acumulación de errores en un espíritu endurecido por la edad. Para Aristóteles, la vejez es un asunto grave debido al debilitamiento de la unión de alma y cuerpo, pues “hay tanto como la vejez del cuerpo: la de la mente” (*Política*, 1271a). De tal modo que la decrepitud del uno, afecta al otro,

así que la salud y la capacidad física plena son indispensables para la práctica de la sabiduría y de la virtud.

Por el vínculo entre alma y cuerpo, y el inevitable deterioro de este último, que afecta también al alma, los ancianos son moralmente nefastos, pues según Aristóteles son culpables de la mayoría de los males. Los ancianos son avaros, egoístas, interesados, además del carácter difícil que poseen. La descripción de los ancianos que da Aristóteles está en su mayoría consignada en la *Ética a Nicomaco* y la *Retórica*, donde se detallan los innumerables sufrimientos y defectos que poseen los viejos, lo cual los hace desastrosos en asuntos morales. Por ejemplo, en la *Ética a Nicómaco* Aristóteles muestra cómo los ancianos son avaros, como Simónides de Ceos (1121a, 5-1121b, 10), también señala que no conocen la amistad desinteresada (1157a, 5), y por su agrio carácter, nadie quiere ser amigo de ellos: “Ni los viejos ni las personas de carácter agrio parecen dispuestas a ser amigos, porque poco placer puede encontrarse en ellos, y nadie puede pasar mucho tiempo con una persona molesta o no agradable” (1157b, 15).

Por otra parte, en la *Retórica* encontramos varias afirmaciones parecidas a esta: “son de espíritu pequeño porque han sido maltratados por la vida” (1389b, 25). Allí también se dice que los viejos suelen tomar las cosas por el lado negativo, “porque han vivido muchos años, han sido engañados y han cometido errores en más de una ocasión” (1389b, 15), por lo cual solo viven de la memoria de sus malas experiencias, o en los lamentos por la desaparición de sus mejores momentos, en lugar de vivir en la esperanza.

Ciertamente, la postura de Aristóteles es bastante radical. Podemos pensar que está permeada por su propia experiencia vital, pero Aristóteles tan solo tenía 50 años cuando escribió estas obras en las que desfoga en contra de la vejez. Tal vez su postura sobre los ancianos esté altamente influenciada por alguien cercano que es de este carácter, además de que su método consiste en describir lo que ve y lo que oye en las calles de la ciudad, lo cual refleja la situación objetiva y los prejuicios de la época sobre la vejez, más que realizar un análisis detenido de este fenómeno.

Por la misma época, pero en otra ciudad griega, los ancianos ocupaban un lugar privilegiado. Este es el caso de Esparta, una ciudad en la que los ancianos se dedicaban a instruir y aconsejar a los ciudadanos, así que no era extraño encontrarlos en las escuelas aconsejando sobre asuntos políticos, guerreros o deportivos. Éste era un caso extraño entre los griegos, aunque con el pasar del tiempo las malas perspectivas sobre la vejez fueron mermando, sin que por ello la vejez tuviera una acogida más favorable. En la época helenística, en especial en las obras de arte, la vejez va apareciendo con menos prejuicios, un poco más neutra. Al menos así lo considera Minois al afirmar que “la civilización helenística describe, enumera, compila, pero no rechaza” (1987, p.99).

Ahora que hemos enunciado algunas de las consideraciones relevantes sobre la vejez en la Grecia antigua, pasaremos a examinar ciertas posturas determinantes en el mundo romano. Un gran imperio se ha levantado en Europa, en él se recogen los valores fundamentales griegos que además se funden con otras tradiciones de civilizaciones cercanas. Esta mezcla en su origen da a los ancianos una importancia segura; tienen una vida política y social activa gracias a los privilegios que les confiere el derecho latino, y en la vida cultural los modelos precedentes de la literatura y la filosofía griega. Surgen entonces condiciones más favorables para los ancianos; pero la importancia que han adquirido no significa necesariamente que estén en una situación de ventaja o preferencia; significa, más bien, que han tomado presencia, y aunque parezca poco; esto es un gran paso para la posición de la vejez en las civilizaciones emergentes.

A pesar de haber ganado presencia, la historia política de Roma evolucionó hacia un declive del poder de los ancianos. Hubo una época en la que fueron símbolo de riqueza y autoridad, pues dictaban la ley con marcos rígidos, los cuales llevaron al surgimiento de guerras civiles en contra de tanta rigidez. Tras la pérdida de poder, los ancianos quedaron solo con sus dolores y el lamento al ya no tener poder. Los ancianos fueron entregados a sí mismos y a sus pesares, lo que los convirtió en la encarnación del sufrimiento; el cual quedó registrado en algunas piezas artísticas y literarias, como la Sátira X de Juvenal, particularmente en los versos 188 a 228, cuando examina los

desastres de la vejez en personajes como Príamo³ y Mario⁴, que hubieran querido morir antes de caer en la desgracia de la vejez. Además, con todos sus pesares y el aumento del estoicismo muchos ancianos acabaron con sus vidas, aunque algunos otros, como Séneca, se mantuvo fiel a su filosofía hasta el final.

Antes de abordar puntualmente las diferentes posturas sobre el envejecimiento que tomaron algunos filósofos romanos, es importante aclarar que las perspectivas que seguiremos ahora, se enmarcan en el pensamiento estoico, el cual aborda la vejez desde una postura terapéutica. Ciertamente, la pregunta por la vejez es la pregunta por el sufrimiento y la muerte: ¿qué hacer ante tales sufrimientos? ¿Es la vejez buena o mala? ¿Qué hacer para prepararse para la vejez? Estas son preguntas que tácitamente marcan la reflexión sobre la vejez. Para abordar el pensamiento estoico sobre la vejez es importante tener en el horizonte algunos aspectos fundamentales de esta corriente filosófica. La tesis estoica consiste en que lo que posee valor moral es bueno y aporta felicidad, esto es, que el valor, lo noble, produce felicidad; es decir, en palabras de Lacub (2005): “la virtud es un bien intrínseco, el más alto, por ello es el componente esencial de la felicidad” (p.88).

Además, el supremo bien se considera como vivir de acuerdo con la naturaleza, lo cual consiste en poseer y hacer propia la ciencia de lo que conforma la naturaleza, para así vivir en armonía con ella y de este modo conseguir la felicidad. Ahora bien, en la naturaleza hay bienes, como la reflexión, la justicia, la sabiduría, entre otros. También hay males, como la injusticia o la cobardía. Sin embargo, a pesar de que esta

³ Príamo, Rey de Troya y personaje determinante en la obra homérica. Es considerado el padre de todos los príncipes troyanos y uno de los protagonistas de la resistencia troyana ante los ataques de los griegos. Príamo llegó a viejo, y aunque se podría decir que hasta entonces tuvo una vida feliz, haber visto a su hijo Paris muerto en brazos de Aquiles y ver el ejército derrotado y su ciudad en llamas, lo hicieron pasar a la historia como uno de los ancianos más infelices, hasta su devastador final de vida.

⁴ Cayo Mario fue un político y militar romano, conocido también como el tercer fundador de Roma debido a sus éxitos militares. Fue elegido cónsul siete veces, algo sin precedentes en la historia del Imperio, pero en su séptimo consulado, a sus 71 años, muere repentinamente agobiado por los pesares de la vejez.

distinción nos parezca obvia, hay en la naturaleza aspectos neutros o indiferentes, como la enfermedad, la muerte, la salud, la vida, el dolor o la belleza.

Parece curioso, pero estos aspectos que podrían atormentar o deleitar a los hombres, no poseen en sí mismos un valor bueno o malo. Es confuso comprender cuáles son los criterios que se establecen para determinar si algo es bueno, malo, o indiferente en la naturaleza, pues sucede que el bien tiene como consecuencia lo útil. Lo útil se entiende como que sigue el principio, un movimiento o un estado de armonía con el bien perfecto de la naturaleza (Lacub, 2005, p.88). Si bien, la reflexión, la justicia y la sabiduría son útiles para la vida de los hombres, ¿no lo es también la salud? *Prima facie* podríamos decir que sí, pues cuando se goza de buena salud se pueden hacer miles de cosas; se disfruta más la vida. Justamente es allí donde nos equivocamos, la buena o la mala salud no son condición de posibilidad de una buena vida, pues, según la postura estoica, es posible tener una buena vida en reflexión; se puede ser sabio en la salud o en la enfermedad, en la belleza o en la fealdad. Es decir, estos aspectos no son determinantes en el ejercicio de una buena vida en la virtud, sino que al ser azares de la naturaleza, su utilidad depende exclusivamente del sujeto que las posea. Por esta razón, son neutras, pues su valor depende del que se le quiera o pueda otorgar.

Teniendo lo anterior en el horizonte, podemos preguntarnos: ¿cómo enfrentar la enfermedad y la muerte? Sin duda, ésta es una pregunta difícil, pues no hay una única respuesta, sino que, por el contrario, hay tantas respuestas como experiencias y opiniones al respecto. Quisiéramos poder responder estas preguntas de una buena vez, pero no podemos hacerlo, sin antes hacernos otra pregunta de otro orden, a saber: ¿es la vejez un asunto del cuerpo o del espíritu? Parece que la cuestión es cada vez más difícil, pero determinar si la vejez es un asunto del cuerpo o del espíritu nos puede ayudar a encontrar una forma de encarar estos asuntos. La respuesta a la pregunta que acabamos de formular, como todas las preguntas filosóficas, no tienen una respuesta precisa. En la postura estoica el alma y el cuerpo están unidos, de hecho, el cuerpo es una carne espiritualizada por el alma. Es necesario entonces cuidar el cuerpo, procurarle bienes y algunos placeres, pero al ser materia espiritualizada, los placeres o

dolores del cuerpo no son determinantes para la felicidad, ya que depende únicamente de lo virtuoso, lo no material.

Como lo dice Lacub (2005): “la estrategia estoica es pensar la vejez como un *momento vital*, ya que los bienes corporales que pueden perderse con la edad no incidan en la felicidad al ser indiferentes” (p.95, énfasis añadido). Ciertamente el cuerpo envejece, se agobia con el pasar del tiempo sobre él a determinadas edades, pero eso no es determinante para la felicidad, de tal modo que la vejez es un ‘momento vital’ que no depende exclusivamente del cuerpo, sino de la actitud que posea el sujeto que pueda estar o no estar afectado por el pasar del tiempo. En otras palabras, la pérdida de placeres del cuerpo ayuda a probar la consistencia del sabio, que alcanza placeres más refinados que los corporales. Pero el abandono de los placeres corpóreos no se da necesariamente con la vejez, se puede dar por decisión propia, de tal modo que, como lo veremos más adelante, es deseable tener actitudes de viejo, incluso siendo joven, esto es, procurar alcanzar placeres más refinados que los placeres del cuerpo en todas las etapas de la vida. Así lo dice Epicuro en la carta a Meneceo: “han de filosofar tanto el joven como el viejo” (p.122).

Como hemos visto hasta ahora, ni la enfermedad, la vejez o la muerte tienen un valor en sí mismas; por lo tanto, los escritos estoicos procuran enseñar cómo llevar la vejez, es decir, darle un buen valor y sacarle el máximo provecho para el desarrollo de las virtudes intelectuales o espirituales. A continuación, veremos dos reconocidas posturas al respecto, a saber: Cicerón, y Séneca.

En época republicana del Imperio Romano, la cual se caracteriza por tener una gran influencia del pensamiento griego, aparece Marco Tulio Cicerón, uno de los más reconocidos pensadores de la época. Lo novedoso e interesante de su pensamiento es que dedicó una obra completa a pensar asuntos sobre la vejez, y no sólo eso, sino a hacer una apología de alto nivel de esta edad de la vida. Obras como estas no se habían visto hasta entonces, pues si bien se hablaba sobre la vejez, se hacía como un tema circundante al tema central de una obra; por lo tanto, la aparición de una obra como esta marcó un hito en la historia de la ancianidad.

Sobre la vejez está escrita a modo de diálogo, seguramente debido a la cercanía que tuvo aquella época con la filosofía griega y, en particular, la platónica. La disertación allí presente es semejante al discurso de Céfalo en la *República*, el cual ya mencionamos anteriormente. En este diálogo se enuncian cuatro argumentos contra la vejez y a cada uno se le da una solución. Así las cosas, se dice que en la vejez no se puede participar en negocios, como también se evidencia la debilidad del cuerpo, la privación de algunos placeres y, por supuesto, la cercanía con la muerte. En primer lugar, sobre el asunto de los negocios, Cicerón aclara que resulta obvio pensar que los ancianos no pueden participar de negocios que requieran uso de la fuerza característica de la juventud, porque esta se ha ido, en efecto, con los años. Sin embargo, siempre hay negocios en los que los ancianos pueden participar con ciertas virtudes que la vejez les concede en mayor grado; por ejemplo, la sabiduría, experiencia y consejo. De este modo, dice Cicerón: “La osadía es propia de la juventud, la prudencia, de la vejez” (VI, 20), pues las grandes cosas no se hacen sólo con fuerza física, rapidez o agilidad del cuerpo, sino mediante el consejo, la autoridad y la sabiduría.

Por otra parte, la debilidad del cuerpo, es decir, la pérdida de la fuerza física, no se compara de ninguna manera con la belleza de un discurso elocuente y sabio. Así pues, no se le pide al anciano que tenga fuerza física, sino sabiduría; pues “la ancianidad es llevadera si se defiende a sí misma, si conserva su derecho, si no está sometida a nadie, si hasta su último momento el anciano es respetado entre los suyos.” (XI, 38). Seguidamente, estar privado de los placeres tampoco resulta ser tan malo como parece, pues “donde domine el deseo y la lujuria, no hay lugar para la templanza. De ninguna manera la virtud puede permanecer firme y segura en el reino del deleite corporal” (XII, 41). De tal modo que la ausencia de placeres permite y facilita la reflexión, lo cual, lejos de ser vergonzoso, es motivo de alegría.

Finalmente, la cercanía con la muerte es un bonito asunto, pues después de la muerte puede no haber nada, o haber vida eterna; por tanto, no hay que temerle. Además, en la ancianidad no hay que temer a la muerte, pues esta es el culmen de una vida buena. Así las cosas, la actitud frente a la vejez depende del carácter, pues el hombre sensato acepta con agrado todas las etapas de la vida. Ciertamente, esta obra

es más una consolación que un elogio a la vejez; la apología a la que la obra pretende es algo sospechosa, pues presenta una actitud de un anciano ideal poco agobiado por las enfermedades o problemas económicos; más bien, examina el ejemplo de un anciano ideal influenciado por las buenas condiciones de vida.

Posteriormente, con el ascenso de Augusto⁵ al principado, se estableció el Alto Imperio Romano, que marcó el fin del proyecto cultural y político de Cicerón. El pensamiento filosófico de la época se fue separando de la política, pero se fue acercando más a la ética. Bajo este horizonte, pensar la vejez cambió un poco de tonalidad. Ciertamente la obra de Cicerón había marcado un precedente que sirvió de fundamento e inspiración para las obras venideras. Siendo así, Séneca, por ejemplo, pensó la vejez, la enfermedad y la muerte desde una perspectiva ética, basándose en la serenidad del espíritu gracias a la formación en filosofía y, por tanto, en la sabiduría que ella trae consigo.

Desafortunadamente, para nosotros, Séneca no tiene una obra dedicada completamente a la vejez, pero en las *Epístolas morales a Lucilo*, reflexiona un poco sobre su propia vejez y cercanía con la muerte. Como antesala del pensamiento de la vejez, es necesario pensar sobre la muerte. Esta acecha a los jóvenes y a los viejos por igual, de tal modo que no hay que temerle más en la vejez, como tampoco hay que temerle menos en la juventud. Sin duda, en la vejez y en las enfermedades que trae, la muerte se ve mucho más cerca, pero ello no es razón suficiente para temerle o despreciarla, pues durante toda la vida se debe cultivar un espíritu sereno que medite en la muerte y con ello le dé un uso más provechoso a la vida sin temor al momento final. Como lo dice en la Epístola XXXVI: “todo concluye, pero nada perece” (p. 107). Es decir, la muerte hace cesar la vida, pero no la aniquila; todo lo que muere vuelve al seno de la naturaleza para volver muy pronto, así que aquello que parece perecer, no

⁵ Augusto fue el primer emperador romano, desde el año 27 a.C. hasta su muerte en el año 14 d. C. En su gobierno se inició una era de paz conocida como la Paz Romana, o la *Pax Augusta* en honor al emperador.

hace más que cambiar. En consecuencia, es necesario marcharse sin pesar, como cuando se marcha para volver.

Así, en la Epístola XXX, Séneca es contundente al afirmar que se debe esperar la muerte con ánimo tranquilo, pues la muerte está exenta de mal. Sin duda hay modos de morir que son más dulces y tranquilos que otros; la vejez, por ejemplo, es el género de muerte más dulce, ya que disuelve la vida y la saca sin violencia. Así las cosas, “tan poca razón hay para temerle a la muerte, como para temerle a la vejez” (p. 93).

Ahora bien, en cuanto a las enfermedades, no hay tampoco que temerles, pues no necesariamente son presagio de muerte. Séneca así lo expresa en la Epístola LXXVIII: “Morirás porque estás vivo, no porque estés enfermo” (p. 269). Así pues, si hay cura para la enfermedad, no se podrá escapar de la muerte; no se estará a salvo de ella, pero tal vez se estará más cómodo en la vida para vivirla mejor e irse de ella sin remordimiento y con tranquilidad. El centro de atención no está aquí en la cosa misma, como en su efecto en nuestras emociones y con ello en la dirección de nuestra vida.

Teniendo esto como horizonte, podemos adentrarnos en las reflexiones de Séneca sobre la vejez. En la Epístola XII, Séneca afirma que es necesario amar la vejez porque está llena de satisfacciones, si se saben aprovechar sus posibilidades, pues, posteriormente, en la Epístola XXVI, se dice que es motivo de felicidad sentir la vejez solo en el cuerpo y no en el espíritu. La vejez trae consigo el deterioro del cuerpo y con ello la disminución de sus placeres, pero a su vez, algunas virtudes y placeres espirituales se asientan con mayor fuerza en la vejez, como la elocuencia y la sabiduría. Así las cosas, es necesario estar preparado para la muerte que inevitablemente llegará con prontitud a quienes se han adentrado en la vejez. Prepararse para la vejez consiste en haber vivido una buena vida, aprovechando el tiempo que se escapa como agua entre los dedos, pero más allá de eso, es necesario también procurarse una buena forma de morir. En la Epístola LXX Séneca dice: “Así como querría elegir la mejor nave para embarcarme, la casa más cómoda para alojarme, también elegiría la muerte más dulce para abandonar la vida” (p. 219). Y, finalmente, en la Epístola LXI, dice sobre su propia vejez y su propia muerte: “Antes de ser viejo pensaba en vivir bien; ahora que lo soy pienso en morir bien” (p. 180).

Ciertamente, la vida se nos escapa en un abrir y cerrar de ojos, pues es breve, pero no porque tengamos poco tiempo, sino porque perdemos mucho, así lo expresa Séneca en el diálogo *Sobre la brevedad de la vida*. Así las cosas, no es que seamos pobres en tiempo, sino que, por el contrario, somos derrochadores y vivimos como si fuéramos a vivir para siempre, sin prestar suficiente cuidado a lo que realmente importa, como la formación del espíritu, por ejemplo. De tal modo que llegada la vejez, cuando vemos que el tiempo se acaba, rogamos por más, pero nunca será suficiente, siempre sentiremos que nos hizo falta algo. Así pues, en la vejez nos damos cuenta de que hemos vivido mucho, pero a la vez hemos vivido muy poco. Hemos vivido mucho porque se ha llegado a viejo y las arrugas de la piel cuentan los años que hemos vivido, pero hemos vivido poco porque seguramente no se ha aprovechado bien el tiempo, pues faltaron y siempre faltarán cosas por hacer y pensar; de ahí el tedio por la vejez y el temor a la muerte que respira en nuestra nuca cada vez más fuerte.

Por esta misma línea de pensamiento siguieron reflexionando sobre la vejez, la enfermedad y la muerte algunos pensadores de la época, como Marco Aurelio, por ejemplo, en su *Meditaciones* reflexiona sobre la fugacidad de la vida, así:

El tiempo de la vida humana, un punto; su sustancia, fluyente; su sensación, turbia; la composición del conjunto del cuerpo, fácilmente corruptible; su alma, una peonza; su fortuna, algo difícil de conjeturar; su fama, indescifrable. En pocas palabras: todo lo que pertenece al cuerpo, un río; sueño y vapor, lo que es propio del alma; la vida, guerra y estancia en tierra extraña; la fama póstuma, olvido. (II, 17)

Así pues, la muerte es un misterio de la naturaleza, la combinación y disolución de ciertos elementos; por lo tanto, la muerte no es motivo de temor o de vergüenza. En consecuencia, es necesario tener una actitud de acogida ante la muerte, porque es lo que la naturaleza quiere, y nada es malo si es conforme a ella. Del mismo modo, son actividades de la naturaleza las estaciones de la vida (IX, 3); por consiguiente, al ser de la naturaleza, la suspensión de una de estas, el reposo o la muerte no son ningún mal, pues todo cambio de etapas de la vida es una muerte, pero no es ningún mal. Esta idea resurge en la obra de Jankélévitch (2002), se refiere a las filosofías ascéticas que hacen de la vida un morir a fuego lento, una muerte perpetúa; según estas posturas “la muerte estaría censando sin cesar” (p.245). Sin embargo Jankélévitch se distancia un poco de

estas posturas, pues si el hombre se la pasa muriendo, la muerte final no tiene ningún significado excepcional. De este modo, si la vida es una muerte continuada, una muerte diluida, el artículo supero ya no tiene nada de supremo, pierde toda solemnidad (247). Así pues, Jankélévitch es firme al sostener que las pequeñas muertes son solo una forma de hablar, pues aquel que muere 20 veces cada tarde, no muere realmente. Entonces, en palabras de Jankélévitch (2002):

Lo que equivale a decir que no hay una *gran* muerte y varias *pequeñas* muerte, sino únicamente *la muerte* a secas, sin ningún epíteto. Pues la muerte ¡es siempre grande! Y no hay más muerte que la muerte en general, es decir, total. No se muere más o menos, ni cada vez más; no se muere un poco o mucho, ni poco a poco... no se muere pasito a pasito (p.248).

Sin embargo, para Marco Aurelio, la vida es una muerte incesante, pues siempre está anunciándose y presentándose mediante la sucesión de pequeños fallecimientos que son el presagio de la gran muerte, como la caída del cabello, las canas, o el deterioro de la dentadura. Por tanto, si la muerte se asoma cada tanto a saludarnos, no hay que temerla, pues estamos familiarizados con ella.

La misma línea de pensamiento de Séneca y Marco Aurelio se conservó durante todo el Imperio hasta su caída. Sin duda, las reflexiones sobre la vejez que se presentaron en esta etapa nos ayudaron a pensar la muerte, la soledad, y la enfermedad desde otra perspectiva, una menos cruel y aterradora que las posturas anteriores. Ciertamente, la gran lección de estas reflexiones es resaltar la importancia de aprender a vivir, pero también de aprender a envejecer y a morir de una manera serena, con fuerza en el corazón y tranquilidad en el espíritu.

Posteriormente, con la llegada de la Edad Media, fuertemente marcada por el crecimiento del cristianismo y los cambios en el mapa político, la vejez vuelve a verse en un limbo. Con tantas guerras civiles y guerras bárbaras, ¿qué lugar tienen aquí los ancianos? En el nuevo surgimiento del mapa político los ancianos son débiles para las armas, así que encontrarán refugio en la iglesia, pues al ser el cristianismo la religión de los débiles y los oprimidos no tendrían ningún problema en atender a los ancianos. Ciertamente, no hubo problema, porque tampoco hubo preocupación por ellos. En palabras de Minois (1987): “La Iglesia los recogerá [a los ancianos] en sus hospitales,

los alojará temporalmente en sus monasterios, pero no prestará especial atención a la vejez” (p.159).

En este nuevo panorama, mayormente cristiano, la vejez se entiende bajo dos perspectivas radicalmente opuestas. En primer lugar, se encuentra la vejez como la verdadera sabiduría, pues tener corazón de viejo es tener madurez de juicio debido a la experiencia y por ello tener dignidad de vida. A esta edad avanzada, tener una vida sin mancha es grato a los ojos de Dios. No por ello los jóvenes deben descuidarse, pues la vejez del cuerpo, no es la verdadera vejez, sino que ser viejo es ser sabio, elocuente y digno; virtudes que se deben trabajar y procurar alcanzar desde edades tempranas. Por otro lado, la segunda perspectiva sobre la vejez es devastadora, pues los ancianos son la imagen del pecado. Para nadie es un secreto que son pocos los ancianos que son agraciados físicamente, puesto que la mayoría de ellos, debido al desgaste de sus cuerpos, se han alejado considerablemente de la belleza. Así las cosas, la decrepitud con la fealdad, que suele caracterizar a los ancianos, funciona como una excelente imagen pedagógica sobre lo que hace el pecado en los cuerpos y en la vida en general, pues el pecado y la vejez conducen a la muerte.

Sin embargo, a pesar de estas dos posturas opuestas, es posible encontrar un equilibrio. Ejemplo de ello es la afirmación de San Agustín que cita Minois (1987) “Los que alaben a Dios tendrán los cabellos blancos de la sabiduría, mientras que los demás verán marchitarse su carne” (p.164). La vejez es la imagen de esta afirmación, pues en ella aparecen los cabellos blancos como símbolo de sabiduría, carácter venerable del anciano que revela el aspecto inmaculado de su alma; pero a la vez el cuerpo se marchita, se arruga, se debilita, como símbolo, tal vez, del pecado que llevan en sus vidas. Este pensamiento se generaliza durante toda la Edad Media, por lo cual no nos detendremos mucho en esta etapa de la historia.

Con el paso del tiempo y la llegada del Renacimiento muchas cosas cambiaron, entre ellas, como siempre, la posición de los ancianos en el surgimiento del nuevo modelo de sociedad. El Renacimiento en su esfuerzo por separarse de la Edad Media tendría que haber renovado la perspectiva que se tenía sobre la vejez, pero lastimosamente ese no fue el caso. Con las nuevas ideas lloviendo por doquier y los

nuevos inventos asomándose en cada esquina, los ancianos no solían ser muy escuchados. Las cosas empeoraron con la llegada de la imprenta en 1440, cuando la ya agonizante tradición oral muere definitivamente. En este sentido, los ancianos, que eran poseedores y transmisores de la tradición oral ya no se necesitan, y quedan reducidos nada más que a ser viejos, pues ya no son útiles ni siquiera para conservar la memoria y las tradiciones de los pueblos. Este es el comienzo de un problema mayor, pues los procesos de industrialización que ponen la atención en la utilidad y en las capacidades físicas para la producción rápida y eficaz, los ancianos quedan excluidos. Su función en las sociedades nacientes es cada vez más difusa y, por el contrario, en lugar de tener funciones, si es que llegaron a tenerlas, son considerados como estorbo para el desarrollo y como un problema que podría ser resuelto técnicamente, como se empieza a hacer desde entonces.

1.2 De mal en peor

Si hablamos en escala de grises, la vejez antes de la Modernidad era gris, a veces más oscura, y a veces más clara. Pero al llegar la Modernidad, particularmente a la Revolución industrial y a todos los procesos socio-económicos que le precedieron que aparecieron después, la vejez ciertamente va de mal en peor, de gris a negro intenso. Esta época de la historia, la cuna del capitalismo, es sin duda la peor situación para los ancianos, pues con la implantación de la economía de mercado, donde el trabajo se constituye como una mercancía, el anciano sin poder trabajar, rendir y producir, como los jóvenes, queda relegado ser un desperdicio de toda la cadena de producción y del mercado. Ya no es productivo; es decir, no tiene lugar. Los viejos pasan a ser el desecho de todo el trabajo que alguna vez hicieron, pero que ya no pueden hacer ni disfrutar. En este sentido, los ancianos quedan bajo la responsabilidad de sus familias o de la beneficencia social o de la caridad. Sin embargo, tanto la familia como la beneficencia cambian abruptamente con el despliegue de la industria, la construcción de las ciudades, y el desarrollo de la nueva sociedad occidental.

En este apartado hablaremos del gran cambio que sufrió Occidente con el surgimiento del capitalismo con el desarrollo de la industria, haciendo énfasis en los impactos que esto tuvo en la vejez. Más aún, haremos una sinfonía con todos los cambios que se dieron en la época, a saber: la industrialización, la inmersión en el trabajo y la clasificación de las etapas de la vida según su capacidad de producción; la nueva arquitectura de las sociedades con el surgimiento de las ciudades; los avances en la medicina y, por tanto, la prolongación de la vida; entre otros asuntos circundantes que irán surgiendo en el camino.

Con la primera Revolución Industrial, a finales del Siglo XVIII y mediados del Siglo XIX, la población inicia y mantiene un ritmo regulado de crecimiento que va acompañado de cambios políticos, sociales y principalmente económicos. En esta época se produjo el paso de una sociedad agrícola y mercantil, a una de carácter industrial y financiero, donde la lógica dominante es el consumo y la producción de riquezas. En este sentido, el dinero traza la frontera entre lo útil y lo inútil; como veremos más adelante, esa será también la frontera entre los jóvenes y los viejos. Este es el inicio del proceso capitalista, un proyecto para el cual los ancianos lejos de ser útiles son un estorbo; en palabras de Luna (1991): “el anciano ya no es el eslabón que ata al pasado, sino un aspecto residual de la nueva sociedad” (p.22). Pues bien, como es obvio, los ancianos no cuentan con la misma fuerza física de los jóvenes para trabajar y producir. Sin embargo, esta condición improductiva les hizo surgir como categoría cultural que sirvió para plantearse interrogantes como: ¿qué hacemos con los viejos? Una pregunta que resuena también en nuestros días y para la cual aún no tenemos una respuesta del todo clara.

La disminución física y la falta de rol social de los viejos no parece ser nada nuevo, si tenemos en cuenta el recorrido histórico que hicimos con anterioridad. No obstante, en la era de la industrialización estos factores físicos y sociales se vuelven determinantes para la inclusión social del individuo. Es decir, con la aparición de la industria las etapas de la vida se dividen según su productividad. Por ejemplo, un niño deja de serlo cuando su cuerpo se ha desarrollado de tal modo que le permite desarrollar ciertos trabajos. Por su parte, el adulto está en condiciones óptimas para el trabajo,

puede levantar cargas pesadas o desarrollar cualquier otro tipo de esfuerzo que le demande capacidad física. En este sentido, la juventud es elogiada, no sólo por sus capacidades físicas, sino por su iniciativa y creatividad, que impulsa el crecimiento de la industria. Este fenómeno de elogio a la juventud irá creciendo desenfrenadamente hasta convertirse en *jovenismo*, un término que examinaremos más adelante. Tengamos presente que en la Antigüedad clásica la vejez era elogiada, en la medida en que preservaba la memoria del pasado.

En el panorama moderno, la vejez es la época de la vida en la cual el cuerpo y la mente ya no permiten trabajar, así que para no bajar la productividad o exponerse a un escandaloso accidente, los ancianos son obligados a jubilarse. La jubilación no es un asunto nuevo, en el tiempo de la República de Roma, Cayo Mario inventó lo que sería el comienzo de la jubilación. Para los soldados romanos que alcanzaban los 45 años, la ley les procuraba una pensión, y un pequeño espacio en los terrenos que habían conquistado para que vivieran allí después de haber entregado su juventud al ejército Romano. Con la Revolución Industrial las cosas cambiaron bastante, pues la jubilación no aparece a modo de agradecimiento con los trabajadores o soldados, sino como la imposición a los individuos de edad avanzada que, en lugar de producir, entorpecen los procesos y aumentan los costos con sus nuevas necesidades producto de la avanzada edad y deterioro de su salud.

La jubilación no contaba con el apoyo de las empresas o del Estado, de tal modo que los ancianos quedaban completamente a cargo de sus familias o de la beneficencia. Esta exclusión laboral se traduce también en exclusión social, pues el trabajo marca la pauta de las dinámicas sociales; por tanto, si no se está laboralmente activo, tampoco se está socialmente activo. En este contexto la jubilación resalta la vejez, la decrepitud, el debilitamiento físico y mental que ni de lejos pueden competir contra los valores de la juventud que imperan desde entonces. Aun así, con la exaltación de la juventud, algunos ancianos contaban con la suerte de ejercer la actividad que les ha correspondido desde antaño, es decir, aconsejar con su experiencia a los jóvenes. Empero, con el auge de las nuevas tecnologías, desafortunadamente los consejos de los ancianos resultaban obsoletos en la mayoría de los casos.

Así las cosas, el anciano quedaba más aislado, era juzgado por sus capacidades físicas más que por su sabiduría. De igual modo, con la invasión e imperio de la técnica el tiempo y esfuerzo, que se dedicaba al cultivo de los bienes espirituales de los hombres, eran casi nulos. Los viejos tampoco podrían ser alabados por su sabiduría ya que con el trabajo no les había quedado tiempo de ser otra cosa distinta que obreros. Sin embargo, la técnica pudo mermar el nivel de sabiduría, pero les aumentó la esperanza de vida gracias a los desarrollos científicos, especialmente en el campo de la medicina. Entonces, a pesar de ser desechados del sistema laboral y social por el deterioro de sus capacidades físicas, la población de ancianos comenzó a aumentar significativamente, pues la medicina no los podría devolver a la juventud, ni al trabajo, pero al menos los mantendría vivos un rato más. De hombres productivos pasaron a ser objeto de producción. El que quedó excluido del proceso económico a causa de su vejez, se convierte ahora en una mercancía para la empresa médica. Así las cosas, irónicamente los ancianos tomaron relevancia política:

El progresivo desarrollo de las sociedades industriales provocó un creciente desprestigio de la vejez, pero al aumentar el número de ancianos y su esperanza de vida en todas las clases sociales, gracias a los avances en el campo de la medicina, la higiene, la salud pública, el anciano va alcanzando una mayor representatividad social y deja de ser un problema individual y familiar para cobrar significado público y convertirse en un problema social que tiene trascendencia a nivel político (Martínez, Polo & Carrasco, 2012, p.44).

El aumento de los viejos y la miseria a la que quedaban arrojados después de su jubilación prendió las alertas de los gobiernos y entidades de beneficencia, pues los viejos sin empleo y sin vínculos sociales resultaban convertidos en mendigos, para lo cual fue necesario crear leyes, normativas y programas que dieran solución a los problemas y necesidades de la vejez.

Por otro lado, con la llegada de la industrialización la forma y la geografía de las viviendas se transformó. Con el paso de la agricultura a la industria fue necesario crear centros urbanos donde se prioriza la circulación de la mercancía y el transporte de los trabajadores hacia sus lugares de trabajo. Con esas prioridades, los ancianos, los niños y los discapacitados quedan fuera de los planes de construcción y desarrollo de

las nuevas ciudades. Todo ha cambiado, las plantaciones se han transformado en ciudades atestadas de edificios y fábricas, por los caminos de arena ya no circulan animales y campesinos, sino mercancías, máquinas y obreros que corren sin parar. Estas modificaciones arquitectónicas y estructurales tienen un alto impacto en el desarrollo de las sociedades; en palabras de Donoso (2006):

De la *comunidad*, que indica la fusión perfecta de la voluntad de aquellos que pertenecen a ella, que se identifican emotiva e instintivamente, de un modo no reflexivo, se pasó a *la sociedad* en [la] que los individuos se relacionan en forma contractual más que emocionalmente (p.29)

Se han abandonado las pequeñas comunidades regidas por un espíritu de camaradería y apoyo mutuo, por las sociedades mediadas por la oferta y demanda, no sólo de productos, sino de capacidades.

Este cambio impacta la vida de los ancianos, generalmente asentados en el campo, pues ahora en las ciudades que no se detienen es difícil compaginar con ese ritmo en una edad avanzada. Entonces, el anciano supervive en un mundo ajeno a él, hasta tal punto en el que el anciano considera como suyo el tiempo anterior, el que está en el pasado y ahora sólo en su memoria, de ahí expresiones como ‘en mis tiempos’ que se escucha frecuentemente entre las personas de edad avanzada. Con esta expresión se resalta que el presente es de los jóvenes y el pasado pertenece a la memoria de los viejos, memoria que no quiere ser escuchada por los jóvenes, pues ellos quieren tomar distancia del pasado. Ciertamente, los viejos aportan a las sociedades memoria y experiencia; pero su falta de fuerza y salud, al igual que la poca o nula capacidad que poseen para adaptarse a la novedad, o de inventar algo, los relegan a vivir en un tiempo en el que ya no tienen lugar alguno.

Estos cambios económicos, sociales y arquitectónicos resaltan un fenómeno que se ha gestado desde el principio de la historia, pero que toma muchísima más fuerza con el elogio de la innovación y producción, a saber: el *jovenismo*. En palabras de Redeker (2017) “el jovenismo es una beata adulación de la juventud, transformada en ídolo” (p.47). Así las cosas, todas las demás edades buscan parecerse a los jóvenes; procuran adoptar su jerga, su estilo, sus gustos y tendencias. En este sentido, el

jovenismo petrifica la vida en una permanente adolescencia que, desafortunadamente, no es más que una ilusión ante el imperdonable paso del tiempo.

La veneración de la juventud está también asociada a la adulación de la salud, pues generalmente estas dos van de la mano. Sin embargo, a pesar de que la enfermedad, el deterioro o la muerte asechan por igual a los jóvenes y a los viejos, esta ilusión de escapar del tiempo y de su paso por nuestro cuerpo y mente ha hecho que la vejez sea, como siempre, rechazada. Este rechazo tiene una particularidad distinta a las anteriores que ya hemos examinado, pues bajo todas estas nuevas circunstancias que agobian a la vejez, hasta los mismos ancianos se rechazan a ellos mismo, a veces directamente, otras, un poco más sutilmente, pues tratan siempre de ignorar u oponerse a su condición de viejos, para invertir todo su esfuerzo en asemejarse cada vez más a los jóvenes. Entonces, no es raro encontrar ancianos diciendo que tienen cuerpo viejo, pero ‘espíritu joven’, queriendo decir que son productivos, innovadores, que aún, a pesar de su cuerpo y limitadas capacidades por la edad, pueden todavía ocupar y desempeñar un puesto en la sociedad. El tiempo se convierte entonces en algo aprovechable a toda costa.

Así las cosas, en la era del *jovenismo*, donde todos deberíamos tender y permanecer en la juventud, se ha producido un cambio del imperativo vital. Recordemos que Séneca en la epístola XXXII nos dice que, por el deterioro del cuerpo y el cese de las pasiones y deseos, la vejez es la mejor edad, y, por tanto, debería ser el ejemplo para todas las demás edades; en consecuencia, es deseable que, en todo momento, en cualquier edad, nos comportáramos como si fuéramos viejos. Sin embargo, en la era del *jovenismo* lo que sucede es todo lo contrario, pues deberíamos comportarnos en todo momento, en cualquier edad, como si fuéramos jóvenes. Esta es la situación actual, en palabras de Nicolás Gómez Dávila (2002): “Ya no existen ancianos, sino jóvenes decrepitos” (p.242). Así nos encontramos hoy en día, evitando a toda costa la vejez, tratando de convencernos de que es posible escapar de ella.

Hasta ahora hemos hecho un breve recorrido histórico a través de las distintas percepciones que ha tenido la vejez en diferentes épocas. Sin embargo, anotaremos algunas dificultades de este recorrido. Sin duda alguna, la vejez es una imagen incierta

y confusa; aunque siempre ha habido viejos, no siempre han sido los mismos. Es decir, en determinadas épocas se llegaba a ser viejos a los cuarenta años, debido a que la esperanza de vida era muy corta. También hemos visto que la vejez puede ser más una actitud que una condición corporal, e incluso, que es un momento de quiebre entre la productividad y la improductividad debido a los desgastes naturales del cuerpo. Ser viejo ha significado ser huraño, adorable y tierno, sabio, feo y pecador, memoria y tradición, y estorbo o desecho social. Entonces, ser viejo ha significado tantas cosas, incluso tan contradictorias entre sí, que hacer una historia de la vejez tomándola como un concepto perfectamente determinado y cerrado, es una tarea dispendiosa, ya que no se tendría un criterio unificado para su comprensión. Siguiendo a Simone de Beauvoir (2011): “el viejo, en tanto categoría social, nunca ha intervenido en el curso del mundo” (p.109), pues se ha conservado dentro de la categoría de *adulto*, que está un poco más delimitada. Pero cuando el adulto mayor comienza a perder sus capacidades se convierte en un completamente otro, que es extraño para el resto de adultos; es otro que estorba, ya que él en lugar de evolucionar, involuciona.

Es cierto, no es posible hacer una historia propiamente de la vejez, pero no sólo porque no tengamos una delimitación específica de lo que significa ‘vejez’, sino porque la vejez es dinámica, cambia en la medida en que nosotros cambiamos. De tal modo que, mucho más allá de un problema histórico o biológico, la vejez es un problema hermenéutico. Es decir, nuestras formas de comprendernos a nosotros mismos cambian en el pasar del tiempo, con el debilitamiento de nuestra fuerza física y de nuestras capacidades cognitivas; pero no sólo eso, con la vejez nos comprendemos en un constante relato, incluso una disputa, con los recuerdos de lo que alguna vez fuimos e hicimos, versus lo que ahora somos, que nos muestra que ya no somos, que no seremos, que no haremos. Además, esta forma de comprendernos cambia también nuestra comprensión social y cultural, de tal modo que la vejez es un asunto que trasciende la edad y que parece enfatizarse más en nuestros aportes a la sociedad para su construcción y desarrollo, tanto económico como social.

Sin embargo, todos nuestros esfuerzos no han sido en vano; este recorrido nos ha servido justamente para demostrar que la vejez cambia como cambian las sociedades

en las que se desarrolla. Nos da también la posibilidad de pensar la vejez ahora, en este momento en el que estamos viviendo, porque muy a nuestro pesar, llegaremos a estar viejos y nuestra configuración de vida física y social, cambiará por completo. Por consiguiente, en el próximo capítulo examinaremos con más cuidado lo que significa ser viejo en el imperio de la juventud; al igual que consideraremos los numerosos intentos por satisfacer el imperante deseo de llegar a ser ‘un eterno joven’, lo que a su vez significa la aniquilación de la vejez en muchos sentidos, incluso algunos bastante aterradores.

2. ¿SIN ESCAPATORIA?

“Los ancianos viven demasiado y eso es un riesgo para la economía global. Tenemos que hacer algo, ¡y ya!” Con esta afirmación tajante, la directora del Fondo Monetario Internacional (FMI), Christine Lagarde, quiere enmarcar en 2015 sus consideraciones sobre la situación de los viejos en el mundo actual¹. Esta afirmación no es más que la consecuencia del sistema social, cultural y económico en el que estamos inmersos. Los pasos que nos han traído hasta este camino los examinamos en el capítulo anterior. Aquel capítulo lo concluimos mencionando que los jóvenes imperan, mientras que los viejos están excluidos de las labores económicas y, por tanto, de la vida social. Así las cosas, el *zoon-politikon*² de Aristóteles se ha convertido actualmente en *homo economicus*. Es decir, ser hombre significa hoy poder aportar económicamente a la sociedad y no hacerlo se convierte en una carga.

Con la veneración de la juventud, la innovación y la producción, la vejez ha quedado relegada a ser un desecho de toda esa producción. En este sentido, como la vejez no se acomoda al ritmo de las nuevas sociedades, no vale la pena ser vivida. Es más, es un fardo ante el cual debemos actuar y pronto, como lo indica Lagarde. Esta

¹ Esta afirmación de Lagarde, de 62 años de edad, se da en medio de la búsqueda del FMI de reducir las pensiones debido a que las personas están viviendo más de lo esperado, lo cual representa un riesgo considerable para la economía global. Numerosas columnas, análisis y críticas se han escrito sobre esta afirmación. Sin embargo, tomamos como fuente el texto de Reinaldo Spitaletta en la columna del periódico colombiano El espectador: <https://www.elespectador.com/opinion/matar-los-viejos-columna-727804>.

² Término aristotélico que aparece en el libro I de la *Política* (1253a-10) que designa la naturaleza social o política del hombre. Tanto los hombres como los animales por naturaleza son seres sociales, pero el hombre sólo será político en la medida en que viva en comunidad, de tal modo que su realización se da en medio de la *polis* y la convivencia con los demás hombres que la constituyen.

indicación es realmente un lugar común tanto en el terreno público como en el mundo privado. Pero en ella hay un deseo que es realmente problemático: impedir y erradicar la vejez, y con ello, a los viejos ‘inservibles’. El terror no es aquí la muerte, sino la improductividad, la impotencia, la pérdida de capacidades. Más allá de la muerte física, lo realmente preocupante es la muerte social. Hoy el problema es la vejez, más que la muerte. Entonces: ¿qué hacer con los viejos?

Esta pregunta tiene múltiples respuestas, algunas más escalofrantes que otras. Como lo anotamos en el capítulo anterior, la vejez es un problema de los jóvenes, pues son ellos los que en principio ven a los viejos como un estorbo o un impedimento para el desarrollo. Además, los jóvenes o los adultos no se reconocen en los viejos, no ven en ellos la vejez que les asecha y que inevitablemente se acerca. Es más, que ya estamos envejeciendo desde que nacemos. Entonces, los viejos se presentan como “una especie extraña” (de Beauvoir, 2011, p.269), pero por más extraña que se presente, es necesario hacer algo con ella.

Los jóvenes, por su parte, se jactan de su creatividad y poder innovador. Entonces, se les debería entonces ocurrir qué hacer con los viejos. El problema no es falta de creatividad, porque algunas soluciones ya se han planteado y se vienen implementando ante los ojos de todos. El problema es cómo hacerlas, pues a los jóvenes les falta experiencia y memoria de tiempos anteriores, propia de los ancianos, que les serían útiles para abordar los problemas que son inherentes a todos. Pero, además, hay otro problema: a los ancianos no se les da órdenes. Al menos esto es algo de respeto por la autoridad que dan las canas. Al no poderles mandar, se les da un manejo, sin imponerles, pero sin preguntarles, sólo convenciéndolos de que esto sería ‘lo mejor’ para ellos, cuando realmente es lo mejor para la sociedad que busca deshacerse de los viejos y aniquilar la vejez. Hoy, como siempre, los ancianos no son dueños de su historia, ni de su destino; están en manos de otros que deciden por ellos su utilidad, sus necesidades y su porvenir, tanto en la vida como en la misma muerte.

Entonces, de nuevo, ¿qué hacer? Como medida preventiva, se ha usado la técnica y los avances en la medicina para evitar la vejez. Pero mientras eso se convierte en una realidad, es necesario ocuparse de los viejos que ya existen y entorpecen el

desarrollo de las sociedades. También se ha pensado en “matarlos”, pues parece ser una solución rápida, pero con bastantes objeciones, ante todo morales y políticas; aunque veremos que con el tiempo esta posibilidad tomará una forma que seguirá siendo polémica, pero menos escandalosa, éste es el caso de la eutanasia. Mientras se resuelve qué hacer con los viejos se les ha “almacenado”, por ejemplo, en ancianatos o incluso en los hospitales, donde normalmente se les abandona.

Por ahora, nosotros nos dedicaremos a pensar y analizar todas estas situaciones. En primer lugar, examinaremos el deseo del eterno joven, que ha movilizó a la ciencia, la tecnología y la medicina a invertir esfuerzos en detener el proceso de envejecimiento o incluso de retrocederlo. Por supuesto, todos estos intentos conllevan problemas éticos y preguntas de fondo que también analizaremos someramente. Por otro lado, investigaremos cómo los altos costos de vida de los ancianos y su poca o nula productividad son alarmantes para la sociedad de consumo, como lo expresa Lagarde. Esta situación es tan alarmante y agobiante para la sociedad de consumo que, en medio de su desesperación, ha llegado a plantear soluciones devastadoras, como el sacrificio de los ancianos, una especie de *gerontocidio*, disfrazado del ‘derecho a morir dignamente’, o eutanasia. En palabras de Redeker (2017): “El consumo excluye a la vejez, lo que hace que los viejos estén obligados a permanecer jóvenes, a producirse [y a producir] como jóvenes en el escenario del mundo o a borrarse esperando ser sacrificados algún día” (p.56). Esta situación es altamente preocupante, por tanto, es necesario que nos detengamos a investigarlas con cuidado, para desmontar los supuestos utilitarios que en ella se expresan.

2.1 Fingiéndose ser otro

La preocupación por la salud y, por tanto, por la enfermedad, es tan antigua como la humanidad. Mantener la buena salud y evitar las enfermedades nos ha preocupado desde siempre. Sin embargo, hoy en día la salud no sólo es sinónimo de juventud, como ya lo habíamos anotado anteriormente, sino que es también la condición de posibilidad de la productividad. En efecto, si se desea producir, se debe estar en óptimas

condiciones para hacerlo; por lo tanto, la enfermedad no se puede cruzar en el camino. Ahora bien, la enfermedad es a su vez sinónimo de vejez, de decrepitud, impotencia, improductividad, entre otros. Por eso ha sido de vital importancia desarrollar técnicas y medicamentos que preserven la vida, pero no la vida sin más, sino la vida sana, es decir, útil.

Con el desarrollo de la técnica, la medicina logró avanzar significativamente. Esta evolución ha traído consigo la mejora de la salud de las personas y con ello prolongar su esperanza de vida. Por supuesto que lograr que las personas vivan más es motivo de celebración, pero también esto trae consigo un problema económico, en la medida en que se incrementan los gastos para mantener el bienestar deseado cuando ya no se cuenta con las bondades de la naturaleza. Sucede que si las personas viven más es porque alcanzan la vejez y perduran en ella mucho más de lo que se estimaba; en principio, esto no suena tan mal. El problema comienza cuando aquellos que han sido alcanzados por la vejez dejan de producir por el debilitamiento de sus cuerpos y mentes, pues se pierde la primacía del *homo economicus*; pero además el problema va más allá de la improductividad. El verdadero problema radica en que los costos de la vejez son demasiado altos y dejan muy poca o ninguna utilidad económica. Ciertamente, este problema está enmarcado en los estándares económicos de la sociedad de consumo. Como ya lo hemos visto, los ancianos son útiles en las sociedades, tal vez no económicamente, pero sí culturalmente. No nos digamos mentiras, en el mundo en el que estamos envueltos, el dinero y no la cultura son los que marcan el límite entre lo útil y lo inútil. De ahí que la vejez sea un grave problema, y no una gran virtud, como ocurría en el mundo clásico.

Ante esta invasión del cabello blanco es necesario hacer algo, tanto en el plano individual como en el colectivo. Para ocuparse de la vejez fue necesario, en primer lugar, estudiarla. Consecuencia de los avances de las ciencias médicas y sociales en este campo es la *gerontología*. Este término apareció por primera vez en 1903, cuando Michel Elie Metchnikoff³ propuso la gerontología como ciencia para el estudio del

³ Microbiólogo y sociólogo ruso, ganador del Premio Nobel de medicina en 1908 por su trabajo sobre la fagocitosis y la inmunidad.

envejecimiento, pues esto traería grandes modificaciones para el curso de este último periodo de vida. La gerontología se define desde entonces como el estudio de la vejez en general, es decir, incluye estudios de biología y medicina, como también incluye la psicología y algunas ciencias sociales. Todas estas áreas del conocimiento convergen en la gerontología con el fin de estudiar la vejez y procurarles bienestar a los ancianos.

Por otro lado, en 1909 Ignatius Nascher⁴ acuñó el término *Geriatría* en la academia de ciencias de Nueva York. La geriatría se distingue de la gerontología, porque la primera se define como el tratamiento de la vejez. Este tratamiento es particularmente médico y ya no social o psicológico, reduciendo así la comprensión del fenómeno de la vejez a su naturaleza biológica y clínica. En este punto encontramos un interesante juego de palabras que revela algo de nuestro trato hacia la vejez. Si ponemos atención, el término *gerontología* está compuesto de dos palabras griegas, a saber: *geron* (γέρων), que significa ‘viejo’, y *logos* (λόγος), que en este caso significa ‘estudio’. Por tanto, la gerontología, como ya lo aclaramos, es el estudio general de los viejos. En comparación, geriatría está compuesta igualmente por el término *geron* (γέρων), seguido del término griego *iatria* (ιατρεία), que significa ‘tratamiento’. De este modo, la gerontología es el estudio de la vejez, mientras que la geriatría, su tratamiento. Este tratamiento se asume aquí también en su dimensión médico clínica, subordinando de esta manera su comprensión hermenéutica al abordaje científico.

Ahora bien, detengámonos a pensar una curiosidad: ¿cuántas especialidades médicas terminan en el término ‘iatría’? Son tan solo tres: pediatría, psiquiatría y geriatría. Como vemos, parece ser que la niñez, la vejez y la locura son aquellas esferas de lo humano que requieren un tratamiento médico, pero no un abordaje comprensor. De esta manera, las edades de la vida son reducidas a su abordaje clínico. Todas las demás especialidades terminan en *logos* (λόγος), tal es el caso de la oncología, el estudio del cáncer, la cardiología, neurología, entre muchas otras. Además, si somos perspicaces, notaremos que ni en la niñez, ni en la vejez, ni en la locura el cuerpo está

⁴ Pediatra austriaco, creó el primer departamento de geriatría de Estados Unidos en el hospital Mont Sinai de Nueva York. Acuñó el término ‘geriatría’ en su artículo *Geriatría, las enfermedades de los ancianos y su tratamiento* (1907).

en condiciones óptimas para la producción ¿Será, acaso, esa la razón por la que necesitan tratamiento? ¿Será que la improductividad es sinónimo de enfermedad? Estas inquietudes no las examinaremos ahora, pero nos colocan en una situación un poco incómoda, a saber: ¿es la vejez una enfermedad que requiera tratamiento?

Ante estas cuestiones, en 1946 Marjory Warren⁵ elaboró los principios básicos de la geriatría, entre los que se encuentra que la vejez no es una enfermedad, que muchas enfermedades de la vejez tienen cura, entre otros (Prieto, 1999, p.53). Entonces, la vejez no es una enfermedad según la Dra. Warren, pero para posturas más contemporáneas podría entenderse a la vejez como una enfermedad. Ante todo, es necesario aclarar que la línea que diferencia la salud de la enfermedad o, en palabras de Canguilhem (2011), la línea entre *Lo normal y lo patológico*, no es del todo clara; por ello, no hay manera precisa de delimitar estrictamente, en términos cuantitativos, lo que es o no es una enfermedad.

La diferencia entre lo normal y lo patológico siempre ha dado qué pensar. Para comenzar, es necesario saber qué es lo normal y qué es lo patológico, pero desafortunadamente estos términos tampoco son del todo claros. Lo que sí es claro, o al menos no tan oscuro, es que estamos ante un problema de alteración, bien sea por las condiciones biológicas predisuestas de un individuo o por su interacción con su entorno. Sobre esto se ha hablado desde mucho tiempo atrás; científicos provenientes de diferentes tradiciones han postulado diversas definiciones y tipos de relación entre lo normal y lo patológico, sin que se llegue a un consenso unánime sobre este asunto. Para nuestros fines, entenderemos lo normal como lo normativo en términos cualitativos, pero esta descripción tiene su salvedad, a saber: lo normal es lo normal para el individuo. Por lo cual, la enfermedad, lo que rompe con aquello normal de la individualidad, será la posibilidad de acercarse a lo humano en sus asuntos más concretos, en los cuales se expresa toda la variabilidad de la vida. De este modo, la

⁵ Médica británica considerada la madre de la medicina geriatría moderna por sus aportes a la medicina sobre la tercera edad. Su interés por las personas de la tercera edad comenzó en 1935, cuando trabajó en un hospital para pacientes crónicos en Londres. De esta experiencia surgió su interés por las necesidades clínicas de los ancianos, dando como resultado los principios de la geriatría en su obra de 1946 *Care of the chronic aged sick*.

vejez ciertamente es un cambio de vida y de la función vital de nuestro cuerpo, pero no por ello podría ser una enfermedad. Con la vejez llegan otro tipo de afecciones que sí podemos catalogar como enfermedades. Finalmente, la vejez hace parte del decurso natural del cuerpo, de su deterioro biológico, que puede ser acelerado, retrasado, o severamente afectado para bien o para mal dependiendo del entorno en el que se desarrolle. Entonces, la vejez no podría ser una enfermedad, al menos en este contexto, pero sí podría entenderse como otro campo de lo normal que abre camino a otro tipo de afecciones que rompen con ese estado. Este tipo de afecciones podrían ser curadas, o no, dependiendo de su complejidad en este nuevo campo *normal* de la vida.

Hasta nuestros días el modelo que ha regido la medicina ha sido terapéutico, reparador. Sin embargo, el avance de la técnica, el desarrollo de las nanotecnologías y la biotecnología abren otro horizonte de comprensión de la medicina. Con estas nuevas herramientas disponibles, se puede comenzar a hablar de un modelo de perfección, de mejoramiento y de aumento de las capacidades humanas, y ya no tanto de reparación. Este cambio de horizonte implica, a su vez, la superación de la distinción entre lo normal y lo patológico o por lo menos su complejidad hermenéutica. Sin embargo, de nuevo, la línea que separa la cura de la mejoría es imprecisa, aunque para este nuevo horizonte estas distinciones resulten algo obsoletas. Para ejemplificarlo, Ferry (2017) utiliza el ejemplo de dos personas de baja estatura. Una de ellas tiene baja estatura producto de una enfermedad en su infancia, y la otra persona es de baja estatura porque sus padres, sin estar enfermos, también son de baja estatura. En este sentido, ¿por qué tratar solo a uno porque está enfermo si la ciencia hoy permite aumentarles la estatura a ambos individuos? (p.15). En este contexto la distinción entre cura y perfeccionamiento no parece ser muy relevante.

Entonces si la medicina no sólo se ocupa de reparar, sino también de perfeccionar, sin duda alguna la vejez será uno de los primeros asuntos en la agenda del día. Como ya lo habíamos enunciado antes, la vejez no es una enfermedad, pero para las nuevas corrientes contemporáneas:

Los sufrimientos que provoca son tan grandes, o incluso más terribles, que los que provoca una afección del organismo humano, desde una óptica *mejorativa*, por lo que

la medicina, si se lo permiten las nuevas tecnologías, debe perseguir, en la medida de lo posible, su erradicación (Ferry, 2017, p.17).

Entonces, considerar o no considerar a la vejez como una enfermedad resulta irrelevante desde la perspectiva contemporánea de la medicina, puesto que puede ser mejorada como cualquier otra afección humana. Sin embargo, como lo anota Ferry, los sufrimientos que provoca son tan grandes que la mayoría de personas optarían por invertir sus recursos y su tiempo en hacer todo lo posible por evitar llegar a verse sometidos por todos los achaques de la vejez. No se trata entonces de invertir todos los esfuerzos de la medicina en mejorar la condición humana hasta que se pueda alcanzar la inmortalidad. Se trata de retrasar lo más que se pueda el paso del tiempo en nuestro cuerpo. El asunto aquí es vivir siempre joven, lograr constituirse como un eterno joven que no sufre el desgaste producido por el paso del tiempo, pues comúnmente se piensa que de nada serviría vivir eternamente, si se vive bajo el flagelo de la decrepitud. Por tanto, lograr “la muerte de la muerte” no es una prioridad de la ciencia. No obstante, demorar o incluso detener el envejecimiento sí que es una prioridad para quienes no encuentran el verdadero valor de la vejez, que va mucho más allá de un cuerpo arrugado; asunto que abordaremos en el siguiente capítulo.

Pero no olvidemos que al lado de la medicina terapéutica surge también la cirugía estética como una rama de la medicina. Ciertamente, la medicina estética no tiene como objetivo curar algo, puesto que la fealdad, por ejemplo, no está catalogada como una enfermedad, aunque ser atractivo sea un deseo generalizado. Esta nueva disciplina no solo implementa intervenciones quirúrgicas para mejorar la estética de las personas, sino que va de la mano de medicamentos fortificantes como el viagra, por nombrar alguno; y, además, va acompañada del auge de la cosmética contemporánea. En este sentido, se ha normalizado para nosotros encontrar por doquier cremas antiedad, tintes para cubrir las canas, el uso del Botox, de viagra, las intervenciones quirúrgicas para levantar los párpados o estirar la piel. En fin, estamos rodeados de ideas millonarias para borrar de nuestro cuerpo el inevitable paso del tiempo y arraigarnos la búsqueda por la inagotable belleza, que también se constituye como parte esencial del *homo economicus*.

Con todos estos productos disponibles el cuerpo humano se vive y se siente de otra manera; se percibe invencible, no sólo contra los azares de la vida o las enfermedades, sino contra el mismísimo paso del tiempo y el flujo de la naturaleza. Por su parte, la cosmética, proveniente del vocablo griego *kosmos* (κόσμος), que significa orden y belleza, buscaba resaltar la belleza y el orden del microcosmos de los cuerpos. Sin embargo, ahora la cosmética es también ‘reparadora’. En palabras de Redeker (2017):

No contenta con enmascarar el tiempo y la muerte, da la ilusión de reparar el trabajo de la muerte en el cuerpo, las arrugas, la resequedad de las células. La obsesión que legitima su existencia ya no es la belleza, sino la muerte (p.107).

En este punto debemos hilar muy fino. Redeker sostiene que es la muerte la que legitima la razón de ser de la industria cosmética; pero tomemos un poco de distancia de esta afirmación. No es la muerte la razón de ser de la cosmética contemporánea, es la vejez, que, claro, comúnmente se asocia con la muerte. Sin embargo, la vejez, la fealdad, la enfermedad y, por tanto, el desprestigio social, mueven todos los deseos de invertir nuestros esfuerzos y dinero para ocultar nuestra propia fragilidad, que, por si las dudas, es constitutiva de la esencia humana. Es decir, mueven el deseo de ocultar todo lo que somos.

Los cosméticos modernos persiguen la belleza de lo pulcro, de lo liso y lo impecable, que es, según Han (2011), la identidad de la época actual. En una sociedad que busca eliminar los errores y aumentar todas las capacidades del cuerpo, “lo pulido e impecable no daña” (p.11). En este sentido, lo pulcro está a prueba de error, de los baches que trae el desgaste natural; sobre lo pulcro dan ganas de pasar la mano e incluso la lengua una y otra vez, porque se cree que nada turbará el recorrido por una superficie tan agradable. Esta sensación es como lamer un dulce suave, que no lastima las encías o la lengua con alguna imperfección en forma de punta de caramelo que, aunque resulte agradable al gusto, puede ser perturbador para el tacto. También es el caso de pasar la mano sobre una tela suave, puesta de tal modo que no haya arrugas que ofusquen el recorrido de la mano y la agradable sensación al tacto. Estos dos ejemplos no se

comparan de ningún modo como pasar la mano sobre una lija, que a veces podría confundirse con la piel de unas manos ancianas.

De este modo, y siguiendo aquí a Burke (2015), lo bello es sobretodo lo terso, lo liso. En este sentido, los cuerpos que proporcionan deleite al tacto, es decir, que son bellos, no deben ofrecer ninguna resistencia, deben ser una superficie optimizada, pues como Han (2011) lo asegura, “toda aspereza estropea la belleza” (p.31). Además, lo terso y lo liso causan una sensación que queda completamente libre de dolor y de resistencia, por lo cual lo bello es tierno, suave, delicado, sin irrupciones, sin desgarraduras. Entonces, lo bello evita todo lo que muestre vulneración. Pero hemos olvidado aquí un asunto fundamental, pues la sensibilidad es vulnerabilidad, posibilidad de herida, de vejez, de enfermedad y de muerte. Esta es la paradoja de la belleza.

Entonces lo pulcro es sinónimo de lo bello, en tanto que es agradable a los sentidos, particularmente a la vista y el tacto y, en general, a la experiencia de lo terso. Así las cosas, lo liso es una característica esencial de lo bello, del ideal de perfección al que se apunta. De esta manera, “lo liso es un atributo permanente de la perfección, porque lo contrario traiciona una operación técnica y profundamente humana de ajuste: la túnica de Cristo no tenía costura, así como las aeronaves de la ciencia-ficción son de un metal sin juntas” (Barthes, 1999, p.155). Así, lo bello se realiza como tal en tanto que no tiene negatividad, en la medida en que se ha borrado la conmoción, el imperfecto, la vulneración⁶. Por su parte, los viejos son arrugados, poco agraciados, exponen por completo la vulnerabilidad; por tanto, en este contexto, son feos. Pero

⁶ Un ejemplo de esta noción de belleza lo encontramos en la obra de Oscar Wilde de 1890: *El retrato de Dorian Gray* (2000). En aquella obra encontramos un artista Basil Hallward que queda enormemente impresionado por la belleza estética de un joven llamado Dorian Gray. Basil hace una pintura retratando la belleza del joven Gray. Posteriormente, el joven Gray conoce a Lord Henry, un amigo de Basil con una visión del mundo basada únicamente en resaltar la permanencia de la belleza física y la satisfacción de los sentidos. El joven Gray queda cautivado por esta visión del mundo y se dedica a complacer sus sentidos en la búsqueda del placer, que lo lleva a cometer una serie de actos de lujuria. Gray desea no sólo la satisfacción de sus sentidos, sino conservar para siempre la belleza de su cuerpo, que Basil ha retratado en la pintura. Sin embargo, a pesar de que Dorian mantiene su belleza con el pasar de los años, la pintura va envejeciendo y perdiendo su belleza, como símbolo del daño que le ha hecho a su alma buscando siempre la belleza y la satisfacción ilimitada de los placeres.

como lo enunciamos líneas atrás, la belleza que procura evitar la vulnerabilidad, implica sensibilidad, y ésta, a su vez, implica la vulnerabilidad. Por tanto, la belleza no puede escapar de la vulnerabilidad por más que lo intente, y más aún, los viejos que no son pulcros y lisos pueden asomarse por medio de su vulnerabilidad a este tipo de belleza. En palabras de Derrida (1988), “no hay poema sin accidente, no hay poema que no se abra como una herida, pero también que no sea hiriente”⁷. En este sentido, los ancianos son ese poema herido, heridos por el paso del tiempo y el deterioro de sus cuerpos; heridos también por la vulnerabilidad que expresan, entendida como fealdad, pero que a su vez los hace bellos de algún modo. Entonces, los ancianos son un poema herido, pero bello, un poema que además es hiriente en tanto que expresa, tal vez de más, la vulnerabilidad y fragilidad que procuramos ignorar y evitar. En este contexto, el viejo es un poema hiriente en tanto que lastima el ideal de belleza que se procura alcanzar. Así, los viejos son el destello de lo que ocultamos, el poema herido de lo que somos, de nuestra propia fragilidad.

En contraposición a lo pulcro encontramos lo asqueroso. La definición de lo asqueroso, al menos en este contexto, es por vía negativa; de tal modo que lo asqueroso es lo no-pulcro, es decir, todo lo que presenta una imperfección⁸. Un ejemplo claro de esta relación entre lo asqueroso y lo pulcro es la depilación, pues hemos considerado que todo pelo fuera de lugar es asqueroso; de ahí el escándalo por las personas sin depilar, pues no son pulcras, ni agradables a la vista o al tacto al no tener una piel libre de imperfecciones que perturben la sensación, es decir, pulcra. La cuestión de la depilación es polémica hoy en día, en especial en el ámbito del feminismo contemporáneo, pero esta discusión se escapa de nuestra reflexión. Otro ejemplo podría ser la eliminación de lunares o verrugas que, sin representar un riesgo para la salud, deben ser erradicadas por cuestiones estéticas, puesto que son feas o asquerosas al perturbar la belleza en términos pulcros de la piel. Sin embargo, lo asqueroso es una

⁷ Esta cita hace parte de un pequeño texto de Derrida, publicado en *Poesía I*, el 11 de noviembre de 1988. Este documento lo encontramos en el siguiente link: <https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/poesia.htm>

dimensión de la realidad que contiene nuestro destino. El vómito, entre otros fluidos, al igual que la putrefacción de un cadáver no son agradables; nadie compraría un perfume con olor a vómito o a cadáver de algunas semanas, porque resulta asqueroso. Puede ser incluso repulsivo, pero todos estos fluidos y situaciones son en un porcentaje considerable constitutivos de nuestra realidad y vulnerabilidad. La preocupación por acabar con lo asqueroso y alcanzar lo pulcro rige el funcionamiento de la cosmética actual y de la cirugía estética. En este sentido, la juventud representa todo lo pulcro, lo bello; mientras que la vejez lo feo y lo asqueroso. De este modo, el fin al que apuntan la industria cosmética y algunos esfuerzos científicos es pues perpetuar la juventud, perpetuar la belleza.

Con todo, los productos antiedad se encaminan hacia la búsqueda de la inmortalidad, pero esta vez, se trata de una inmortalidad producida por la industria y no por el esfuerzo espiritual. Entonces, no se necesita ninguna virtud para lograr la inmortalidad, se necesita dinero. Esta condición económica para detener el paso del tiempo y burlar de algún modo la vejez es una posible solución al problema que representan los viejos para las sociedades de consumo. En la medida en que no pueden producir, ahora compran todos los productos que se les ofrece para que se vean menos viejos y con ello puedan recuperar algo de su posición social amenazada por el paso del tiempo en sus cuerpos. Además, quienes no puedan costear estos productos, no sólo serán feos, sino que también estarán enfermos, por lo cual vivirán menos y ya no representarán un costo para la sociedad. Entonces, alcanzar el deseo del eterno joven, es un deseo estético que tiene alcances en todos los estratos sociales, pues los ricos serán jóvenes y bellos, mientras que los pobres serán feos y enfermos, hasta que mueran dejando libre el camino para los ‘viejos jóvenes’ y con ello lograr la prolongación ilimitada de la vida de consumo. Que en este contexto es lo único que realmente le importa a la sociedad.

En este sentido, la prolongación ilimitada de la vida de consumo demanda un cambio de cuerpo. Entonces, “el ancestral cuerpo humano, el que envejecía con los años, el que se arrugaba, el que se aquejaba, aquel cuyos órganos terminaban por desajustarse, por desfallecer, debe ser abandonado y olvidado” (Redeker, 2017, p.65).

Es bastante evidente que acabamos de describir el cuerpo de los ancianos, como anotamos anteriormente, todas estas innovaciones buscan abandonar y olvidar esta percepción del cuerpo humano. Estamos entonces ante el surgimiento de un meta-cuerpo, aquel que va más allá de los dolores, del sufrimiento, las enfermedades, y tal vez la muerte. Podríamos pensar, influenciados por la ciencia ficción, que este meta-cuerpo será una especie de robot, pero no necesariamente es así. Seguramente en el futuro nuestros órganos convivan con prótesis de acero y órganos sintéticos elaborados con impresoras 3D, pero por ahora no tenemos muchas objeciones contra eso, pues nadie se opone al uso de lentes para corregir la visión o al reemplazo de cadera, por ejemplo. Aquí, de nuevo, el asunto va más allá de la simple reparación para avanzar al perfeccionamiento. Entonces, “la materia biológica se convierte en materia técnica creada por el hombre” (Redeker, 2017, p.69)⁹. Este meta-cuerpo pretende eliminar el sentimiento de la existencia del tiempo, planea volverse absolutamente incorruptible, puesto que no tendría ni deterioro o sufrimiento, ni siquiera como una posibilidad.

En este punto debemos detenernos a pensar en un asunto de fondo. Pues todos estos esfuerzos por satisfacer el deseo de la eterna juventud conllevan un cambio en la esencia de la vida humana. El anuncio del meta-cuerpo y la idea de la inmortalidad sin enfermedad, sin sufrimiento, no sólo son síntoma de nuestra precaria capacidad de soportar nuestra frágil y vulnerable existencia, sino que es también la dilución de lo humano en cuanto tal. Redeker afirma esto de manera contundente al decir: “la muerte de la muerte, correspondería al final del hombre” (2018, p.142).

Pensar la muerte del hombre nos lleva al pensamiento de Foucault en *Las palabras y las cosas* (1968). En esta obra el filósofo francés sitúa sus reflexiones en el terreno de la epistemología, que ciertamente no es el que ahora nos ocupa. La muerte del hombre en términos foucaultianos implica la posibilidad de pensar *por fin*, de

⁹ Un pensamiento similar nos anticipa Heidegger en *La superación de la Metafísica* (1994), cuando asegura que en el abandono del Ser y el consumo del ente, el hombre no puede ocultar su carácter de ser materia prima, en lugar de materia viva sin más: “El hombre es la «materia prima más importante» porque permanece como el sujeto de toda usura, y además de tal forma que, de un modo incondicionado, deja que su voluntad se disuelva en este proceso y con ello se convierte en «objeto» del estado de abandono del Ser.” (p.83).

nuevo, al hombre. Nos detendremos acá brevemente en esta sugerencia. En el área de las ciencias humanas, el hombre no ha sido una preocupación epistemológica de siempre. Por ejemplo, el surgimiento de las ciencias que giran a su alrededor se da en la Modernidad, en este contexto surgió la antropología en Siglo XIX. Las ciencias humanas surgen bajo el régimen de determinados criterios que, si bien pudieron aparecer en determinada época de la historia, podrían desaparecer de igual modo. Entonces, si llegasen a desaparecer estos criterios, desaparecería también el hombre en tanto que se ha constituido como objeto de estudio. Así, dice Foucault: “el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro en la arena” (p.375).

Nuestra preocupación trasciende el campo epistemológico, por lo cual tendremos que distanciarnos un poco de la reflexión inicial de Foucault. Sin embargo, la metáfora del rostro de arena que se diluye en el mar es útil para nuestra reflexión¹⁰. Ciertamente la arena puede ser arrasada por el mar, y todo castillo de arena que hagamos a la orilla de este, tarde o temprano será devastado. En este sentido, la arena representa la fragilidad de los hombres, podremos ser capaces de construir imponentes castillos con nosotros mismos, convertirnos en impenetrables fortalezas que, a pesar de estas autoconstrucciones que somos capaces de hacer, jamás dejaremos de ser arena, que de un momento a otro será vencida por el mar.

Escapar de nuestra condición de fragilidad es algo que nos resulta imposible, básicamente porque no podemos escapar de nuestra propia condición constitutiva. No se trata de que con el desvanecimiento de la arena en el mar “por fin sea posible pensar de nuevo” (Foucault, 1968, p.33), sino que es necesario pensar y aceptar ahora aquello que somos: arena, y desde ya elaborar la mejor manera de diluirnos en el mar que vendrá por nosotros, sin intentar escapar de él, de la vejez, la enfermedad y la muerte. No se trata entonces de convertirnos en cemento, no podemos abandonar nuestra propia esencia de fragilidad y vulnerabilidad. Los esfuerzos por convertirnos en otros, en algo diferente a hombres contingentes, resultarán siempre vanos, pues siempre seremos

¹⁰ Los rostros siempre se diluyen, tanto en la arena, como en el mar, en el viento o simplemente en la memoria. Oscar Muñoz, artista colombiano, muestra cómo se borran los rostros al pintarlos con agua sobre una piedra. Esta obra de 2003 se puede encontrar en el siguiente link: <https://vimeo.com/39354097>

polvo y cenizas. Este asunto de la fragilidad como constitutiva de la condición humana lo abordaremos en el próximo capítulo.

Todos estos intentos por perfeccionarnos terminan llevando a la disolución del hombre en tanto frágil y vulnerable. Si ya no podemos ser vulnerables y mortales, entonces hemos dejado de ser hombres, somos otra cosa extraña, que indudablemente hay que pensar. Sin embargo, nosotros nos enfocaremos en pensar y rescatar aquello que somos, así eso implique reconocernos frágiles, viejos, enfermos y contingentes¹¹. De nuevo, el problema no es perfeccionar algunas cosas de nosotros mismos en el campo físico, el problema consiste en que el cuidado y la belleza se enfoquen únicamente en este plano, cuando el bienestar, la mejoría y perfección espiritual deben ser igualmente atendidas; asunto que abordaremos en el próximo capítulo. Es necesario tener claros los límites del perfeccionamiento físico; es decir, no es escandaloso pensar en tratamientos de ortodoncia, en alguna que otra rinoplastia, incluso en la circuncisión, el aumento de busto en las mujeres o la liposucción. El asunto es que el perfeccionamiento se radicalice tanto que deje de ser perfeccionamiento para convertirse en otra cosa, en una construcción de algo diferente a lo humano.

No hace falta decirlo, pero los hombres no somos eternamente jóvenes, ni siquiera estamos cerca de alcanzar la inmortalidad en cualquier etapa de la vida. Parece esto que resulta tan preocupante como para invertir todos los esfuerzos para alcanzarlo, de obtener la eterna juventud y la perpetuación de nuestro cuerpo joven para siempre. Hoy en día, el *ego* se identifica completamente con su cuerpo, de tal modo que el hombre contemporáneo dice ‘yo soy mi cuerpo’, en contraposición al *ego cogito* de Descartes: “yo pienso, luego soy” (*Discurso del método*, 2011, p.123). Así pues, el cuerpo ha absorbido completamente el *ego*, convirtiéndolo en un *ego body* (2014),

¹¹ La película *Pieles* (2017) es de gran utilidad para pensar nuestra condición humana. En aquella película los personajes tienen cuerpos peculiares, rostros desfigurados, afecciones estéticas severas. La primera impresión de los personajes puede ser perturbadora, incluso puede despertar un poco de asco, pero con el transcurrir de la historia el espectador comienza a sentir empatía, incluso se comienza a identificar de cierta manera con los personajes y sus historias. En esta película queda retratada nuestra variada naturaleza que puede no ser muy agradable a la vista, pero al ir más allá de aquellas pieles extrañas e incluso feas, encontramos la humanidad en la que todos nos identificamos: simplemente ser reconocidos y amados por otros.

reduciendo su existencia y su preocupación por ella nada más al cuerpo, olvidando el *ego cogito* y todas las otras esferas intangibles de su existencia. Es decir, en el *cogito* cartesiano de la *segunda meditación*, el *ego* primero es una cosa que piensa: “Ahora no admito nada que no sea necesariamente verdadero: por lo tanto no soy, hablando con precisión, sino una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón” (2011, p.172). Por otro lado, hoy en día el *ego* se ha convertido en un cuerpo, y es en tanto que tiene cuerpo, que existe, que se identifica con él absolutamente. Así pues, el *ego* contemporáneo es su cuerpo, limitándose nada más a este, considerando apenas por casualidad su pensamiento, y quizá por un golpe de suerte, su espíritu. De este modo, el culto al cuerpo y su perfeccionamiento toman la batuta en la consideración de lo humano y de sus límites.

Por ejemplo, Se sabe que los mayores de 70 años no se realizan procedimientos de perfeccionamiento. ¿Por qué? Algunos tienen razones económicas que se los impiden, pero por todo lo demás, a esta edad ya hay cierta resignación que los hace estar satisfechos con sus cuerpos ancianos, sin sentir empero la angustiosa necesidad de volver a su juventud. Por otro lado, las personas entre los 50 y 60 años tienden a realizarse diversos procedimientos estéticos, pues aún tienen la esperanza de ser lo que ya no son. La razón de la abundancia en procedimientos en este periodo de edad corresponde al periodo de transición en la que se encuentran estas personas, pues están despidiéndose de su juventud y, por tanto, de la asociación que ésta tiene con la belleza y con la salud. En este periodo transitorio cambia la forma en la que nos pensamos a nosotros mismos, en la que nos relacionamos con nosotros y con el entorno. El pensamiento común suele ser ‘los viejos son enfermos y feos y yo estoy próximo a ser viejo. Entonces, no quiero serlo, no quiero estar enfermo ni ser feo, así que, si continúo siendo o viéndome joven, estaré como quiero, es decir, bien y bello’. A este tipo de razonamientos se debe el aumento de procedimientos estéticos en este periodo de edad, pero podríamos preguntarnos por los valores y el sentido, más que por el deterioro natural del cuerpo. La pregunta por los valores y el cultivo espiritual resulta poco relevante en una sociedad como la actual, en la cual la belleza está delimitada por la imagen, por lo pulcro, por lo liso, por la piel tersa, mas no por la nobleza de las almas.

Somos conscientes del mundo en el que vivimos, incluso, aceptamos que en nuestras prácticas cotidianas somos anti-naturales con nosotros mismos. En palabras de Nussbaum (2018): “la vida humana es, en sí misma, antinatural, un esfuerzo constante por no ser aquello que seríamos si no hiciéramos nada para mejorar nuestros cuerpos” (p.164). Constantemente hacemos ejercicio, nos depilamos, nos peinamos, mejoramos nuestra apariencia y nuestra salud, y eso no tiene nada de censurable. Por tanto, no estamos buscando abandonarnos a una forma de vida agreste en la que no tenga cabida ningún tipo de perfección o mejoría clínica o estética. Sin embargo, el problema aquí no es embellecerse o perfeccionarse; es, más bien, el deseo de no querer ser viejos, lo cual es un deseo imposible de realizar, pues no habrá crema antiarrugas que valga ante el curso aplastante de la naturaleza y del tiempo.

Hasta ahora hemos examinado algo del deseo por alcanzar la eterna juventud y salirle al paso a la vejez. Todos estos intentos, grandes o pequeños, además de resultar vanos, tienen una proyección a futuro para erradicar o retrasar los procesos de envejecimiento, pero hoy el problema tiene otra cara, una más perversa, a saber: ¿qué hacer con los que ya están viejos? Diferentes soluciones se han postulado desde todos los ámbitos, tanto económicos, políticos, sociales, e incluso, médicos. Todas estas preocupaciones las abordaremos a continuación.

2.2 Un aparente mal negocio

El problema para la sociedad de consumo de hoy es que hay muchos viejos. Pero el verdadero problema no son los viejos en cuanto tal, sino lo que la vejez significa para una sociedad atravesada por los ritmos de producción. Los viejos no son productivos; ciertamente a cierta edad la naturaleza comienza a hacer de las suyas y el cuerpo no funciona de la misma manera en que lo hacía algunos años atrás. Esta incapacidad para la producción trae otro problema, el más grave hasta ahora, que indicamos al comienzo de este capítulo con la afirmación de Lagarde: los viejos cuestan mucho y gastan poco. Evidentemente los años no vienen solos y la improductividad no sólo se produce por un bajón en la energía o en la fuerza. La vejez generalmente viene acompañada de

diversas enfermedades y necesidades que no solo son abrumadoras, sino muy costosas. Así las cosas, los viejos son un mal negocio para la sociedad de consumo, pues ya no aportan a ella, pero sí toca soportar sus gastos y suplir sus necesidades.

Una opción que ha implementado la sociedad de consumo para lidiar con los ancianos es pues la jubilación. Sin embargo, la jubilación tiene varios problemas. Para comenzar, como ya lo enunciamos, para la sociedad de consumo resulta ‘injusto’ pagar las necesidades de los ancianos que ya no aportan al crecimiento de la riqueza de la sociedad. Esto es un síntoma del olvido de la humanidad en sí misma debido al énfasis que se ha dado a la creación y acumulación de riqueza. En un mundo ideal se podría ir al trabajo pensando también en nuestros padres o abuelos, pues con lo que producimos hoy, podríamos ayudar a nuestros ancianos cercanos y lejanos en sus años de improductividad, pero claramente esto no funciona así.

Por su parte, la jubilación comprende dos partes, el trabajo y el dinero. Por supuesto que estos dos elementos van de la mano hoy en día, pero examinaremos primero el trabajo y la importancia que implica para el desarrollo de los hombres. El trabajo, según Marx (1970), ha tomado el carácter de una categoría antropológica, pues el hombre es un ser dotado de un principio de movimiento que lo distingue de los animales. Además, es por medio del trabajo que se materializa el impulso de creación de los hombres para la transformación de la realidad. Así, el trabajo es la expresión de las capacidades físicas y mentales del hombre, de tal modo que el trabajo no es un medio para la producción, sino un fin en sí mismo que debe ser buscado y gozado en sí mismo. Así lo expresa Marx:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo su forma útil para su propia vida (2008, p.215)

En este sentido, el trabajo es la naturaleza del hombre, una actividad por medio de la cual el hombre se realiza por medio de los recursos de la naturaleza para procurarse una vida en ella. De esta manera, el trabajo no es algo prescindible, los hombres no

pueden renunciar a él porque es el medio por el cual se realizan. En otro texto, Marx anota: “al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material” (1970, p.19).

Con esto en el horizonte, ¿qué sucede cuando se les arrebatan a los hombres la posibilidad de trabajar? Por supuesto que necesitamos reconocer las limitaciones físicas que con el tiempo atormentan el cuerpo, pero como ya lo insinuamos un poco citando a Marx, el trabajo no sólo se limita al cuerpo, sino que también involucra ejercicios mentales, de ahí que el trabajo pueda ser dividido en físico y mental, y comporta también la conjunción de ambos aspectos. Hoy en día se han considerado ciertas edades para el retiro de las actividades laborales, pero debemos preguntarnos: ¿podemos imponerle a alguien su retiro laboral nada más por la edad que tiene? Si hemos contemplado sus capacidades y está en plenitud de ellas para seguir trabajando, ¿por qué arrebatárselo? Sin duda, como lo anota Nussbaum (2018), “hay personas cuya vida es más plena en el trabajo que en la jubilación” (p.60). De tal modo que no podemos pensar por ellas lo que sería lo mejor para ellos en sus años dorados, pues deberíamos ser dueños de nuestra propia cronología y de la administración de nuestras capacidades y deseos. Además, como lo anotamos con Marx, no podemos renunciar al trabajo, pues estamos configurados como hombres trabajadores, pues de no hacerlo no sólo no podríamos procurarnos nuestros medios de vida, y con ellos nuestra vida material, sino que quedaríamos arrojados a una vida sin sentido.

El problema toma otra tonalidad, cuando se vincula el trabajo al dinero y, a su vez, esta conjunción se vincula a la posibilidad de vivir y de vivir bien. Hoy en día se necesita dinero para todo y hemos aprendido a vivir con eso de tal modo que nos resulta imposible imaginar un mundo en el que todas nuestras relaciones, tanto con los otros como con los objetos, incluso con nosotros mismos, están atravesadas por el dinero. En los *Manuscritos económicos y filosóficos* (2001), particularmente en el tercer manuscrito, Marx analiza los efectos del dinero. El dinero cosifica todo, le pone un costo a todo, a los objetos y a los humanos, a los espacios y al tiempo, pero para nosotros eso no parece ser un problema, puesto que hemos crecido en un entorno mediado por el dinero ¿Pero acaso no resulta aterrador pensar que los ancianos solo

valen o estorban por el dinero que requieren sus necesidades? Todo lo hemos reducido a términos económicos dejando de lado lo humano. Es más, volvamos a nuestro mundo ideal de la mano de Marx, sería fantástico poder trabajar, realizarse como se deseara sin la preocupación del dinero. Si esto fuera así, deberíamos poder seguir trabajando en lo que quisiéramos e incluso aportar a la sociedad y producir mercancías sabiendo que todas nuestras necesidades básicas están cubiertas y que no dependemos del dinero para sobrevivir. Marx dice sobre la relación trabajo y dinero:

Cada cual se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividades, que le es impuesto y del que no puede salirse; el hombre es cazador, pescador, pastor, o crítico, y no tiene más remedio que seguirlo siendo, si no quiere verse privado de los medios de vida; al paso que en la sociedad comunista, donde cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos. (1970, p.34)

No estamos insinuando un cambio de régimen económico, pero no sobra considerar otras posturas que humanicen de nuevo las relaciones humanas sin que necesariamente estén mediadas por el dinero.

Volviendo a la realidad, el asunto con la jubilación es delicado. Ciertamente, es necesario reconocer cuando el cuerpo no puede desempeñar determinadas labores, pero sigue estando en capacidad de realizar otras. Sin duda esto depende del trabajo, por ejemplo, los filósofos no tenemos mayores limitaciones con la edad, es más, con el paso del tiempo nuestro trabajo adquiere más peso y valor; por lo tanto, no deberíamos estar obligados a retirarnos a cierta edad, si no lo deseamos de ese modo. Sin embargo, imaginemos que nos obligan a retirarnos, no hay mayor problema, porque podemos seguir trabajando en tanto que seguimos filosofando, aunque por ello no recibamos dinero. Pero el problema ahora es el siguiente: ¿de qué vamos a vivir? Mientras que no haya un cambio masivo en el sistema económico, o los científicos no nos den la capacidad de generar nuestro propio alimento por medio de fotosíntesis, necesitamos dinero. Y no sólo necesitamos dinero, necesitamos también todo lo que con él se puede

conseguir: acceso a salud, medicamentos, protección social y demás herramientas que permitan suplir las necesidades que acarrea la edad.

En este sentido, la jubilación es un problema de dinero, más no de ocupación. En el mundo actual, cuando el anciano alcanza cierta edad y ciertos requisitos, sale de sus ocupaciones laborales para recibir cierta cantidad de dinero que a la hora de la verdad no alcanza para suplir todas las necesidades que ahora se le presentan. Estamos hablando, por supuesto, de un sistema como el colombiano, pues si mirados otros países, como Finlandia, por ejemplo, el sistema de salud y seguridad social es ampliamente generoso, de tal modo que el acceso a salud o medicamentos no representa una preocupación para sus habitantes. En contextos como el de Finlandia se asoma un poco el mundo ideal que mencionamos hace poco, pues el dinero no es una preocupación para las necesidades básicas, lo cual le da la tranquilidad a sus habitantes de poderse desarrollar en lo que quieran y de usar su tiempo y capacidades en lo que mejor les parezca, sin estar preocupados por su porvenir. En este sentido, el dinero es más un lujo que una necesidad.

Sin embargo, en contextos como en el de nuestro país en el que el bienestar ocupa un segundo plano después de la producción y acumulación de riqueza, los viejos son un estorbo para el progreso económico. Puede pareceros crudo, pero esta es la realidad sobre la cual se crean leyes de jubilación, pues como lo indica Lagarde, los ancianos viven demasiado y son un riesgo para la economía global, por lo cual habría que aumentar la edad de jubilación y reducir el monto de las pensiones, puesto que la vejez amenaza las finanzas públicas y privadas. Podemos preguntarnos ahora: ¿no será más bien al revés? Quizá son las finanzas públicas y privadas las que amenazan la vejez, al reducirla nada más que a su costo y no a su experiencia vital que podría ser útil para el desarrollo de la sociedad, aunque claro, no en términos económicos. Tal vez sí.

Veamos con detenimiento un asunto de lenguaje. El término ‘jubilación’ es casi idéntico a ‘júbilo’; ambos términos tienen su origen en el latín *iubilare* que significa gritar de alegría. En este sentido, la jubilación tendría que significar salir de las ocupaciones laborales con alegría, con honores, por la puerta grande con un profundo

agradecimiento por parte de sus empleadores por todo el trabajo realizado. Por supuesto que hoy en día jubilarse dista mucho del significado original de este término. Como ya lo enunciamos, la jubilación no es un asunto de ocupación, sino de dinero, y ésta es la mayor preocupación de los ancianos y de la sociedad en general.

Sin embargo, si ponemos el problema del dinero al otro extremo de la vida, es decir, la infancia, encontramos las mismas o incluso peores situaciones. Si lo meditamos con calma, criar un niño es sumamente costoso. Desde su nacimiento los niños requieren cuidados especiales, alimentación específica, entre otras. Pero ahí no acaba la misión, es necesario brindarles educación, ropa, recreación, en fin. Además, cuando dejan de ser niños y se convierten en adultos, es necesario también costearles educación superior para que con ella puedan ser útiles a la sociedad. En últimas no importa quién se haga cargo de estos gastos, si el Estado o la familia, pero ciertamente la infancia implica cifras exorbitantes de dinero. En este sentido, la infancia podría ser también considerada un estorbo para el progreso, sin mencionar a las personas en situación de discapacidad. La infancia encuentra su salvación en una esperanza, la esperanza de que toda la inversión que se ha hecho en ella, sirva para el crecimiento de la sociedad, de tal modo que el trabajo en cuanto producción de mercancías y riqueza sea el reembolso de todos los esfuerzos que se invirtieron en la infancia y más o menos así queda equilibrada la ecuación. Es aquí donde la ironía se asoma, pues los jóvenes no pueden ingresar a la vida laboral, porque las vacantes están ocupadas por ancianos que aún no han saldado su deuda con la sociedad y que deberían, por tanto, continuar produciendo.

No obstante, todo esto tiene lugar en las clases medias o altas de la sociedad, pero de nuevo son los pobres los que llevan la peor parte. No es difícil imaginar que si la vida está condicionada por el dinero, quienes no lo tienen, no tienen posibilidades de vivir, pues tan reducidos a la *nuda vida*. No hace falta imaginar el peor de los mundos posibles para saber que quienes no tienen dinero mueren de hambre o de enfermedades que podrían haberse curado con una buena atención en salud. En este sentido, así como los pobres y los ancianos estorban para el progreso, su porvenir es oscuro y mantenerlos es costoso, no se descarta la posibilidad de eliminarlos. Una propuesta llena de realidad

y de sarcasmo es la de Jonathan Swift, un escritor irlandés que en 1729 con su obra *Una humilde propuesta* (2012), plantea una solución al hambre y la pobreza, inspirada en Maltus. En esta obra, Swift propone comerse a los niños pobres, pues con ello dejarían de ser una carga para sus padres y contribuirían a la sociedad ayudando a solucionar el problema del hambre. Sí, en efecto esta solución es bizarra y sobrepasa ciertos límites de la cordura, pero no está muy lejos de la realidad de hoy en día. Ciertamente esperamos que el canibalismo no sea la solución, pero la eliminación de los indeseables, los costosos y poco productivos es una realidad que se asoma disfrazada de bien, de manera gentil y sutil. Abordaremos estos asuntos enseguida.

2.3 La condena

Hemos visto ya cómo la sociedad ha ido desarrollando un rechazo hacia la vejez, que incluso está latente en los viejos mismos. Mencionamos los procedimientos médicos y científicos para combatir el paso del tiempo en el cuerpo, como también examinamos un poco los problemas económicos que rodean la vejez en cuanto a la jubilación. Tal parece que los viejos son “hombres que sobran así como residuos de un tiempo en el que ya no queremos pensar” (Redeker, 2017, p.41). Entonces ¿qué hacer con ellos? Esta pregunta la hemos formulado en repetidas ocasiones a lo largo de este capítulo, al igual que hemos desarrollado algunas de las soluciones que se han venido pensando e implementando. Como hemos visto, detener el paso del tiempo en el cuerpo y retrasar o eliminar los procesos de envejecimiento no parecen ser suficientes, aunque esto haya sido justamente el ideal de Dorian Gray. Lo mismo sucede con la jubilación, que más que parecer una solución al problema consumista de la vejez, trae más problemas de los que se esperaría. En este sentido, se ha pensado e incluso se ha venido implementando una cierta eliminación de los indeseables, no sólo de los viejos, sino de los discapacitados, e incluso de los pobres. No sólo la *Humilde propuesta* de Swift que mencionamos anteriormente, sino también, por ejemplo, la obra de Adolfo Bioy (1999) *Diario de la guerra del cerdo*, en la cual los jóvenes crean pandillas para asesinar a los

viejos que son considerados cerdos, en lugar de búhos. No nos escandalicemos mucho por estas satíricas obras, pues no estamos muy lejos de la realidad.

Esta posible eliminación de los viejos y los indeseables adopta muchas formas que iremos examinando en este nuevo recorrido, pero nuestra atención se enfocará en la eutanasia como “posibilidad del gerontocidio” en palabras de Redeker (2017, p.41), el genocidio del Siglo XXI. Comencemos por aclarar que el *gerontocidio* no es una necesidad, pero sí una monstruosa posibilidad, cuyas condiciones de realización se han ido cumpliendo, justamente en el marco jurídico de la sociedad neoliberal. Las condiciones de realización del *gerontocidio* las hemos ido enumerando en esta investigación, a saber: la instauración del *jovenismo* como ideología imperante, el imperativo categórico de la juventud y la salud para la productividad, la reducción del hombre a *homo economicus*; y el exceso demográfico de una población anciana con costos de vida sumamente altos. Así, si estas condiciones se han ido cumpliendo, no faltaría mucho para que estemos ante la realización del *gerontocidio*, pues no falta mucho para que la sociedad consumista deje de lado la moral de turno y note que en términos económicos es mejor matar a los ancianos que mantenerlos vivos y costear todas sus exigentes necesidades de cuidado. Esto a primera vista se escucha aterrador, y aunque quisiéramos negar el advenimiento del *gerontocidio*, basta con mirar algunas realidades que saltan a la vista:

La disminución de las pensiones, el recorte en los reembolsos por cuidados médicos - en efecto, el acceso a los servicios de salud se hace intencionalmente cada vez más difícil-, la tarificación prohibida de los hogares geriátricos, la obligación de trabajar a una edad avanzada, son formas de ejercer presión para disminuir la esperanza de vida, disminuir en un primer momento la esperanza de vida de los más pobres, luego de manera progresiva la de las clases medias. (Redeker, 2017, p.44).

En este sentido, la eutanasia se asoma como un “demonio del bien”, siguiendo el título de la obra de Alain de Benoist (2014). Bajo esta forma se legitimará la eutanasia en nombre del bien y de la lucha contra el sufrimiento; esta lucha se puede ampliar hasta niveles sociales y económicos. De esta manera, el “el Bien, que como si fuera opio, adormece la Razón, engendraría monstruos” (Redeker, 2017, p.45). Si recordamos las teorías clásicas del bien, particularmente la de Aristóteles, el Bien es aquello a lo que

todas las cosas, acciones y estados del alma se encaminan (*Ética a Nicómaco*, 1094a). En este sentido, el Bien es un fin que por sí mismo es deseado, por lo tanto, la muerte no es un bien, pues no se desea por sí misma; como tampoco podría considerarse un mal, si recordamos la tesis estoica que mencionamos en el capítulo anterior. Entonces, la muerte es un infortunio, un azar de la vida que acontece en algún momento.

Hoy en día, bajo la comprensión contemporánea de Bien, que no está producido por la Razón, sino que esta lo paraliza, la eutanasia se presenta como un Bien, aunque sea un bien aparente, que se comporte como tal únicamente en determinados contextos bajo ciertos criterios. Así, una sociedad de consumo con tendencia gerontocida podría pensar así: ‘una buena manera de deshacerse de los indeseables, de los ancianos, los pobres, los enfermos, es convencerlos de que morir es lo mejor para evitarles el sufrimiento que viene con la vida, en particular con sus vidas’. O que, por lo menos, lo poco que aun sirva en ellos pueda estar a disposición de todos.

Esta aparente solución con un falso carácter altruista no es más que un elogio de la técnica disfrazado de humanidad. Recordemos el origen del término ‘eutanasia’, que está conformado por los vocablos griegos *εὖ* (*ef*) y *θάνατος* (*thanatos*) que significan respectivamente ‘bien’ y ‘muerte’. Así las cosas eutanasia significa morir bien, pero este morir bien es una muerte natural, una muerte en la que uno no se siente morir (Schopenhauer, 2009, p.508). Este buen morir puede ser como quedarse dormido, sin sentir nada, o con sufrimiento tolerable, o en medio de una guerra defendiendo el honor de un pueblo o de una familia. La eutanasia en su comprensión original como muerte buena, no es necesariamente una muerte cómoda, aunque por supuesto este tipo de muerte sea deseable. La buena muerte está relacionada con el espíritu, con la serenidad del ánimo y la tranquilidad del alma o la realización de la virtud en el pensamiento clásico.

Ahora bien, hoy en día esta buena muerte, que en principio corresponde a la naturaleza o a Dios, es ahora asunto de la medicina, de la técnica, que como bien lo supo anotar Heidegger (1994) en *La pregunta por la técnica*, al decir que esta es un emplazamiento de la naturaleza (p.17), es decir, el sometimiento de la razón de aquello que se considera como un fondo inagotable para la actividad humana, es decir, la

naturaleza. En este sentido, la razón toma el lugar de la naturaleza o de Dios sobre el asunto de la muerte; hoy es la medicina y la jurisprudencia la que deciden cómo, cuándo y bajo qué circunstancias se podría dar la muerte a alguien en nombre de un doble 'bien': el del enfermo y el de su entorno. En nombre del enfermo se haría un 'bien' al arrebatarle la vida, pues con ella se van también sus pesares y sufrimientos, y para su entorno puesto que con la muerte del enfermo, se van también las responsabilidades sobre él, tanto económicas como emocionales.

Así las cosas, la muerte no sólo se ha convertido en un asunto técnico, sino también político, pues ahora vivimos en un mundo biopolitizado en el que el Estado y ciertas ciencias están en la capacidad de decidir y legislar sobre la vida y la muerte de los individuos, que ahora no son sólo individuos, sino ciudadanos inscritos en determinados regímenes que imponen ciertas conductas y métodos para la vida y la muerte. Entonces, en palabras de Agamben (2006): "la vida y la muerte no son propiamente conceptos científicos, sino conceptos políticos que en cuanto tales solo adquieren un significado preciso por medio de una decisión" (p.208).

Ahora bien, la eutanasia se presenta con una perversa generosidad como una solución extrema para casos extremos. Para nadie es un secreto que con la edad se resalta la enfermedad, el sufrimiento y el dolor total que abarca cuerpo y alma. Sin duda, la misma condición humana, particularmente la vejez, traen consigo ciertos sufrimientos que son extremos e inhabitables, hostiles y áridos. Una vez en estos extremos "¿qué le queda aún a la muerte por destruir?" (Schopenhauer, 2005, p. 521, Parr. 536). Una vez aquí, agobiados por estas situaciones se queda reducido nada más que a ser *nuda vida*, en el decir de Agamben (2006), una vida despojada de toda significación. En este punto la vida podría dejar de ser un valor, carecer de bien, y convertirse en tormento, pero ¿deberíamos por ello acelerar la muerte?

Estos extremos en los que el cuerpo se ve tan agobiado por el sufrimiento y la vida puede perder su valor, no son más que un síntoma de la debilidad psíquica que predomina en las sociedades actuales. Esta debilidad psíquica es la debilidad de soportarse como humano, como frágil y sufriente. Ante esta debilidad está la fuerza de la técnica que puede soportar e incluso eliminar nuestras debilidades y sufrimientos.

Por esto es que la muerte ha pasado a ser un asunto técnico y no natural o divino, pues la técnica nos blindamos contra la naturaleza y de alguna manera nos ofrece la posibilidad de escapar de ella, al ir al encuentro de la muerte, antes de que esta nos encuentre a nosotros primero.

Por otro lado, la aplicación de la eutanasia se realiza en nombre de la dignidad humana, como si sufrir fuera indigno, como si envejecer y desvanecerse en las condiciones de la naturaleza fuera indigno. Este es otro síntoma de nuestra debilidad psíquica, el olvidarnos de nuestra humanidad y fragilidad constitutiva, para enfocarnos en la búsqueda por parecernos a seres divinos cada vez más alejados de la naturaleza. En esta época actual domina la indignidad e inutilidad del sufrimiento, bajo el cual se podría expulsar al anciano, al canceroso terminal, al agonizante ¿Acaso esta expulsión es más digna? ¿Qué tipo de humanidad estamos buscando? Ciertamente una que no es humana, pues el sufrimiento y la fragilidad son constitutivos de la humanidad en cuanto tal. Por otro lado, pensar que el sufrimiento es inútil es como decir que “Jesús en la cruz, cuando exploró la condición humana hasta lo más hondo del sufrimiento, carece de sentido” (Redeker, 2017, p.85). A nadie se le ocurría decir que uno de los hechos determinantes para la creación de Occidente tal y como la conocemos hoy en día, fue un acto inútil y sin sentido. Estos asuntos, como el sufrimiento inútil y la condición humana los desarrollaremos con más detenimiento en el capítulo siguiente.

La dignidad se ha convertido entonces en un espacio que se desearía ocupar, y la indignidad, aquel que preferíamos evitar. Sin embargo, lo que consideramos digno es aquel lugar al que solo pretendemos llegar, pero que no es nuestro, y nuestro rechazo por nuestra propia condición, por el lugar que verdaderamente nos corresponde, se ha convertido en el lugar de lo indigno. Esta forma de la dignidad es un intento por establecer el rango de los hombres en la jerarquía de los seres, en la cual se pretende hacer un nuevo orden en el cual el hombre ocupe otro lugar mientras se convierte en otro tipo de ser cada vez más alejado de la naturaleza, cada vez más asqueado por lo in-mundo, por lo que habita en el mundo del que también hace parte, muy a su pesar.

Este intento por modificar la jerarquía de los seres se evidencia en nuestro vínculo con los animales y nuestra forma de hablar. Decimos que a los animales se les

puede ‘eutanasiar’ en ciertos contextos. Es legítimo ‘eutanasiar’ a las mascotas para que no sufran, como si el sufrimiento de los animales también fuera indigno. También es legítimo ‘eutanasiar’ perros que han mordido de gravedad a una persona, a ciertos animales con enfermedades que se pueden contagiar a humanos. No nos diferenciamos mucho de estos ejemplos, pues es legítimo ‘eutanasiar’ al enfermo o al sufriente, como también a los hombres que han hecho un grave daño a la sociedad bajo la pena de muerte. En estos ejemplos encontramos una interesante paradoja, la humanización de los animales y la animalización de los hombres. Aquí, en este círculo que se abre en cuanto a nuestra relación con los animales, resalta la imposibilidad de desvincularnos de la naturaleza. En cuanto a nuestras formas de hablar debemos ser honestos, el hecho que digamos ‘eutanasiar’ en lugar de matar, no es más que el reconocimiento de un crimen que por culpa no nos atrevemos a confesar por su nombre, y que además sabemos que hemos disfrazado de bondad el crimen de creernos dioses y arrebatarse la vida.

Así, la eutanasia se desarrolla en un contexto de deshumanización, en medio de un olvido de la esencia humana, y la dificultad de asumir hasta el final, hasta las últimas consecuencias la experiencia de lo humano, incluso con el sufrimiento como parte indispensable de la vida. Entonces, bajo este panorama, todo aquel que recuerda esta fragilidad y resalta el sufrimiento que tanto procuramos ignorar, debe ser eliminado. En consecuencia, la incapacidad de reconocer y tolerar el sufrimiento del otro ha devenido en acciones perversas para la eliminación de estos sufrimientos. Sin embargo, no es necesario acabar con estos males, sino que bastaría transformarlos con afabilidad y serenidad. Para esto necesitamos colocarnos frente al espejo profundo de la filosofía, mirarnos hasta lo más hondo de nosotros mismos, descubrirnos y proclamarnos frágiles, para desde allí abrirnos a nuevas posibilidades, como una nueva belleza y una nueva forma de cuidado. Así pues, salvar la vejez se convertirá en una misión filosófica, pues por medio de la reflexión transformaremos con afabilidad las nuevas situaciones y ‘problemas’ de la vejez en posibilidades, para vivirlas sin temor, sin angustia, y disfrutar de esta etapa de la vida sin tedio, pero con amor y serenidad de espíritu. De esto nos ocuparemos en el próximo capítulo.

3. EL ENCUENTRO AFABLE

A lo largo del recorrido que hemos hecho hasta ahora, hemos visto que los ancianos no han tenido un pasado glorioso. Del mismo modo, nos hemos percatado también de que su presente y su porvenir no parecen mejorar, sino todo lo contrario. La condición de la vejez no sólo empeora, sino que comienza a diluirse poco a poco, hasta que finalmente termine por extinguirse. Hoy en día los recursos y esfuerzos técnicos e intelectuales no se enfocan en encontrar una solución o una alternativa a los problemas y necesidades de la vejez, sino que se orientan a la erradicación de su malestar o incluso a la aniquilación de la presencia social de los viejos. No nos preocupemos si hemos llegado hasta acá un poco deprimidos o incluso indignados con la situación; tampoco nos preocupemos de más por nuestro porvenir arrugado. Ocupémonos, más bien, de hacer que nuestro camino hacia la vejez adquiriera un sentido distinto al que se enmarca en los límites del dinero, la productividad, la belleza física y en general los aspectos superficiales de la realidad humana.

En este capítulo tenemos una ambiciosa tarea. Nos proponemos reencontrarnos con la vejez desde otra perspectiva, una que va más allá de todos los criterios que enunciamos anteriormente. Aquí abordaremos la vejez no como dificultad, sino como posibilidad. Para lograr este objetivo es necesario aprender a aprender desde otras dimensiones. Ojalá fuera tan sencillo como cambiar de lentes y de repente vernos acogiendo nuestra vejez de manera más amable; pero a nuestro pesar, esto no es nada fácil. Necesitamos, en primera instancia, reunir el valor para enfrentarnos a nosotros mismos. No basta sólo esto, pues no vamos a emprender una guerra contra la vejez;

por el contrario, vamos a acogerla, a protegerla, honrarla y cuidarla como un regalo a nuestra propia fragilidad, a nuestra propia esencia.

Reconocernos frágiles será el primer paso, pero no el más difícil. Una vez hagamos esta confesión de vulnerabilidad, necesitaremos buscar desde ella un sentido que prevalezca por encima de las incomodidades físicas y estéticas del declive de la salud y la vida. En ese camino, será indispensable ver y entender desde otra perspectiva algunos asuntos que creemos entender cotidianamente, pero tal vez no profundamente; por ejemplo, la belleza y el cuidado, que no se reducen nada más a procedimientos estéticos, quirúrgicos o médicos. Entonces, como segunda tarea examinaremos el cuidado y la belleza propia de nuestra fragilidad, particularmente situada en la vejez. Trataremos de diagnosticar de otra manera aquello que aqueja en la ancianidad y recomendaremos filosofía en lugar de medicinas para lidiar con aquellas incomodidades. Recomendar filosofía será nuestra tercera tarea, aunque desde ya es necesario advertir, obviamente, que esto tiene algunos efectos secundarios; éstos varían según el paciente, pero los resultados pueden ser magníficos.

Ciertamente, la técnica ha convertido a la vejez en un problema que debe ser resuelto de la misma manera, es decir, técnicamente. Sin embargo, desde una perspectiva filosófica la vejez no es un problema, aunque sí debemos aceptar que es una condición de vida con ciertas necesidades y atributos. Bajo este cambio de panorama la vejez se entiende y se vive de manera distinta, aunque no por ello se deba rechazar el avance de la técnica, en especial para tratar ciertos achaques del cuerpo. No siendo más, comencemos.

3.1 Sin camuflaje

En el capítulo anterior examinamos algunas situaciones y ejemplos de la técnica que apuntan a desarrollar otra especie de humanos, algo así como “súper humanos”, o quién sabe qué otra cosa más allá de lo humano se están gestando en los laboratorios e industrias. Sin embargo, mientras la técnica nos gana la carrera y logra su meta de derrotar la vejez, la enfermedad y ‘matar la muerte’, no debemos perder de vista que la

verdadera esencia de lo humano es la fragilidad, la cual es más fácil de llevar si la entendemos y la acogemos. Entonces, mientras seguimos siendo humanos seguiremos siendo necesariamente frágiles, expuestos al dolor, al sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Por tanto, será necesario acercarnos a ella, entenderla y acogerla. Para esta tarea nos serviremos de Lévinas, el filósofo lituano de la fragilidad.

La subjetividad, entendida desde la perspectiva levinasiana, se constituye como un “desnudamiento más allá de la piel hasta la herida de que se puede morir, desnudamiento hasta la muerte, *ser como vulnerabilidad*” (Lévinas, 2003, p.102; énfasis añadido). Ser como vulnerabilidad será entonces la característica predominante de esta subjetividad. Se trata de una existencia desnuda, vulnerable, expuesta al dolor; una subjetividad marcada por la adversidad o la dolencia del dolor. Así, subjetividad planteada *de otro modo que ser*¹, es decir, más allá de la esencia, del campo del ser y del *conatus*, es una subjetividad siempre expuesta, ofrecida al Otro, al mundo, a la herida. Se trata de una subjetividad contraria a la idea moderna de la subjetividad del Ser anclada en el *conatus* que, en lugar de exponerse, se protege de la adversidad. En este sentido, para Lévinas, “la subjetividad del sujeto es vulnerabilidad, la exposición a la afección, sensibilidad, pasividad, tiempo irrecuperable, exposición constante a exponerse” (Lévinas, 2003, p.103).

En este tipo de subjetividad será necesario reformular también la sensibilidad y la corporeidad. La sensibilidad será vulnerabilidad en la medida en que es “reconocer un sentido en un lugar distinto al de la ontología” (Lévinas, 2003, p.120). Una sensibilidad que no se reduce a la mera percepción por los sentidos, sino que trasciende estas facultades para abrirse a un campo más allá del ser en el cual el sujeto se percibe a sí mismo en su encuentro con el Otro, en el rostro, dónde no sólo sucede un encuentro sino una substitución, en la cual el sujeto sale de su núcleo, de su identidad cerrada, para identificarse con el Otro y así poder sentir su dolor, su clamor por la vida y poder responsabilizarse de él.

¹¹ *De otro modo que ser* indica en la obra levinasiana (2003) trascender el terreno del ser y del *coantus*. No significa ser de otro modo, sino justamente, la salida de este esquema del ser acentuado en el *conatus*, para así abrirse a la vulnerabilidad y la responsabilidad por el Otro.

El encuentro con el Otro se da por medio del rostro. En este momento debemos ser cuidadosos, pues el rostro no es lo mismo que la cara, entendida comúnmente en el terreno del ser. El rostro no es dónde se ubican los ojos, la nariz y la boca; Lévinas es enfático en señalar que el rostro no es un objeto de conocimiento en la forma de cualquier otra parte del cuerpo podría ser vista o tomada por la conciencia. El rostro es, entonces, el lugar privilegiado para la aparición de 'lo Otro'. En el rostro se permite el reconocimiento mutuo fuera del ámbito de la conciencia, percibiendo al Otro no como un mero objeto de representación tematizable o como un dato. De esta forma, el rostro es el modo en que el Otro se impone con su alteridad sobre la propia identidad. Así, el sujeto no es la unidad de identidad clásicamente entendida, sino una identidad quebrada por su exposición, por el encuentro con el Otro.

El rostro es también la extrema exposición, la extrema desnudez que no es tematizable. No le pasa el tiempo. Entonces, el rostro está más allá del terreno del Ser y del pasar del tiempo sincrónicamente; por tanto, es un lugar que comunica, es decir, el lugar de la fragilidad. En el rostro se encuentra un modo de comunicación que va mucho más allá del lenguaje, pues en la exposición de la fragilidad el rostro conmueve e incomoda, es decir, exige una apertura absoluta a lo trascendente, a lo que está más allá de la mera experiencia empírica, pues "la belleza del rostro no necesita de elementos artificiales que vulneren su verdadera condición humana" (Millán-anteciano, 2017, p. 173). Esta condición humana reflejada en el rostro es la fragilidad constitutiva de lo humano. Como hemos sostenido en este trabajo, el rostro muestra nuestra verdadera constitución humana, la vulnerabilidad, la fragilidad.

Hemos enunciado ya que la subjetividad está determinada por su fragilidad y su vulnerabilidad. Este tipo de fragilidad y vulnerabilidad, aunque van mucho más allá del terreno del Ser, no dejan de lado la corporalidad. El cuerpo, por su parte,

No es ni obstáculo opuesto al alma, ni la tumba que lo aprisiona, sino aquello por lo cual el sí mismo es la susceptibilidad en sentido propio. Pasividad extrema de la encarnación; estar expuesto a la enfermedad, al sufrimiento, a la muerte (Lévinas, 2003, p.176).

En este sentido, el cuerpo inaugura la pasividad de la afección de la subjetividad: una adversidad recogida en la corporeidad susceptible de dolor físico, la fatiga, expuesta a la herida, la enfermedad y el envejecimiento. Así, la corporeidad se constituye por su movimiento, el trabajo y la fatiga que conlleva, al igual que por su duración; es decir, el envejecimiento. Estas dos características de la corporeidad están marcadas por la pasividad, no por el acto; en ellas se refleja la vulnerabilidad del sujeto, en la inminencia del dolor, del deterioro, de la fatiga, del envejecimiento, la enfermedad y la muerte.

Todo esto que le acontece a la corporeidad del sujeto, le sucede *a su pesar*, pues no refiere al deseo de su voluntad. El *a su pesar* marca esta vida en su propio vivir, como lo dice Lévinas: “la vida es vida a pesar de la vida, por su paciencia y por su envejecimiento” (2003, p.104). De este modo, la corporalidad en tanto que posibilidad de dolor, en tanto que viviente y sensible, es susceptible a sufrir el mal, como es susceptible también a la enfermedad, el envejecimiento y la muerte *a su pesar*. Aunque el sujeto no lo quiera por su voluntad, es imperativo asumirse frágil, vulnerable, dentro de la propia corporalidad, pues “la dolencia del dolor, la enfermedad, o la malignidad del mal y en estado puro la propia paciencia de la corporeidad, la dificultad del trabajo y el envejecimiento son la misma adversidad, el contra sí en sí mismo” (Lévinas, 2003, p.105). Todas estas afecciones le suceden al sujeto *a su pesar*, pero a su vez, lo constituyen.

En la experiencia del dolor, de la enfermedad, la vejez y todas las adversidades que le suceden al sujeto *a su pesar*, lo dejan sin recursos, esto es, dominado por lo que es externo, ya que lo dejan en la pura pasividad como sumisión sin acto de conciencia sintetizadora. En este sentido, la pasividad es, como la describe Edelglass (2006): “De acuerdo con la fenomenología de Lévinas, la leve incomodidad puede ser dominada por la conciencia. Pero a medida que el sufrimiento aumenta y abrumba al sujeto, se convierte en una pasividad pura, sin sentido y malvada” (p.46).

Como contenido de la conciencia el sufrimiento se presta a la descripción fenomenológica, pero el sufrimiento no se puede captar, es inasumible; esta elucidad es su propio contenido, que va mucho más allá del ser y se constituye como mera

pasividad. Hay un tiempo de sufrimiento no físico bajo el cual se pierde toda posibilidad de esperanza. La desesperanza, por otro lado, encarna también el exceso del mal. Así pues, la pasividad del sufrimiento es desproporcionada para los sentidos, por eso mismo no se puede tematizar, ya que es un exceso que va más allá de todas las facultades perceptivas. En sufrimiento es entonces “una ruptura y una perturbación del significado porque sofoca el sujeto y destruye la capacidad de asimilar sistemáticamente el mundo” (Edelglass, 2006, p.47). En este sentido, la malignidad del mal, y la dolencia del dolor serán siempre un exceso que rebasa la síntesis, la comprensión, e incluso la acción, pues no tienen sentido, no pueden ser comprendidos o justificados por un argumento racional. Entonces, “el sufrimiento como tal sufrimiento no es más que una manifestación concreta y casi sensible de lo inintegrable, de lo injustificable” (Nemo, 1995, p.156). Por esta razón, el sufrimiento arroja al sujeto a otro modo que ser, lejos de la comprensión, abierto a lo trascendente, a lo no comprensible o tematizable; lo abre, además, hacia el dolor del otro y a su encuentro con él.

De este modo, la pasividad del sujeto no nace de su oposición al cuerpo o al trabajo, sino del reconocimiento de su propio dolor y, a su vez, de la obsesión por la responsabilidad con el Otro. La pasividad no es interesada; más bien, es desinteresada y llega al hombre a través de su fatiga y envejecimiento propios del cuerpo que se transforman en paciencia. Así, la corporalidad se modifica por la fatiga y el pasar del tiempo; por el inevitable deterioro de la vida que se da por la vivencia en el mundo. Entonces, la enfermedad y la proximidad con la muerte recuerdan la precariedad y la fragilidad de la vida humana, de tal modo que en la vejez el sujeto se enfrenta con su propia fragilidad y, con ello, la reconoce, en este caso, en la propia vivencia de la fragilidad extrema.

Con todo, el cuerpo inaugura la pasividad de la afección. Decimos entonces que el envejecimiento es una condición de nuestro cuerpo que se inserta dentro de una temporalidad que excede la memoria. Es decir, es la posibilidad más extrema de nuestra corporalidad. El envejecimiento es la prueba de que hay un tiempo que no es recuperable y atestigua por medio del cuerpo las situaciones límite a las cuales se ve

sometido en su exposición: el dolor, la enfermedad, la fatiga y la muerte. Así las cosas, la vejez aparece como momento de una identidad que se diluye en el mundo de su propio deshacimiento, en su vulnerabilidad y muerte muy *a su pesar*. Sin embargo, aunque la vejez y la muerte vengan a nosotros muy *a nuestro pesar*, debemos considerar que la vejez como antesala de la muerte tiene sus ventajas. Así lo expresa Schopenhauer (2009): “Es, desde luego, muy triste que, al avanzar la edad, disminuyan las fuerzas, y cada vez más: pero es necesario y hasta beneficioso; porque si no, la muerte, cuyo terreno prepara la vejez, sería demasiado dura” (p.508). Entonces, aunque la muerte casi siempre ocurra de sorpresa, incluso de manera violenta en sentido amplio, la vejez funciona como un amortiguador de ésta, pues sin ser muy cómoda nos pone en una situación para pensar la muerte y prepararnos para su inevitable llegada. Esta preparación la abordaremos más adelante.

Hasta aquí hemos visto que la condición humana es la condición de vulnerabilidad y la desnudez, de exposición a la herida y la muerte. Dicho por Redeker “la condición humana se define por la apertura al mundo, unida al desamparo y la desnudez” (2017, p.91). Este tipo de condición implica tener la existencia articulada con dimensiones diferentes a la sola dimensión inmediatamente material. Se trata entonces de la pasividad extrema al acoger al Otro y al mundo, pero sin por ello diluirse en lo etéreo, esto es, sin perder la noción de corporalidad que ciertamente envejece, que se presenta de una forma tan pasiva que el sujeto es rehén de su propia senectud, de su propio deshacimiento hasta la muerte. En este sentido, la vejez es pasividad extrema en tanto que en ella quedamos paralizados en nuestra fragilidad, inevitablemente destruidos por el mundo.

La vejez es, sin duda, el terror de la era contemporánea porque representa el fracaso de la productividad y de la potencia vital. De ahí que sea en extremo pavoroso asumirse viejo. Sin embargo, el encuentro con la vejez ha sido desagradable desde antaño, como lo dice de Beauvoir: “La vejez es particularmente difícil de asumir porque la habíamos considerado siempre como una especie extraña; yo, yo me convertí en otra, mientras que sigo siendo la misma” (1970, p.301). Esta aseveración sería el pilar de Lévinas para describir la pasividad, pues, así como es irremediable envejecer, es

también irremediable convertirse en otro, pero no en otra versión de mí mismo, sino en el Otro y así hacerme responsable de él, de mí mismo siendo Otro. En esta época la vejez no aparece como el llamado a la responsabilidad del Otro, sino que, por el contrario, como lo que toca evitar a toda costa.

No es fácil reconocerse viejo, pero se puede lograr. Lo que sí es traumático es *verse* viejo, aceptarse frágil frente a un espejo, frente a los demás que en gran medida configuran la conciencia de envejecer. Es profundamente perturbador ver en el espejo cómo el *conatus* desaparece, esta vez no a manos de Otro, del cual me podría defender, pero lo realmente frustrante es que no es posible defenderse del mundo, del tiránico pasar del tiempo. Es aterradorante ver frente al espejo las canas que tejen el camino de un inevitable muerto. Así pues, para evitar el trauma es preferible no verse, ciertamente morir, pero hacerlo con el rostro de la eterna juventud, como ya lo hemos enunciado antes.

Verse en el espejo, descubrirse anciano en él trae consigo una inquietud poco intensa pero sutilmente agobiante. En esta situación se presenta un autoextrañamiento, ¿ese del espejo soy yo?, ¿ese viejo del espejo soy yo? Este extrañamiento nos pone de frente una nueva y difícil tarea: autoconquistarnos de nuevo, en esta etapa de la vida. Para lograrlo se necesita un trabajo de reflexión, que puede incluir momentos inmensamente incómodos como sentirnos disminuidos y abrumados, con algo de nostalgia, confusión y asombro. Explorar todas estas emociones es la puerta de entrada a una conquista de la nueva imagen, de la imagen vieja que exalta nuestra fragilidad y finitud. Podríamos comenzar por sentir negación y horror, pues esa cosa que refleja el espejo no soy yo, es no-yo; pero el espejo no miente, en efecto soy yo ¡qué horror! He visto que soy frágil, más débil, que voy a morir, y ahora que lo he visto ¿qué hago? Este horror se puede superar en la cotidianidad, nos acostumbramos a vernos de tal modo, incluso podríamos no vernos, optar por ignorarnos. Sin embargo, la cotidianidad tiene un quiebre, en especial cuando no hemos asumido y acogido nuestra nueva condición y nuestra nueva imagen. De todos modos, aunque queramos ignorar nuestro reflejo en el espejo, se hace notar incluso en la cotidianidad. De pronto pensamos que

esa forma de vestir no es tan adecuada, o tal peinado no va bien con esas canas, incluso, aquel color de labios se podría ver estrambótico en mi nuevo rostro.

Sucede que algún día cualquiera, al afeitarnos, peinarnos o maquillarnos nos encontramos de repente con ese no-yo y entonces se ha roto la cotidianidad. En ese momento aparece el yo y no-yo en dialogo, en conflicto. Entonces, se pone en cuestión el yo habitual y nos enfrentamos al yo que ahora somos, a pesar de nuestra negación: ¿ese no-yo, ahora soy yo? Con esta pregunta comenzamos a aceptarnos y si nos esforzamos, podemos llegar a amarnos incluso en nuestro propio disgusto.

La relación del que envejece con el propio cuerpo es una relación narcisista: el enamoramiento de la imagen en el espejo no es ya unívoco, sino que es justamente un amor al disgusto, en el que el disgusto se ama a sí mismo y el amor experimenta un profundo disgusto de sí (Amery, 2001, p.47).

No nos preocupemos si nos confundimos al pensar que en el amor hay cierto disgusto, y que en el disgusto hay algo de amor. Este paso, incluso esta ambigüedad en el cariño por nosotros mismos, no es más que un camino de metamorfosis hacia el gusto por el *nuevo-yo*. ¿Lo notaron? El no-yo es ahora un nuevo-yo, que se da entre el extrañamiento y la familiaridad con nosotros mismos.

Entonces, con el nuevo yo hemos comenzado a conquistarnos de nuevo, a asumir nuestra vejez sin horror, sino más bien con respeto y amor. Pues ese rostro viejo, extraño, tal vez desfigurado, me hace extrañarme de mi mismo, pero ciertamente soy yo, pues refleja mis historias, mis memorias, mi vida; entonces, soy yo. Una vez aquí, con la aceptación y el amor, sin negar cierto disgusto o nostalgia, el espejo ya no atemoriza. En este punto nos podemos dar cuenta de todo el ejercicio de reflexión que hemos hecho debido al reflejo del espejo. Seguramente ha aparecido un yo-espiritual que se sobrepone a las incomodidades de nuestro cuerpo y nuestra piel arrugada, pues entre ese yo, no-yo y nuevo-yo ha emergido la pregunta por mi esencia, por lo que perdura a pesar del decaimiento del cuerpo y la desfiguración de la imagen. Incluso, en este proceso ante el espejo nos hemos preguntado por el desvanecer, la muerte, el sometimiento del mundo, y comenzamos a pensar en ‘cuando ya no esté aquí’. Entonces, nos hemos dado cuenta que “hemos superado la ladera y hemos iniciado el

descenso, cada vez más rápido, más veloz” (Amery, 2001, p.67). El espejo nos ha puesto ante otra dimensión de nosotros mismos, nos ha abierto a la filosofía. Pero no ha sido sólo el espejo, ha sido la vejez en el espejo, pues “es el envejecimiento quien nos expone a reflexiones de este tipo y nos habilita para ellas” (Amery, 2001, p.67). Esta condición especial de la vejez para la contemplación y la filosofía la abordaremos más adelante.

Frente al espejo se ve el rostro viejo, el rostro del Otro que también soy yo, un Otro que no me violenta, sino que me espanta, pero que, aun así, en ese rostro arrugado de cabello gris se desborda la fragilidad que debería llamar a responsabilizarme de ese Otro que también soy yo. Frente al espejo nos aparece nuestra esencia frágil y contingente, diluida, enferma e incluso fea. Pero muy *a nuestro pesar* es aquella esencia de la cual nos debemos hacer cargo, pues no podemos escapar de nosotros mismos ni de nuestra vida y muerte en el mundo.

Será entonces imperativo asumir nuestra existencia tal y como es, contingente y frágil. Para ello será necesario reencontrar formas de comprensión distintas de nuestra condición y situación. Es decir, es necesario comprender la belleza, el sentido, la productividad e incluso el cuidado del cuerpo desde otro horizonte, para que cuando nuestro cuerpo no esté en las perfectas condiciones de belleza o de salud, tengamos aún algo valioso por ofrecer a nosotros mismos, a la sociedad y al mundo. De estos asuntos nos encargaremos a continuación.

3.2 Cuidar más que la armadura

En el capítulo anterior habíamos mencionado algo sobre la belleza. En aquella reflexión nos acercamos a la comprensión contemporánea de lo bello en tanto que se entiende como lo terso y lo pulcro. Sin embargo, ya que hemos hecho un diagnóstico de la era actual, es necesario ampliar nuestra mirada para alcanzar una comprensión de la belleza que trasciende los cuerpos y su deterioro. Ciertamente, no podemos prescindir de nuestros cuerpos, pero nuestra intención ahora es abrir el panorama y ver que somos mucho más que el cuerpo, su belleza, su pulcritud, o su deterioro y fealdad.

Para ampliar nuestro concepto de belleza será necesario acudir a Platón. Sin embargo, como advertencia inicial, diremos que lo que haremos a continuación no es una exégesis detallada del problema de la belleza en Platón, sino que procuraremos mostrar cómo la belleza se puede comprender desde otros horizontes, desde los cuales podemos entendernos, sentirnos y cultivarnos con una visión más amplia que nos llevará al camino filosófico de cuidarnos a nosotros mismos, esto es, ocuparnos de nuestra existencia y cultivar nuestra belleza, la más profunda.

En la obra platónica, particularmente en el *Banquete*, se hacen varias reflexiones sobre la belleza, para llegar a concluir que la belleza no es sólo la belleza corporal, sino que también es la virtud, el bien y la verdad. En este sentido, la belleza es aquello que causa admiración, lo que fascina y agrada en cualquiera de sus formas, sin quedar reducida únicamente a aquello que causa placer a los sentidos. Con esto ampliamos lo que significa belleza. Sin embargo, en el diálogo *Hippias Mayor*, Platón por medio de sus personajes nos ofrece una elaboración más detallada de las diferentes significaciones que adquiere lo bello.

En primera instancia, Hippias, el protagonista del diálogo, comienza diciendo que lo bello son las doncellas bellas (287e). Sin duda, no lo vamos a negar, las doncellas bellas agradan a la vista y los sentidos en general; no en vano se les han escrito poemas, canciones, novelas, o se les han hecho grandes monumentos. Sin embargo, este tipo de descripción de belleza se reduce nada más a la belleza humana, por tanto, es relativa y no alcanza a describir la belleza en su sentido más amplio y divino. Continuando con las definiciones de belleza, Hippias asegura que lo bello es el oro (289e), puesto que este material hace que las cosas *aparezcan* bellas. Esto tampoco lo podemos negar, a todos nos llama la atención y nos parecen bellas las joyas o las esculturas de oro, pero ¿es únicamente por el oro? El sin duda es llamativo y “embellece”, pero lo bello no sería únicamente el oro, puesto que además hay materiales que se asemejan al oro sin serlo realmente, por lo cual es sólo un engaño que al igual que oro agrada a los sentidos, pero no va más allá de ellos. Finalmente, Hippias describe a lo bello como ser afortunado, dar sepultura a los padres y ser enterrado dignamente (291e). Esta afirmación por fin trasciende el plano material y trata de acercarse un poco a ciertas nociones de virtud.

Después de las intervenciones de Hipias, es Sócrates quien continúa con la disertación sobre lo bello. En primer lugar, Sócrates define lo bello como aquello que es adecuado (193e). Explicando esta definición Sócrates expone lo que comúnmente nos sucede, a saber, comprendemos la apariencia como condición de lo bello. Sin embargo, desde antiguo sabemos ya que el camino del Ser es distinto del camino de las apariencias. En este sentido, lo que realmente es bello, no siempre aparece como tal. Hasta este punto parece que no hemos dicho nada nuevo, pues sabemos que la belleza no sólo se restringe a las apariencias, pero ¿verdaderamente vivimos así? Ciertamente no podemos desconocer que cuidar las apariencias es necesario, puesto que vivimos y nos relacionamos en el mundo de las apariencias, por lo cual cuidar de ellas no está mal siempre y cuando no se reduzca la totalidad de la realidad nada más que a ellas.

Por otro lado, Sócrates también examina la posibilidad de que lo bello sea comprendido como lo útil (295c). Pues bello es algo que cumple la función para lo cual nació o fue creado. Esta definición podría resultarnos bastante peculiar, pues no sucede en la cotidianidad que comprendamos lo útil como lo bello. Sin embargo, a pesar de que no lo reconozcamos conscientemente, parece que nuestras dinámicas sociales operan un poco bajo esta percepción. Como lo anotamos en el capítulo anterior la improductividad y dejar de ser útil ha sido uno de los principales criterios de exclusión de los ancianos. Ciertamente por ello no se dice que sean feos, pues la fealdad se les atribuye por razones más corporales, de apariencia, que de productividad o utilidad. Pero parece que decir que la vejez es fea, se da también por el malestar de la improductividad y la no utilidad de los viejos, pues que ‘feo’ sería no poder hacer lo que se solía hacer antes. Esta fealdad ciertamente no es de apariencia sensible, sino de actividad, es la descripción de una situación que no es bella en tanto que no es útil o provechosa. En este sentido, la utilidad o la inutilidad es un tipo de belleza o fealdad relativo a la acción, esto es, no se percibe y juzga por medio de los sentidos, sino del desempeño y rol de acción en la sociedad o comunidad. De este modo, aunque en nuestras formas de comprender no solemos hablar de la utilidad en términos de belleza, sí solemos hacerlo de la inutilidad en términos de fealdad.

Ahora bien, comprender lo bello como útil tiene un problema, pues lo útil puede llevar al mal, a un mal actuar, a una mala conclusión. Por ejemplo, un arma ha sido diseñada para matar o herir, entonces si seguimos esta definición de lo bello, las armas serían bellas en tanto que cumplen su función. Empero, esta función es mala, por lo cual no se puede decir que es bella, pues la belleza se puede equiparar e incluso reemplazar por el Bien, de tal modo que resultaría una contradicción afirmar que el malo, o las malas acciones o funciones son bellas.

Finalmente, Sócrates llega a dos definiciones de lo bello, sin por ello determinar cuál de todas es la verdadera. Por una parte, Sócrates define lo bello como comúnmente se suele hacer, es decir, asegura que lo bello es aquello que proporciona placer por medio del oído y la vista; aunque claro, también por medio de los otros sentidos. Después de esta y todas las anteriores definiciones que son en cierto sentido válidas, pero no lo suficiente como para definir la belleza, Sócrates concluye que lo bello es difícil. Suena un poco desalentador, pues podríamos pensar que estamos en el mismo punto del comienzo, pues aún no tenemos una definición de lo bello que sea del todo satisfactoria para nuestro propósito. Sin embargo, si hemos aceptado al menos parcialmente las definiciones que hemos enumerado, nos hemos dado cuenta que la belleza no se reduce nada más a la apariencia de las cosas, particularmente de los cuerpos.

Ahora bien, debemos encontrar una manera en la que la apariencia, de la cual no podemos prescindir, se unifique de algún modo con la belleza que la trasciende, es decir, con la virtud, con la verdad y con el bien, esto es, con la belleza del alma. En este punto es necesario también hacer una aclaración, pues nuestro propósito no es involucrarnos en la discusión sobre la relación entre alma y cuerpo; aunque usemos estos términos de manera distinta, no por ello nos comprometemos con que sean entidades distintas, separadas o unidas, o que se conviertan en una sola. Lo que queremos decir cuando nos referimos al alma, es a una realidad trascendente de los humanos, que va mucho más allá de la mera percepción sensible.

Bien es sabido que los seres finitos se limitan al campo sensible, aunque se orientan a satisfacer su deseo por lo que está más allá de este campo, es decir, por

alcanzar lo suprasensible, e incluso, la inmortalidad. Esta misión no es tan imposible de lograr. Pensemos lo siguiente: lo sensible es contingente; por lo tanto, la belleza sensible, palpable, la belleza que agrada a los sentidos, incluso también la belleza de los cuerpos, es contingente, finita, se esfuma. Si esto es así, ¿realmente se agota toda la belleza? Parece que percibir la belleza sin sentidos y sin cuerpo es una empresa bastante complicada, pero como lo mencionamos líneas arriba, la belleza también se entiende como el Bien, la virtud, la verdad, que no reside en formas materiales del mundo.

En primera instancia se podría pensar que estos tipos de belleza que no están en el plano material, se perciben en él. Es decir, se ven las obras buenas, se ve la verdad con ciertos matices y de algún modo ‘se siente’ el Bien actuando o presentándose de determinadas maneras. Estas intuiciones son correctas, puesto que el cuerpo es nuestra principal herramienta para desenvolvernó en el mundo. Aun así, este tipo de belleza tiene algo particular, algo que no se puede categorizar en las percepciones sensibles, sino que apelan a algo que tal vez aún no conocemos con suficiencia. Para alcanzarlo a comprender y a experimentar de otro modo debemos abrirnos a la posibilidad pensar más allá de lo contingente, es decir, comenzar a abrirnos a la filosofía. Para emprender este camino iremos de la mano de Sócrates, exponiendo las enseñanzas de Diótima en el *Banquete* de Platón.

Alcanzar este tipo de belleza requiere un esfuerzo mucho más grande, requiere de cierta gimnasia filosófica, en tanto que es primordial ir más allá de las apariencias para alcanzar estados más elevados de comprensión, de intuición y de belleza. En nuestro camino a la belleza más pura iremos notando que en tanto lo bello se va distanciando de lo sensible, se va depurando hasta alcanzar el estado de la idea del Bien, es decir, la *kalokagathia*, el término griego para expresar la unión entre lo bello (*kalos*) y el bien (*agathon*).

Como primera parada de nuestro camino tenemos un cuerpo bello (201a), pues como lo hemos dicho con anterioridad, la belleza material es valiosa y es el primer tipo de belleza con el que tenemos contacto; por esta razón, no hay que despreciarla ni mucho menos descuidarla. Posteriormente, se desarrolla cierto tipo de consciencia

sobre la presencia de belleza en otros cuerpos (210b), es decir, hay un tránsito entre encontrar la belleza en un cuerpo, hacia reconocer la belleza de todos los cuerpos, sin importar la forma en la que esta se presente. Este paso hacia la apreciación de lo bello en el conjunto de los cuerpos es el paso previo a la consideración de la belleza de las almas como superior a la de los cuerpos. De tal modo, que la belleza de las almas sea considerada “más valiosa que la del cuerpo, de suerte que si alguien es virtuoso de alma, aunque tenga un escaso esplendor, séale suficiente para amarle” (210b). Recordar este asunto y tenerlo presente en nuestro diario vivir hará que apreciemos la belleza de los cuerpos ‘feos’, o poco agraciados, pues la belleza superior no es material, sino intangible, virtuosa, va más allá de las arrugas, las canas, el deterioro del cuerpo. El mismo Sócrates es un ejemplo de ello, pues se sabe que no era muy afortunado físicamente, por lo cual lo consideraban feo, pero aun así, su belleza radicaba en su sabiduría, más que en su cuerpo. La belleza del alma se preserva en el tiempo si también se le cuida, pero para ésta no hay crema antiarrugas, tintes, o maquillaje, tan solo el ejercicio del bien, la apertura a la filosofía, el autoconocimiento y la contemplación. Todos estos ejercicios intangibles se podrían y deberían dar en cualquier etapa de la vida, pero debemos reconocer que con el deterioro del cuerpo y sus placeres, la contemplación tiene menos obstáculos para su realización. De tal modo que la vejez constituye su belleza en la contemplación y preservación de la belleza del alma. Asunto que abordaremos más adelante.

Continuando nuestro camino hacia lo bello, el siguiente paso es la apreciación de la belleza de las almas por medio de su contemplación, de su discurso orientado a la virtud. Como mencionamos anteriormente, la virtud se ve y se siente con ciertos matices en el campo material, pero sabemos ya que no hay una cosa objetiva en el mundo a la que llamemos ‘virtud’, por tanto, nuestro conocimiento de ella se da por medio de la contemplación más que de la mera percepción de objetos sensibles. Ahora bien, contemplar la virtud del alma conduce a la contemplación de lo bello que aparece en las costumbres y las leyes (201c). Finalmente, cuando esto ya se ha logrado, es necesario ascender un poco más hacia la contemplación del saber (210d). Una vez allí, si hemos contemplado las cosas bellas en ordenada y correcta sucesión, estaremos en

contemplación de lo bello en sí mismo. Aquello que “no es bello en un aspecto y feo en otro, ni unas veces bello y otras no” (211a). Entonces, estaremos en la contemplación de lo bello absoluto, es decir, “la belleza en sí, que es siempre consigo misma específicamente única, mientras que todas las otras cosas bellas participan de ella de una manera tal que el nacimiento y muerte de éstas no le causa ni aumento ni disminución, ni le ocurre absolutamente nada” (211b).

Hasta aquí hemos visto que la belleza de los cuerpos no es más que un pequeño trozo de la belleza en sí misma. Por tanto, por su condición de participante, más no de absoluta, nuestra atención no debe enfocarse únicamente en el cuidado y preservación de esta belleza. Pues, a pesar de que seamos seres finitos, contingentes, tremendamente frágiles, estamos llamados a atender, alcanzar y cuidar asuntos superiores, más valiosos, buenos y verdaderos que los que podemos percibir nada más con los sentidos. De este modo, estemos también llamados al cuidado, pero ¿qué es el cuidado? ¿Cómo podemos cuidarnos a nosotros mismos y a los demás? Estas preguntas las abordaremos a continuación.

En primer lugar, diremos que el cuidado es distinto de la preocupación. De hecho, el cuidado es ocuparse de sí mismo, de la propia existencia, e incluso de las relaciones que tenemos con el mundo y con los otros. En este sentido, cuidar de sí mismo es algo que se hace siempre. Es decir, el cuidado tiene una prioridad ontológica. Esta prioridad, siguiendo a Agamben (2017), “no es cronológica ni genética, sino que tiene, al contrario, la forma singular de encontrarse siempre ya en alguna cosa” (p.88). Esta afirmación la encontramos originariamente cuando Heidegger (1993) dice: “El cuidado, en cuanto totalidad estructural originaria, se da existencialmente *a priori* “antes”, es decir, desde siempre, *en* todo fáctico “comportamiento” y “situación” del Dasein” (§41, 193). Así las cosas, cuando le decimos a alguien que se cuide, realmente es una redundancia, pues siempre procuramos cuidarnos, aunque las formas de cuidado varíen según la situación o la persona. Es decir, siempre, en todo lo que hacemos nos estamos cuidando. Por ejemplo, cuando leemos un libro, estudiamos, aprendemos, estamos haciendo esto para aprender cosas sobre el mundo, sobre nosotros y así poder cuidarnos a nosotros mismos. También sucede con los tiempos de ocio, salir a comer

ya es bastante obvio como una forma de cuidado, pero salir de fiesta es también cuidarse en tanto que nos procuramos felicidad, actividad física con el baile, entre otras.

Ahora bien, en casos polémicos como consumo de sustancias psicoactivas o conductas que parecen ir en contra de la supervivencia, podríamos pensar también que quienes las practican se están cuidando de cierta forma, aunque no lo hagan como nosotros quisiéramos que lo hicieran. Es decir, quien se embriaga hasta la inconsciencia con cierta frecuencia o consume determinadas sustancias se está cuidando al refugiarse en estas prácticas de situaciones apremiantes, o tal vez le producen estados de satisfacción que quisiera obtener en su vida. Estas formas de cuidado parecen chocar con otras que nosotros preferimos o practicamos. Ciertamente podría haber otras formas de cuidado un tanto más adecuadas para ciertas situaciones. Pero a lo que queremos llegar, es que el cuidado está presente en toda situación y acto. Así, el estar-en-el-mundo es esencialmente cuidado, es decir, ocuparse de la existencia, pues el cuidado es una condición ontológica no condicionada o similar a lo óptico.

Con todo, el cuidado no se trata nada más de acciones prácticas sobre las teóricas. Pues teoría y praxis son posibilidades de ser de un ente cuyo ser debe ser definido como cuidado (*Ser y tiempo*, § 41, p.193). Es decir, el cuidado no se puede reducir nada más a acciones, comportamientos, deseos o impulsos; como tampoco se puede reconstruir a partir de ellos. Ciertamente, las pasiones, impulsos y deseos son formas de cuidado, pero el cuidado es anterior a ellos. Es decir, el cuidado se manifiesta en estos impulsos y acciones, por lo cual el cuidado no se puede reducir a ellos, pero tampoco se puede reconstruir a partir de ellos. Esto es, no sería válido afirmar ‘ahora toca que te cuides’ o ‘tal persona se cuida porque hace tal cosa’, porque siempre nos estamos cuidando de muchas maneras en nuestro estar-en-el-mundo, de ahí podríamos decir ‘continúa cuidándote, pero prueba otras formas de hacerlo’.

Ahora bien, podemos cuidar nuestros cuerpos como ya lo hemos mencionado, pero ¿qué hay de cuidar aquello que somos más allá del cuerpo? De la mano de Foucault (1994) comprenderemos el cuidado como *Epimeleia*, es decir, el término griego que significa la inquietud de sí mismo, el hecho de ocuparse de sí mismo. Esto lo hemos anticipado ya en los párrafos anteriores; sin embargo, este término griego

toma esta forma por la consigna del oráculo de Delfos “conócete a ti mismo”, que se entiende también como examínate a ti mismo y ocúpate de ti mismo.

Foucault comprende diversas formas de *Epimeleia*. En primer lugar la encontramos como actitud general. Es decir, como un modo de enfrentarse al mundo, comportar en él y establecer relaciones con otros. Sobre esto dice Foucault: “La *epimileia* implica todo esto, es una actitud, una actitud en relación con uno mismo, con los otros, y con el mundo” (p.34). En este sentido, nuestra primera forma de conocernos es estar en relación con nosotros y con todo lo demás para desde allí comenzar a cuidarnos desde dentro, como sujetos que logran y comprenden estas relaciones. Sin embargo, otro tipo de *Epimeleia* es la *epimeleia heautou*. Este tipo de *epimeleia* se caracteriza por un cambio de mirada, esto es, verse desde el exterior, desde el mundo y los otros, hacia sí mismo. En este sentido ocuparse de sí mismo “implica una cierta forma de vigilancia sobre lo que uno piensa y sobre lo que acontece en el pensamiento” (Foucault, 1994, p.35). Para esta vigilancia serán indispensables los amigos, asunto que abordaremos más adelante. Finalmente, encontramos la *Epimeleia* como comportamiento, esto es, la forma de comportarse sobre sí mismo. Es decir, hacerse cargo de sí mismo. Por medio de este comportamiento nos modificamos, nos purificamos y nos transformamos. Para este ejercicio es útil la meditación, el examen de conciencia, en otras palabras, la filosofía.

Ahora bien, es importante decir que conocerse a sí mismo es un ejercicio constante y permanente, pues vamos variando en nuestra relación con el mundo, con los otros, y con nosotros mismos. Lo dice Neruda (2007) “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos” (Poema 20, p.83). Así, con nuestro constante cambio es necesario que nos examinemos siempre, en toda situación y momento de la vida, para así no sólo conocernos, sino cuidarnos en nuestros asuntos más íntimos. Más allá de las necesidades o exigencias del cuerpo, es necesario cuidarnos también en nuestras acciones, discursos, sentimientos, en nuestra belleza que va más allá de lo sensible. Sobre esto dice Sócrates en la *Apología*: “una vida sin examen no tiene objeto ser vivida” (38a).

Así las cosas, “ocuparse de uno mismo significa ocuparse de su alma: yo soy mi alma” (Foucault, 1994, p.46). Como lo mencionamos con anterioridad, no vamos a tomar posición sobre la relación metafísica que hay entre el alma y el cuerpo; más bien, a lo que queremos apuntar es que hay algo más allá de nuestra sensibilidad que no sólo es bello, sino que requiere cuidado. Podemos preguntarnos entonces: ¿quién soy? Pero esta pregunta, como muchas otras, no tiene una única respuesta, pues como Neruda lo dijo, no soy el mismo de aquel entonces, y hoy no seré el de mañana, hoy debo conocerme en estas condiciones y situaciones, para cuidarme hoy con el afán de este día y de esta etapa de la vida.

Preguntarse por quiénes somos tiene otras preguntas, como ¿qué hago o digo?, ¿qué quiero o espero?, ¿qué necesito?, ¿cómo y con quién o qué me relaciono?, entre tantas otras. Hacerse estas preguntas es indispensable para cuidado, pues si no me conozco ¿cómo cuidaré de mí? En este sentido “ocuparse de uno mismo significa conocerse” (Foucault, 1994, p.51), llevar una vida examinada, como Sócrates lo indica, implica examinarse a sí mismo, sus relaciones y a los otros. Esta tarea no es sencilla, pues no siempre somos transparentes a nosotros mismos; por eso, es necesario tomar valentía y contemplarse. Es necesario contemplar la fragilidad de la que estamos hechos, nuestras narraciones, e historias, nuestros recuerdos, enfermedades, nuestra vejez y nuestra vida que no durará para siempre. Así pues, la filosofía como contemplación será el camino al autoconocimiento y con ello al cuidado. Entonces, el proceso de conocerse a sí mismo conducirá a la sabiduría, a la belleza en sí misma, e incluso también, a la esperanza.

Ahora bien, cuidar de nosotros mismos tiene que ver también con cuidar de nuestras relaciones con los otros, esto es, además, cuidar de los otros. Ricoeur (1996) nos será útil para demostrar que nuestra identidad no es sólo una. Es decir, en su obra *Sí mismo como otro*, se expone que todo sujeto está desgarrado por el otro, esto es, es una subjetividad descentralizada, que sale de sí mismo, hacia el mundo y hacia los otros, pero que esta salida lo constituye y lo engrandece. En este sentido, Ricoeur expone dos tipos de identidad, la identidad-*ídem* y la identidad-*ipse*. La identidad-*ídem* es la identidad de lo mismo, de aquello que permanece, que es sustancia. Por otro lado,

la identidad-*ipse* es la identidad de su otro, es decir, comprende un proceso reflexivo sobre la salida y el despliegue del sujeto en el mundo y con los otros. Entonces, por su interacción con lo otro el sujeto vuelve reflexivamente sobre sí mismo constituyendo eso otro como parte de sí mismo.

Así las cosas, cuidar de nosotros mismos es también cuidar de los otros y de nuestras relaciones con ellos, pues todas estas cosas, también somos nosotros. Por otro lado, Lévinas (2003) señala que realmente el sujeto es rehén del otro, como lo indicamos anteriormente, es decir, está anudado al otro y por ello debe hacerse responsable de él como lo hace de sí mismo. Con esto en el horizonte y con nuestros primeros pasos hacia la filosofía como receta para conocernos y cuidarnos, comprendemos la amistad como una fórmula infalible que asegura el conocimiento de sí mismo y de los otros, y a su vez, de nuestro cuidado y el de ellos. Es decir, asumimos que la amistad es una cierta forma de la belleza y que, por tanto, no se puede ser bello en soledad, pues la belleza no sólo es sensible, sino que se expresa en modos de vivir, de modo que reconoce por me mirada del otro, pero que además se engrandece en compañía de amigos.

Desde muy pequeños nuestros padres nos incentivan a hacer amigos, conocer personas, compartir con ellas, disfrutar y aprender de los diferentes mundos que configuran a cada persona; claro, con la respectiva advertencia de que no todas las personas pueden ser nuestros amigos. Esta invitación de nuestros padres nos dura toda la vida. Mientras vamos creciendo y cambiando, nuestros amigos lo hacen también y con ellos, nuestras relaciones. Es común que no conservemos nuestros viejos amigos del jardín de niños, el colegio e incluso la universidad. Sin embargo, cuando llega la vejez los amigos son indispensables, pues como lo dice Nussbaum (2018): “La amistad es extraordinariamente importante cuando la gente envejece. Su presencia nos alienta, reconforta y anima. Su ausencia hace que la vida cotidiana sea pobre y estéril” (p.94).

En primer lugar, hablemos un poco de lo que significa la amistad. Comenzaremos sugiriendo la amistad como un tipo de amor, pues consiste en desearle al amigo la mayor cantidad de bien y de felicidad posibles, además de acompañarlo en el camino de la realización de sus deseos y en sus padeceres y tristezas. Sin embargo,

para tener amigos, es necesario ser amigo de nosotros mismos en primera instancia, pues deseamos a nuestros amigos no sólo lo que deseamos para nosotros mismos, sino aquello que de alguna manera ya nos hemos procurado obtener en nuestra vida. En este sentido, dice Aristóteles en *Ética Nicomaquéa*: “Las relaciones amistosas con el prójimo y aquellas por las que se definen las amistades parecen originarse de los hombres con relación a sí mismos” (1166a). Esto no significa que los amigos sean un medio para procurarme a mí mismo el bien o la felicidad que deseo para mi vida o que sólo con los semejantes podemos tener amistad; significa, más bien, reconocer que los otros también me constituyen y me aportan y que, por tanto, cuidarlos a ellos es también una forma de cuidarme a mí mismo². Por otro lado, todos sabemos que la felicidad de un amigo es altamente satisfactoria para nosotros y es también fuente de nuestra propia felicidad. Así las cosas, los amigos no son exclusivamente medios, de alguna manera son medios y fines para nuestro propio cuidado y felicidad.

En este sentido, si entendemos la amistad, como pretensión de una vida buena para nosotros mismos y para los demás, ésta toma una dimensión ética. Es decir, la amistad expresa el deseo de vivir bien y abre tanto a la reciprocidad con el otro como a la reflexión consigo mismo, cuando esta reciprocidad está orientada al bien. Así, como lo dice Kant en la *Metafísica de las costumbres*: “la amistad (considerada una perfección) es la unión de dos personas a través del mismo amor y respeto recíprocos” (§46, 469). En este punto nos han aparecido dos conceptos nuevos pero fundamentales para la definición de la amistad, a saber: el amor y la reciprocidad. Ciertamente, como lo señala Cicerón en *Sobre la amistad*, la amistad es un tipo de amor, pues es por medio de este que se le desea el bien y la felicidad a un desconocido que, si no fuera por el amor filiar, nunca se convertiría en amigo, dado que el amor es el vínculo en la cadena de la amistad (A51). Por otro lado, encontramos la reciprocidad, pues en ella se guardan principios de justicia indispensables para la realización de una amistad buena y

² Considerar al amigo como algo más que un medio instrumental obedece a la demanda ética del segundo imperativo categórico kantiano: “obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio” (Kant, 2007, 4:429). Así pues, la amistad no es un negocio, sino una búsqueda de reconocimiento y acompañamiento por parte del otro.

duradera. Estos asuntos solos enunciaremos por ahora. Si en el trayecto de nuestra vida hemos alcanzado una amistad basada en el amor y la justicia, hemos logrado obtener una amistad valiosa, buena y duradera que por el bien y la felicidad que nos procura nuestro amigo y nosotros le procuramos a él, nuestra vida será más alegre.

Ahora bien, una condición esencial para que la amistad sea duradera es la buena voluntad, aunque debe ser acompañada por la buena fe. La buena voluntad, por su parte, “se refiere a la idea de que un amigo es algo más que un medio instrumental” (Nussbaum, 2008, p.119), como ya lo habíamos mencionado antes. Por otro lado, la buena fe “implica la fuerte presunción –tal vez inviolable, si la amistad ha de sobrevivir a los infortunios [...]– de que cada una de las partes abriga en su corazón los mejores deseos para la otra” (Nussbaum, 2018, p.119). Es decir, para que la amistad sea duradera es necesario que esté basada en la intimidad y la confianza. Esto es, no creer los rumores que dicen de mis amigos, pedirle consejo al amigo sabiendo que no usará mal esa información, no la revelará y la guardará como si fueran sus propios secretos; a un amigo se le cuentan sin pena cosas que a otras personas nos daría vergüenza contar.

Pero ¿qué se necesita para que una persona se convierta en nuestro amigo? Podríamos pensar que para que la amistad se dé, es necesario que los amigos estén en absoluto consenso sobre todos los aspectos de su vida; al menos así lo pensó Cicerón en su tratado *Sobre la amistad*: “Pues la amistad no es otra cosa a no ser el acuerdo de todas las cosas divinas y humanas con benevolencia y amor” (A20). Suena bien, pues si lo pensamos de ese modo, si todo es consenso, no hay conflictos. Sin embargo, para desgracia de Cicerón, esto no sucede así. Más bien la amistad es un lugar de encuentro, al menos en primera instancia. Es un encuentro entre diferentes perspectivas de la vida, del mundo, de las cosas, de todo. Ciertamente esto se presta para algunos roces, pero en su mayoría pueden ser negociables, o incluso pueden no ser determinantes en el significado de la amistad. Por ejemplo, puede que a un gran amigo le encante el fútbol, pero yo lo aborrezca; esto no lo voy a negociar, no voy a jugar fútbol con él y él no va a dejar de hacerlo por mí, pero a la hora de la verdad, esto no influye mucho en el gran amigo que es, puesto que existen otras cosas en las que negociamos, o incluso coincidimos y compartimos. Puede que también le gusten los libros de química, y a mí

los de filosofía; en esto no somos iguales, pero sin duda podemos aprender y enriquecernos bastante de pequeñas diferencias como esta.

Así pues, “la falta de consenso explica por qué la amistad puede ampliar nuestros horizontes, induciéndonos a comprender nuevas cuestiones, nuevas formas de mirar el mundo” (Nussbaum, 2008, p.105). Este tipo de aprendizajes lo ofrecen pocas actividades humanas, por tanto, la amistad es sumamente importante para el enriquecimiento personal y la ampliación de horizontes, y con ellos, de sentidos. Por esto, la amistad en la vejez es sumamente valiosa. Ciertamente con los años nos volvemos un poco más tercos, cedemos menos en cosas que nos molestan, pero cuando ya está la amistad, ésta nos ayuda a profundizar en nuestra propia comprensión y contemplación; nos ayuda a explorar y descubrir nuevas cosas, horizontes y sentidos, aun siendo viejos, no dejamos de conquistarnos a nosotros mismos y también al mundo.

Por otro lado, Aristóteles nos presenta que la amistad se da entre personas buenas. De nuevo, en primera instancia podríamos pensar que esto es demasiado obvio, pues nadie desearía ser amigo de un ladrón de bancos o un homicida en serie, pero incluso ellos tienen amigos. Dejando un poco de lado las situaciones extremas, es necesario reconocer que no somos santos, tenemos defectos, y lo maravilloso de reconocer esto, es que aún con todos los defectos o vicios que podamos tener, tenemos amigos, recibimos cariño, amor y a menudo duros consejos de ellos; este es el poder y el deber de los amigos. Es decir, “una de las grandes tareas del amigo es conceder un descanso al otro, un refugio seguro para los vicios menores: para el desahogo, el pánico e incluso las rabietas infantiles” (Nussbaum, 2018, p.105).

Esta gran tarea de compañía y de consejo, de compartir las alegrías y las tristezas de la amistad, hace que la vida sea mucho más llevadera, pues no hay prejuicios, sino todo lo contrario, confianza, cariño, complicidad; consiste en desearle y hacerle el bien al otro. De este modo, los amigos en la vejez son maravillosos; con ellos se puede compartir, debatir, chismear, hacer memoria, hablar de los achaques del cuerpo, de las angustias, del miedo a la muerte, de los dolores, del amor de la familia, las aventuras de recuerdos juveniles; con los amigos se puede hablar de lo importante y de lo no importante sin pena, con gracia, pero con seriedad. Hablamos con ellos de

los logros, las pérdidas e incluso de los olvidos. Todo aquello consuela, alegra, enriquece, brinda esperanza y refugio. Así, “la presencia de un amigo puede transformar lo horrible en divertido” (Nussbaum, 2018, p.116), en especial cuando la vejez viene con sus periodos de aburrimiento, con algunas decepciones y ansiedades, pues “la vejez está condenada a contener tragedia. No comedia, comprensión o amor. Lo que proporciona estos elementos es la amistad” (Nussbaum, 2018, p.116).

Es más, qué maravilla es que nuestra esposa o esposo sean nuestros amigos, pues compartimos con ellos todo este amor filiar de la amistad, más el amor erótico, el amor en su aspiración más alta al contemplar y admirar todas las virtudes de aquella persona y amar incluso sus defectos, ayudándole a mejorarlos, a soportar también su dolor; porque el dolor compartido disminuye, mientras que las alegrías compartidas, aumentan. Para eso están los amigos, “para compartir y disfrutar de la aventura de la vida” (Nussbaum, 2018, p.127), con todo lo que esta traiga³. Pues en la amistad se conocen y se aprecian aspectos que trascienden la corporalidad; en la amistad somos reconocidos y amados por nuestras virtudes e incluso nuestros vicios, de ahí que sea tan valiosa en la vejez, dado que como lo dice Nussbaum (2018) “al envejecer, esperamos que a nuestros amigos y a nuestros amantes no les haya gustado solo nuestra (erosionada) carcasa” (141), sino que les guste y aprecien todo lo que somos y brilla en nosotros aun cuando nuestra apariencia no parece reflejar muy bien nuestra belleza más profunda.

³ Un ejemplo de ello acontece en la película *Las flores del cerezo* (2008). En ella se muestra la historia de un matrimonio, compuesto por Trudi y Rudi. Tras una visita al doctor, Trudi se entera de que su marido está gravemente enfermo y tan solo le quedan unos meses de vida. Entonces, ella decide mantener el secreto e intenta disfrutar con su marido viajando fuera de su entorno más cercano. Sin embargo, Rudi es un hombre muy hogareño y prefiere los planes tranquilos, así que deciden pasar unos días en el mar Báltico; allí sorprendentemente muere Trudi. Desde aquel momento Rudi intentará honrar la memoria de su esposa cumpliendo su sueño de ir a Japón y conocer el monte Fuji. En su viaje a Japón Rudi conoce a Yu, una bailarina de Butoh, con quien hace una gran amistad, y a través de ella se familiariza con las tradiciones japonesas y la mística que oculta el monte Fuji. Así, Yu se convierte en complice de Rudi, lo acompaña y guía en su aventura al monte. Durante toda su aventura Yu le enseña a bailar Butoh a Rudi, quien danza frente al monte Fuji al amanecer, y allí logra reunirse con su esposa. En esta película la amistad y el amor de aquel matrimonio queda explícito en los deseos de Trudi por brindarle una buena vida a su esposo antes de que muera, amándolo aun con sus terquedades y enfermedades. Por otro lado está Yu, quien ve en Rudi el amor por su esposa y se convierte en su amiga al cuidarlo y acompañarlo en su magnífica hazaña.

Hasta aquí hemos asomado algunos aspectos filosóficos que ayudan a llevar la decadencia del cuerpo en su vejez hasta su desvanecimiento definitivo. Nos hemos reconocido frágiles, y hemos ido más allá de nuestros cuerpos reconociéndonos bellos yendo más allá de nuestro cuerpo. Hemos también visto cómo el cuidado está en todo, incluso, en nuestros amigos. Este reconocimiento no es empero una mera constatación, sino que en él se encuentra un verdadero asunto filosófico. Reconocernos frágiles comienza por la pregunta por nuestra constitución, por lo que somos realmente, e incluso, por enfrentarnos a nuestros temores y a nuestra propia contingencia, un asunto bastante profundo y a veces escabroso. Lo mismo sucede con la belleza, pues hemos ido más allá de nuestros cuerpos, de nuestra propia individualidad y experiencia sensible para alcanzar objetivos más elevados y profundos. Con el cuidado y con la amistad nos sucede lo mismo, además, claro, de comprender que no son asuntos técnicos, sino espirituales y éticos. Cuidarnos por medio de nuestros amigos, prácticas virtuosas y la búsqueda de la verdad no es cuidar el cuerpo, no es un asunto técnico o médico, es un ejercicio del espíritu, incluso de la razón, de aquello para lo cual no hay crema milagrosa, sino solo filosofía. A continuación, nos encargaremos de reflexionar sobre la vejez como edad para la contemplación y la sabiduría, como edad filosófica que además se ejercita en su preparación para muerte inminente.

3.3 Ante las molestias, una actitud afable

En todo lo que hemos dicho hasta ahora hemos resaltado el importante rol de la filosofía en la vejez. En esta última sección examinaremos cómo la vejez tiene la capacidad para la teoría mucho más marcada que otras etapas de la vida. Sin embargo, veremos cómo esto se da por la cercanía de la muerte y cómo las reflexiones de la vejez deberían darse en todas las edades de la vida. Para comenzar diremos que la teoría es la capacidad de decir y ver cómo son las cosas realmente. Es decir, la capacidad de la teoría es resistirse a ver ilusiones (Marquard, 2001, p.135). Entonces, según Marquard (2001), la vejez tiene cierta capacidad para la teoría porque no hay ilusiones sobre el futuro. Ciertamente en esta etapa de la vida la muerte nos respira en la nuca, y asumimos que

es nuestro futuro más seguro, incluso, que es el no-futuro, no hay más porvenir tras la muerte. Así pues, es más difícil desarrollar ilusiones y mantenerlas, pues cada vez se tiene menos futuro, y con él menos ilusiones. Dice Marquard (2001):

La teoría es lo que uno hace cuando ya no hay más que hacer. La vejez es aquella época de la vida en la que, debido a la creciente falta de futuro, cada vez queda menos que hacer y finalmente ya no hay nada (p.137).

Pongamos atención, no se trata de que los ancianos no tengan nada importante que hacer. Como hemos mostrado a lo largo de este trabajo, el hecho de hacer algo en esta etapa de la vida ha cambiado, no se trata de hacer cosas, trabajar o producir. Cuando decimos que *no hay nada que hacer*, es porque ahora no se hace nada en cuanto a la técnica, pero sí se hacen cosas, y muy importantes, en cuanto a la teoría, la reflexión y la filosofía. Son importantes no sólo porque el tiempo se acaba, sino porque ahora hay tiempo para hacerlas, porque se pueden pensar en estas ciertas cuestiones que abordan el pensamiento y le dan vueltas todo el día, aquel que afortunadamente tenemos a nuestra entera disposición, aunque cada vez sea menos.

Así las cosas, con el tiempo que se acaba, pero que en su escases tenemos a nuestra disposición, “en la vejez se puede observar sin obstáculos y hablar y escribir y dejar que el tacto se adormezca y ser del todo sincero y desvergonzado” (Marquard, 2001, p.138). En la vejez ya no hay nada que demostrar a la sociedad; no hay que demostrar utilidad técnica, porque ya no se cuenta con las mismas capacidades, y eso es obvio para todo el mundo. En la vejez no hay que guardar tantas apariencias físicas, poco importa la marca de la ropa, pero sí que importa la comodidad, el abrigo, y claro, una imagen que sea agradable para mí mismo, antes que para los otros. El tiempo se acaba, pero no es el tiempo de los demás, es el mío y haré con él lo que yo quiera, lo disfrutaré y diré lo que yo quiera. El agotamiento del tiempo y la desinhibición que trae consigo, hace que los consejos de los ancianos sean claros y contundentes, pues hablan desde su experiencia sin pena, con propiedad. Aunque claro, siempre es aconsejable el constante ejercicio de la prudencia.

Hasta aquí hemos visto que la culminación del tiempo tiene como consecuencia dos aspectos importantes que le conceden a la vejez cierta capacidad especial para la

teoría, a saber: la desinhibición para pensar y decir, y la reflexión vivencial sobre la propia finitud, es decir, sobre la muerte. El asunto de la desinhibición lo dejaremos de este tamaño, teniendo clara la advertencia del ejercicio de la prudencia. Por otro lado, examinemos el tiempo con mayor detenimiento.

El contacto con la vejez es propio para instruir a todo ser humano sobre lo que le enseñaría una meditación sobre el tiempo. Es decir, como lo insinuamos líneas atrás, ahora, bajo los lineamientos de la ideología dominante, se vive ‘a cien por hora’, se lucha contra el aburrimiento y la lentitud, porque lo que hay que hacer es aprovechar el tiempo, volverlo productivo; y esta producción se reduce nada más al aspecto técnico de las labores y de los logros obtenidos en ellas. Hoy en día se procura que la vida sea una acumulación de la mayor cantidad de experiencias posibles, y entre más intensas, mejor. Así las cosas, la calma, la lentitud, han sido tachadas de improproductivas, de indeseables. Sin embargo, cuando llega la vejez y se van ciertas habilidades corporales, parece que no queda nada más sino andar en calma, con lentitud, no sólo porque las rodillas no corren igual, o el corazón no soporta ciertos esfuerzos, sino porque el tiempo que queda de vida cambia su significado, pues ya no hay que aprovecharlo en un sentido productivo, sino que hay que disfrutarlo, disfrutarme a mí mismo, a mis amigos, mi familia, en aquel tiempo del cuál quisiéramos incluso, que pasara más lento. En la vejez estamos ante la magnificencia del instante. Empero, en la juventud el instante no se soporta, sino que se deshecha.

Entonces la lentitud, contrario de ser indeseable, se convierte en deseable, es necesaria, pues con ella se reconstruirá el tiempo con otros sentidos. Para que volvamos reconstruir el tiempo que la velocidad de la sociedad ha matado, es necesario “que se le devuelva su importancia al ocio sin propósito, a la lentitud, al aburrimiento, a la meditación” (Redeker, 2017, p.132). Es necesario entonces volver a lo gratuito, a la *Skholè* (σχολή) griega, a la gratuidad, aquello que se hace gratis, por nada, fuera de agenda y de horario. Ahora bien, no por esto nos debemos dedicar a la vagancia, no se trata de esto, sino de sentir el tiempo, en lugar de luchar contra él para hacer cada vez más, convirtiéndonos a nosotros mismos en menos humanos. No somos máquinas que no sienten el tiempo, que no lo viven; somos humanos, sentimos y vivimos en el

tiempo, pero parece que ahora este es nuestro enemigo. Por esta razón, no es extraño encontrar hoy el despliegue de un sinnúmero de actividades para ‘matar el tiempo’ porque hay que hacerlo útil, sacarle provecho, así sea ejercitando la mente con sopas de letras, crucigramas, entre otros. Parece que matar el tiempo es matar el aburrimiento, y con él, los pensamientos que lo acompañan, pero que no quedemos atender.

En primera instancia podríamos aceptar que la idea de vivir con calma suena tentadora, tal vez en algún momento llegamos a soñar con vivir en una cabaña en medio del bosque, tal vez en una montaña, o frente al mar. Estos pueden ser los sueños de un pensionado. En sueños todo parece ser magnífico, pero tan sólo bastan 15 días de vacaciones en un lugar como estos para sentir desespero y quizá alguno que otro ataque de ansiedad nada más con estar allí 3 o 4 días. La mayoría de ancianos sienten frustración al ver cómo su ritmo de vida, la potencia con la que ocupaban y aprovechaban su tiempo se esfuma de golpe. Resulta bastante frustrante no reparar algunas cosas en la casa, no poder ver bien para enhebrar un hilo; en pocas palabras, es bastante agobiante sentir que no se puede ocupar el tiempo como antes, pero es mucho peor sentir que no se puede ocupar en lo que se quisiera.

En estas situaciones de desespero encontramos un duelo, pero también una oportunidad. Aquél joven que podía realizar un millar de cosas se ha ido y es importante vivir este duelo, pero es más importante aún, encontrar maneras de transformar aquel deseo de ocupar el tiempo con otras actividades similares que estén al alcance de las capacidades, cada vez más limitadas por la edad. Esta transformación implica la capacidad de despedirse, de poder olvidar (Han, 2018, p.243). Despedirse y olvidar no deben entenderse como indiferencia, sino como un duelo necesario ante las nuevas situaciones de la vida, para así poderse abrir a lo repentino, lo inesperado. Estas transformaciones deben darse con afabilidad, sin angustia, sin resentimiento, dejando estar lo repentino. La afabilidad es la despedida del pasado que inmoviliza el alma, y es también la transformación que hace florecer el espíritu para dejar ser lo repentino. Fluir en lo repentino se trata de estar en un tiempo sobre el cual no se tiene poder, se trata del futuro, que es absolutamente sorprendente. Esta transformación implica, además, abandonar aquellas ansias de poder y de control sobre el tiempo y sobre lo que

acontece en él, pues con el tiempo que se agota con el acercamiento de la muerte, no se puede ahorrar con la vida.

En este momento es crucial un cambio de perspectiva sobre sí mismo; el anciano no es víctima del paso del tiempo o del decaimiento del cuerpo, es ahora un agente distinto, más consiente de sí mismo, de lo que ha perdido, de lo que le queda, de lo que puede y quiere hacer. Entonces, es allí donde la transformación emerge de manera afable. El anciano puede hacer cosas y muy útiles y gratificantes. Puede aportar a su comunidad o a su familia sus memorias, su experiencia, y con su imagen no demostrarse vencido, pues no ha perdido nada, solo ha cambiado. Se prepara para el acto más sublime de la vida, la delegación. Entonces, podemos acostumbrarnos e incluso llegar a disfrutar de nuestra estancia en aquella cabaña que nos parecía aburrida, pues podemos descubrir nuevas maneras de disfrutar el tiempo y el entorno, sin afanes, sin presiones. Así pues, el aburrimiento, la frustración y la lentitud pueden ser asfixiantes, tediosas, y hasta detestables, pero en ellas se abre un cambio para la transformación de la vejez en una nueva posibilidad de vida y actuar, con otras medidas y parámetros, para no ser ya considerada un problema, sino una posibilidad.

La vejez se convierte en posibilidad por medio de la transformación afable, pues “a la vejez vemos ahora ahí, potenciado, todo aquello que más a fondo habíamos aborrecido” (Canetti, 1997, p.75). Entonces, enfrentarse a aquello que habíamos aborrecido, como la lentitud, el aburrimiento, incluso el silencio, nos permite comprender la finitud del tiempo y de la vida, para justamente en este punto transformarnos acogiendo esta nueva situación serenamente, con el espíritu tranquilo, pues “la finitud eleva al hombre. Le posibilita una singular experiencia del tiempo como Don” (Han, 2018, p.260). Pensar y sentir el tiempo como don, nos permite apreciarlo de manera diferente, ya no como si fuéramos sus dueños, sino más bien, sus invitados. Desprenderse de la concepción del tiempo como un bien que hay que aprovechar y administrar, hace que dejemos de amarrarnos a él y nos abramos a sus posibilidades; hace que nos comportemos como invitados, dejándonos sorprender, siempre serenamente. Así pues, desprenderse de la angustia ante el tiempo que se acaba, y dejar ser lo inesperado, incluyendo la muerte, permite una transformación

afable que a su vez nos posibilita la apertura a una alegría serena, en el disfrute de nuestras nuevas capacidades, y del tiempo que se agota. Entonces, en palabras de Han (2018): “la serenidad como cobrar conciencia de la mortalidad rehace y reanima el yo, lo abre para lo que no es yo. Suscita afabilidad” (p.269).

Vivir serenamente también presupone enfrentarse al silencio, y transformarlo afablemente para acogerlo y disfrutarlo. Retomemos la idea de una cabaña soñada, seguramente allá, en medio del bosque, o la montaña, o frente al mar, los sonidos que escuchemos serán considerablemente mucho menores de los que escuchamos en la ciudad. Quizá el silencio nos obstine un poco, prefiramos escuchar música, o concentrarnos en el canto de las aves o el sonido de las olas al romper en la orilla de la playa. Sin embargo, nos llegará un momento en el que el silencio se manifiesta implacablemente, y es allí donde debemos permitirnos alcanzar otra transformación afable, apreciando el silencio. Tal vez en un comienzo soportar el silencio sea una tarea tediosa, pero poco a poco el silencio propaga un campo de resonancia afable, sereno, en el podemos hablarnos a nosotros mismos, e incluso desahogarnos. Entonces, el silencio nos permite acoger una existencia más allá del poder y la apropiación, pues este silencio “libera al hablante para sí mismo” (Han, 2018, p.264). El silencio no solo escucha, sino que acoge las palabras, los quejidos, los lamentos, las risas, los suspiros, todo; lo hace de una manera tan afable, tan serena, como si aquellos sonidos y expresiones entraran en un monasterio y se instalaran ceremonialmente en él.

Por otro lado, también hemos visto la lucha contra el tiempo en nuestra apariencia. En capítulos anteriores describimos cómo la técnica quiere detener el tiempo en nuestra piel, en nuestros cuerpos. Entonces, matar el tiempo no sólo es una lucha contra el aburrimiento, sino contra la muerte. Pero, ¿qué pasaría si no luchamos contra el tiempo, sino más bien lo disfrutamos? Esto sucede en la vejez, pues hay tiempo para todo, hasta para pensar en aquellas cosas que no pensamos en la juventud. En la vejez nos dedicamos a la siesta, a leer, a cocinar y comer, a pasear, a hacer todo lo que alguna vez quisimos tener tiempo. Este cambio de conciencia sobre el tiempo se da en función de su finitud. Es decir, el tiempo se acaba y con él mi vida. Así, “la

sabiduría nace del tiempo que pasa y que crece en la conciencia del siempre menos – siempre menos tiempo para vivir.” (Redeker, 2017, p.138).

Pensar en el tiempo que se acaba es también pensar en la muerte. En la vejez se piensa qué hacer con el tiempo que queda mientras llega la muerte, pero también se piensa la de esta y lo que esto significa para el conjunto de la vida. Se puede pensar la muerte objetivamente, encarnada en la muerte de otros, incluso de nuestros familiares y amigos. Pensar la muerte de manera objetiva puede ser de cierta manera cómodo, pues en ella se refleja la finitud de la que no podemos escapar, pero mientras la miramos objetivamente, el problema de la finitud y la muerte sigue siendo de otros, no nuestro. Ahora bien, hay que admitir que con la muerte de otros “aquello que ya sabíamos, de pronto empezamos a descubrirlo *de otro modo*” (Janckélévitch, 2002, p.26). Es decir, la muerte de nuestros parientes no nos ha enseñado nada que no supiéramos ya, pues todo lo que hay que saber sobre la muerte, ya lo sabíamos. Sabemos que todos los seres humanos son mortales, por tanto, nuestros familiares en tanto que son seres humanos, son mortales y han de morir algún día. Pero no es sino hasta que sucede la muerte de uno de ellos, en la que nos damos cuenta de que comenzamos a saber lo común de la mortalidad pero en otro orden, en otra perspectiva, bajo una luz diferente.

Quien se viste de luto “no ha aprendido nada nuevo, y sin embargo no hay duda de que ha aprendido algo, algo impalpable e innominable” (Janckélévitch, 2002, p.26). Esto es, la experiencia del luto y el duelo, de verse inmerso en honras fúnebres, lágrimas y pésames por los otros, particularmente los más cercanos a nosotros, es el descubrimiento de una profundidad desconocida; es decir, es la experiencia que nos permite tomar la muerte en serio. Esto no es un secreto, al contrario, resulta evidente que la muerte no es jugando, sino que es en serio. Pero lo novedoso de la toma de conciencia del misterio de la muerte por medio del luto, es la unión de aquel saber abstracto sobre la muerte y el acontecimiento efectivo de ella. Con la muerte de nuestros parientes la muerte deja de ser una posibilidad lejana, para convertirse en efectividad, que en ese momento le correspondió a nuestro familiar, pero en cualquier otro instante podríamos ser nosotros. Así pues, “aquello que apenas intuíamos, de

pronto lo comprendemos con todo el alma, mejor aún, con la vida entera” (Janckélévitch, 2002, p.27).

Sin embargo, cuando la muerte se nos acerca lo suficiente como para pensarla con propiedad, apropiándonos del hecho de que somos mortales y moriremos pronto, la tarea se vuelve más difícil. Podemos preguntarnos ¿cómo pensar la muerte? Dice Janckélévitch (2002), que es “pensar lo impensable” (p.155). Nuestras reflexiones sobre la muerte son difíciles puesto que “la muerte no es nada, es nulidad” (Amery, 2001, p.120). Entonces, si sobre la muerte misma no podemos pensar, solemos pensar sobre el proceso de muerte y todos nuestros miedos. Se piensa en el proceso de morir gradualmente, “donde el miedo está justificado, pues comporta, en efecto, tormentos físicos de diversa entidad, y se dice habitualmente: no tengo miedo de la muerte, sino de a la enfermedad y del dolor” (Amery, 2001, p.120).

Los problemas físicos son terribles, pero para ellos la medicina ha avanzado lo suficiente como para darnos un poco de tranquilidad, calmarnos el dolor y brindarnos algunas comodidades en nuestro proceso de muerte. Sin embargo, hay otros miedos para de los cuales la ciencia no puede hacer gran cosa. Al contemplarnos en nuestro inminente final, al estar situados en el ‘ya no hay más’, nos preguntamos ¿entonces qué hubo?, ¿qué hay ahora?, ¿qué me llevo?, ¿qué dejo? Todas estas preguntas podrían ser más incómodas y agobiantes que los dolores físicos. La vejez como contemplación no es sólo contemplación del mundo, sino de nosotros mismos, más allá de donde nuestro cuerpo nos duele. Es usual que al examinarnos en retrospectiva sintamos culpa, remordimiento, nostalgia. Podemos querer liberarnos de estos sentimientos, pero por ejemplo, en cuanto la culpa, esta significa que hemos vivido una vida auténticamente humana. En la culpa nos vemos humanos, menos divinos, menos máquinas; nos vemos como seres con falencias, con errores, con cosas que pudieron haberse hecho mejor, o incluso que simplemente debieron hacerse. Deshacerse de la culpa no es tarea fácil, incluso, tal vez ni siquiera sea necesario eliminarla, sólo acogerla, afablemente, y ver en ella nuestra humanidad, nuestra finitud, e incluso nuestra carencia.

Ante la muerte podemos pensar también en darnos autoconsuelo, es decir, saber que los muertos ‘descansan’ o ‘duermen para siempre’; pero notamos rápidamente que

estos son consuelos, que, si lo pensamos bien, los muertos no están, no hacen, no son. Entonces, ¿qué seremos o qué haremos cuando la vida acabe? No lo sabemos y vivir con preguntas sin respuesta es tan agobiante que en la mayoría de las veces optamos por aceptar algunas respuestas que pueden no ser las mejores, pero al menos distraen nuestras preguntas y satisfacen, así sea parcialmente, nuestras inquietudes. No tenemos que vivir deprimidos ante la muerte, podemos imaginar y creer que hay un lugar mejor más allá de esta realidad en la que vivimos, que nos liberaremos del cuerpo y sus dolores, que viviremos entre nubes al ir al cielo, o a algún otro lugar espiritual donde habitan nuestras esperanzas. Podemos creer que nos reencontraremos con viejos amigos o familiares, como Sócrates que al ser condenado a muerte no lo tomó tan mal, al pensar que gracias a la muerte se encontraría con sus ídolos, como dice Platón en la *Apología*:

Si, por otra parte, la muerte es como emigrar de aquí a otro lugar y es verdad [...] ¿Cuánto daría alguno de vosotros por estar junto a Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero? Yo estoy dispuesto a morir muchas veces, si esto es verdad, y sería un entretenimiento maravilloso (40e-41b).

Sin embargo, a pesar de todo lo que decidamos creer sobre lo que es la muerte y lo que sucede tras ella, no dejaremos de sentir aquella zozobra producida por la incertidumbre ante el fin de la vida.

Al acercarse la muerte en la vejez nos enfrentamos a una contradicción, pues aceptar la muerte que viene es rechazar la vida, lo cual nos genera bastante conflicto, así que de cierto modo hacemos un acuerdo con la muerte en lugar de aceptarla. Este acuerdo es un compromiso más que un deseo, llegará la muerte y me iré con ella, pero no porque así lo quiera. Este acuerdo se ejemplifica en una oración Finlandesa que dice “Señor, si me llamas, te sigo de buen agrado, pero no esta noche”, pues “quien sabe que se acerca la muerte [...] Quiere morir (en realidad no quiere, pero sabe que va a morir y por lo tanto asegura que se prepara), pero no esta noche, ni a esta hora. Cada noche es esta noche, y cada hora es esta hora” (Amery, 2001, p.139). Lo que queda plasmado en la oración, es que sabemos que vamos a morir, pero a pesar de ello, siempre nos hará falta una noche, un día más.

Prepararnos para morir parece ser una tarea difícil, pero para esta misión está la filosofía, para revisarnos constantemente, comprender que vamos más allá del cuerpo, y con ello, prepararnos para morir. Dice Platón en *Fedón* “los que de verdad filosofan [...] se ejercitan en el morir” (67e). Pues ejercitarse en el morir es elevarse sobre el cuerpo y la sensibilidad en la búsqueda de lo más elevando, el Bien, la verdad, la virtud. Para esto se necesitará la liberación del cuerpo para la contemplación de estas ideas. Por tanto, el vida se procura la correcta administración de los placeres e impulsos del cuerpo, para no nos distraigan más de lo necesario en nuestra búsqueda de la verdad, del Bien y de la virtud. Sin embargo, en la vejez estos placeres disminuyen con el tiempo haciendo que sea más fácil concentrarse en los asuntos del espíritu, de tal modo que cuando llega la muerte, muere el cuerpo y con él todas sus pasiones.

Entonces, como lo describe Platón; “estar muerto es esto: que el cuerpo esté solo en sí mismo, separado del alma, y el alma se queda sola en sí misma, separada del cuerpo” (64c). Es decir, al momento de la muerte, muere en cada hombre lo que es mortal, mientras que lo que es inmortal “se marcha hacia un lugar distinto y de tal clase, noble, puro e invisible, hacia el Hades en sentido auténtico, a la compañía de la divinidad buena y sabia” (80d). Así pues, es necesario filosofar rectamente durante la vida, para acercarse al conocimiento de lo puro y lo verdadero en vida tanto como se pueda, para que al momento de morir, no nos angustie demasiado la suerte que a este le espera, pues también nos hemos procurado bienestar y salud en nuestros asuntos espirituales, que nos acompañarán y soportarán cuando el cuerpo se esté desvaneciendo, hasta que finalmente se vea sometido por el mundo.

Ahora bien, como hemos visto hasta ahora, “la vejez permite a cada persona una apertura hacia el país que la filosofía ha buscado desde siempre, la sabiduría” (Redeker, 2017, p.130). Sin embargo, no necesita de la vejez para alcanzar la sabiduría. Para esto es necesario eliminar la cuestión del tiempo y su relación con la vejez de nuestra ecuación. Sin duda, con la vejez se hace más evidente el advenimiento de la muerte, pero no necesariamente es así. Pues bien sabido es que desde que nacemos el tiempo comienza a agotarse, es decir, cada paso que damos, lo damos hacia la muerte. Así, no es necesario esperar a la vejez para ocuparnos de nosotros mismos, por quienes

somos, lo que hacemos. En este sentido, posee la sabiduría es “tener a cualquier edad la edad de la vejez” (Redeker, 2017, p.139), y no al contrario, ‘aun siendo viejo, seguir siendo un joven’ como lo demanda el *jovenismo* actual.

Abrirnos a la filosofía, a las cuestiones más profundas, no debe ser exclusivamente una actitud que se dé en la vejez. Es necesario pretender el Bien, buscar la virtud y la verdad. Ahora bien, esto no significa que nos dediquemos a tomar la siesta nada más, pues no por dedicarnos a la filosofía debemos excluir nuestras actividades, dado que para nadie es un secreto que la virtud no pagará nuestros alimentos o nuestros medicamentos. Se trata, entonces, de tener un equilibrio, de realizar nuestras actividades técnicas, cuidar de nuestro cuerpo, de nuestra imagen, pero pensando también en lo que las trasciende, dedicándonos también a embellecer nuestro espíritu, y alimentar la virtud. Entonces, de lo que hablamos es de vivir *como* los viejos, pensando en el tiempo, disfrutándolo, pues como lo dice Séneca en la epístola XCIII “hagamos que nuestra vida sea como las cosas preciosas, que tienen más peso que extensión” (385), pues la muerte no distingue edad, o acumulación de experiencias; la muerte puede ser ahora, sin importar cuánto tiempo se haya vivido, lo que pesará es lo que se hizo con ello.

Así pues, filosofar nos abre a nuestra realidad interior, por medio de la cual nos encontramos con nuestra humanidad frágil, contingente, finita. En este encuentro tenemos la necesidad de cuidarnos, de procurarnos el mayor bien posible, por medio de la virtud, de los amigos, de la reflexión; para así aceptarnos tan humanos como somos, con arrugas y culpas, alegrías, travesuras con amigos, grandes decepciones y amores épicos. Abrirnos a la filosofía es buscar la verdadera *eutanasia*, el buen morir, no con una cara tersa sin marca del tiempo, sin arrugas. El buen morir consiste en la tranquilidad de espíritu que equilibra nuestras experiencias humanas, buenas y malas, reconociendo en ellas una vida vivida auténticamente, en constante cambio, constante autodescubrimiento y autoconquista; una vida en calma consigo misma, sin deuda, sin temor a marcharse, pues ha vivido y se ha disfrutado vivir. Esto significa *eutanasia*: una buena vida que acoge a la muerte afablemente, con espíritu sereno, hasta marcharse con ella.

CONCLUSIONES

Con todo el recorrido que hemos hecho hasta ahora, hemos podido constatar y examinar los peligros que asechan a la vejez hoy en día. En primer lugar, anotamos que vejez es un término que hace estremecer, que es inquietante, pero es impreciso. No sólo es impreciso, sino que es relativo, dinámico, cambia como cambian los múltiples criterios que lo componen. Así cosas, la vejez ha ido cambiando a lo largo del tiempo, aunque con todos los cambios que ha sufrido, su percepción no haya sido favorable, y no lo sea hoy en día. En nuestro camino encontramos que la vejez ha estado en aprietos desde siempre, pero que, además, su posición ha cambiado, pues ha estado dentro y fuera de los afectos de las sociedades. Con ello podemos decir que la vejez ha sido concebida como un problema.

Como la vejez cambia según cambian sus criterios, hoy en día nos encontramos en la necesidad de pensarla en las condiciones que la enmarcan actualmente. En estos tiempos la vida se ve fuertemente marcada por la producción y ciertos estándares de belleza que se limitan al cuerpo y que, además, convergen en la juventud. Es decir, en el contexto en el que se desarrolla la vida hoy, se exige el buen estado de la salud y la belleza del cuerpo, para así facilitar y aumentar la producción y acumulación de riqueza. Estas condiciones, la buena salud y la belleza, se han reducido exclusivamente al cuerpo, de tal modo que el hombre contemporáneo se identifica plenamente con este, con su cuerpo, dejando de lado las otras esferas constitutivas de la humanidad, esto es, no aceptar su propia fragilidad, y por ello, tratar de huir de ella.

El hombre identificado con su cuerpo se ha propuesto una meta, que su cuerpo esté siempre en óptimas condiciones para la producción y para la experiencia de

momentos sumamente intensos. Este deseo de querer hacer, vivir, y tener siempre más se ha resumido en el deseo y en la búsqueda de la eterna juventud, que está asociada a la salud y a la belleza.

En la búsqueda por la eterna juventud se ha llegado a olvidar, disfrazar e incluso a pretender eliminar los rastros de fragilidad, contingencia, vejez, enfermedad y muerte en los humanos. Estos procesos encierran la inclusión de productos ‘antiedad’ para evitar las arrugas, encubrir las canas, devolver la potencia sexual a los ancianos, entre otras; cuyo proceso natural de envejecimiento implica la pérdida de ciertas capacidades, y la aparición de rasgos característicos de estos acontecimientos vitales. Por otro lado, la medicina ha ido más allá de la terapéutica, es decir, curar problemas de salud y reparar ciertas afecciones es solo una parte de la ocupación de la medicina. Con el surgimiento de la medicina estética, no se busca curar, sino mejorar, perfeccionar ciertos aspectos desfavorables, o no congruentes con el ideal de belleza imperante.

A lo largo de nuestra investigación vimos que la vejez no es considerada una enfermedad, pero hoy en día algunas posturas sostienen que hay tratarla *como si* lo fuera. Es decir, hay que buscar tratamiento para ‘curar’ a los hombres que sufren de vejez. Sin embargo, con la conjunción de las funciones de la medicina, la terapéutica y el perfeccionamiento, erradicar la vejez del desarrollo de la humanidad no parece ser un sueño lejano, sino uno que poco a poco se convierte en realidad. Sin embargo, esto tiene un peligro, pues si los humanos erradicamos la vejez, la enfermedad y la muerte, ¿seguimos siendo humanos? Tal vez con esta transformación se avecina la muerte del hombre, su entierro y su olvido, para dar paso a otra especie, más fuerte, más ‘bella’, y más productiva. Sin embargo, mientras eso sucede, jugamos a ser otros, a maquillarnos hasta la conciencia, y estirar nuestra piel como estiramos la vida que inevitablemente se nos va. Estamos realzando lo humano, lo nuevo humano, que no es humano. Nos estamos convirtiendo en café descafeinado, en una contradicción que lucha contra sí misma.

Este diagnóstico que hemos hecho tiende a empeorar, pues la expresión ‘la muerte del hombre’ se usaba hasta hace poco nada más como una metáfora. Sin

embargo, con el pasar de los días el deseo por erradicar la vejez y la fragilidad del mapa antropológico se incrementa, al igual que incrementan los costos de vida de los ancianos. Todas las necesidades que ocupa la vejez son demasiado costosas, a cambio de que los ancianos no produzcan más riqueza por sus reducidas capacidades. Entonces, se les ha vendido la idea de que vivir con esos sufrimientos no es digno, y por ello considerar la muerte como la mejor de las opciones es una sabia decisión. Así, nos encontramos ante la posibilidad de un *gerontocidio*, ante el deseo y la posible realización de la eliminación de los indeseables.

Estas terribles ideas tienen a la vejez en jaque, pero cómo lo vimos a lo largo de nuestra investigación, estas posturas se deben a que la vejez se ha concebido como un problema, como un impedimento para el desarrollo de las sociedades. Sin embargo, en el desarrollo de este trabajo apuntamos hacia otra perspectiva, una más filosófica. Para estos tiempos oscuros no hay nada mejor que la reflexión filosófica, que nos lleva a pensar que la vejez no es un problema, sino una posibilidad. Los ancianos no son un problema, o un estorbo; son tradición, memoria, aventuras, experiencia, son sabiduría de una vida ya vivida. Sin embargo, aunque ahora podamos decir eso con seguridad, nos cuesta convencer al *jovenismo*, la ideología de turno, de esta nueva perspectiva; pues los viejos mismos, están completamente convencidos de esta ideología, y se sienten en la necesidad de verse y sentirse como jóvenes para tener una posición social, un reconocimiento. Por tanto, el uso de la filosofía es indispensable, pero será difícil.

En primer lugar, nos reencontramos con nuestra propia fragilidad, nos asomamos al espejo profundo de la filosofía que nos invita a conocernos a nosotros mismos constantemente, a hacernos cargo de nuestra existencia asumiendo y acogiendo nuestros cambios, nuestras potencias y declives. Asomarnos a este espejo nos ha puesto en un horizonte en el que habitan más seres que también son frágiles, que a pesar de sus achaques y problemas de salud, procuran siempre cuidarnos, y nosotros cuidarlos a ellos. Estos personajes son nuestros amigos, nuestra familia, quienes han tenido la capacidad de ver más allá de las apariencias, tan veneradas hoy en día, para acogernos en nuestra fragilidad y en nuestra contingencia. Así, la amistad se convierte en una

necesidad ética, en una cuestión vital para asegurar el cuidado y el disfrute de todas las etapas de la vida.

El llamado que hace la filosofía dándole a la vejez el estatuto de posibilidad implica acercarse a los asuntos más humanos en su profundidad con una actitud afable y no con un heroísmo activo, sino más bien amoroso. Esto nos lleva a ir más allá de la producción, del momento inmediato, para ver y vivir el tiempo de otra manera, para comprender la belleza y apreciarla yendo mucho más allá del cuerpo. El llamado que hace la filosofía es al reencuentro con las esencias por más tenebrosas que puedan ser. Entonces, se trata de no tomar una actitud de lucha que no deja más que muertos, sino que se trata entonces de tomar una actitud de acogida, de reflexión, quizá una postura un poco más estoica, que no esté centrada en la producción de riqueza y en la creación de problemas y luchas innecesarias, sino en el aprovechamiento de todas las etapas de la vida, sin que por sus cambios, ganancias o pérdidas pierdan valor.

En la apertura que hacemos con la filosofía rescatamos a la vejez de los velos que la cubren, la amenazan y la condenan. Con esta apertura aceptamos la belleza en un sentido más amplio y más valioso, al igual que el cuidado, que no se limita al cuerpo. Sin embargo, este cambio de perspectiva no será universal, ni será sencillo, pues la nueva concepción del hombre limitada a su cuerpo, que descuida los asuntos espirituales, parece estar arraigada en el corazón de las sociedades occidentales. Pero en cuanto tengamos la valentía de voltear la mirada sobre estos asuntos, nuestro espíritu se verá alimentado por la reflexión, por los amigos, por los recuerdos, y no por los lamentos de las expectativas que no se cumplen.

Además, el ejercicio filosófico nos abre nuevos horizontes de sentido y de valor. Con un cambio de mirada la vejez adquiere un valor inmenso para la reflexión, la preservación de la cultura, de la tradición. Entonces, la vejez desde esta nueva perspectiva es capacidad para la teoría, para la reflexión, es un momento vital en el que el hombre se encuentra con su naturaleza; y si va de la mano del quehacer filosófico, puede abrazarla, aún con todas las preguntas e incertidumbres que la envuelven. Por otro lado, la filosofía pone todo de cabeza, pues así como el anciano tiene el tiempo y la capacidad para la reflexión más afianzada, deberíamos pues vivir en todas las etapas

de la vida como si fuéramos ancianos, procurándonos una vida tranquila y un espíritu sereno; y no al contrario, es decir, vivir como si fuéramos jóvenes en todos los momentos de la vida. Ciertamente, la filosofía nos pondrá de frente otras necesidades, pero lo mejor de estas es que se pueden suplir sin necesidad de invertir dinero en ellas, solo se necesita tiempo y quizá un buen café que de preferencia no esté descafeinado.

Finalmente, aunque aún no podamos cantar victoria, por lo menos hemos logrado quitarnos la venda, para poder ver a la vejez desde otra perspectiva. Tal vez esto no sea suficiente para salvarla, pero basta para darle un aliento de vida, que tome fuerza con acciones que permitan implementar todo lo que hemos descubierto. Ojalá soltemos este escrito y llamemos a un amigo para hablar con él sobre cualquier cosa, o nos tomemos un rato para degustar el paso del tiempo, tal vez no vivir intensamente a cada segundo de la vida, sino vivir de tal forma que cuando la muerte llegue a nuestro encuentro, podamos decir que disfrutamos vivir tanto, que volveríamos a repetirlo todo, sin cambiar nada de ello. Ojalá algunas de estas reflexiones hayan aumentado nuestra verdadera belleza, o nos hayan inspirado nuevas formas de cuidarnos. Ojalá lleguemos a la vejez sin fastidio, pero con entusiasmo, para ver, vivir y disfrutar la vida desde aquella nueva perspectiva, para que cuando llegue la muerte, vayamos en calma junto a ella, sin una espuria resignación, sino más bien con una mirada afable.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2006). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. España: Pre-textos.
- Agamben, G. (2017). *El uso de los cuerpos*. Buenos Aires: Adriana Higaldo Editora.
- Amery, J. (2001). *Resistencia y revolución. Acerca del envejecer*. Marisa, B. & Eduardo, A. trad. Valencia: Pre-textos.
- Aristóteles. (1988). *Política*. Madrid: Editorial Gredos.
- Aristóteles. (1993). *Ética Nicomaquea*. En J. Pallí Bonet. (Trad.), *Ética Nicomaquea. Ética Eudemia*. Madrid: Editorial Gredos.
- Aristóteles. (1994). *Retórica*. Madrid: Editorial Gredos.
- Barthes, R. (1999). *Mitología*. México: Siglo XXI.
- Benoist, A. (2014). *Les démons du bien*. Paris: Pierre-Guillaume de Roux Editions.
- Bioy, A. (1999). *Diario de la guerra del cerdo*. Barcelona: Ediciones Altaya.
- Burke, E. (2015). *De lo sublime y lo bello*. Madrid: Alianza editorial.
- Canetti, E. (1997). *Apuntes 1992 – 1993*. Madrid: Anaya.
- Canguilhem, G. (2011). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo Veintiuno editores.
- Castro Orellana, Rodrigo. (2005). La frase de foucault: el hombre ha muerto. *Alpha (Osorno)*, (21), 225-233. doi: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012005000100015>
- de Beauvoir, Simone. (2011). *La vejez*. Buenos Aires: De bolsillo.
- De la Iglesia, A. Bang, C. & Martínez, K. (productores) y Casanova, E. (Director). (2017). *Pieles*. España: Pokeepersie. Nadie es perfecto. The Other Side Films & Netflix.
- Derrida, J. (1988). ¿Qué es la poesía?. En *Poesía, I, II*. Milan. Recuperado de: <https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/poesia.htm>
- Descartes, R. (2011). Discurso del método. En C. Florez (Ed.), *Descartes*. Madrid: Editorial Gredos.
- Descartes, R. (2011). Meditaciones metafísicas. En C. Florez (Ed.), *Descartes*. Madrid: Editorial Gredos.

- Donoso Salinas, R. (2006). Ancianos y ciudad. *Revista de Sociología*, (20), 27-34. doi:10.5354/0719-529X.2006.27536
- Edelglass, W. (2006). Levinas on suffering and compassion. *Sophia*, 45(2), 43-59.
- Epicuro. (1999). Carta a Meneceo. *Onomazein*, (4), 403-425.
- Ferry, L. (2017). *La revolución transhumanista. Cómo la teconomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, D. F.: Siglo XXI editores.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La piqueta.
- Gadamer, H. (2011). *El estado oculto de la salud*. Barcelona: Gedisa.
- Gomez, N. (2002). *Escolios a un texto implícito*. Bogotá: Villegas Editores.
- Han, B. (2011). *La salvación de lo bello*. Barcelona: Editorial Herder.
- Han, B. (2018). *Muerte y alteridad*. Barcelona: Editorial Herder.
- Heidegger, M. (1986). *El Ser y el tiempo*. José Gaos, trad. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (1994). La pregunta por la técnica. En E, Barjau. (Trad.), *conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Heidegger, M. (1994). Superación de la metafísica. En E, Barjau. (Trad.), *conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Hesiodo. (1978). *Los trabajos y los Días. en Obras y Fragmentos*. Madrid: Editorial Gredos.
- Hesiodo. (1978). *Teogonía. en Obras y Fragmentos*. Madrid: Editorial Gredos.
- Jankelevich, V. (2006). *Pensar la muerte*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Jankelevitvh, V. (2002). *La muerte*. Valencia: Editorial Pre-Textos.
- Juvenal. (1996). *Sátiras*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Kant, I. (2007). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. San Juan: Pero M. Rosario Barbosa.
- Kant, I. (2008). *La metafísica de las costumbres*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Lacub, R. (2005). *La terapéutica estoica con la vejez. Estudios Interdisciplinarios sobre o Envelhecimento*, (7), 87-100.
- Lévinas, E. (2003). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Salamanca: Ediciones sígueme.
- Luna, L. (1991). El anciano en la historia. *Avances en enfermería*, IX (1), 21–25.
- Marco Aurelio. (2005). *Meditaciones*. Madrid: Editorial Gredos.
- Marco Tulio Cicerón. (2002). *Sobre la amistad*. Madrid: Editorial Trotta.

- Marco Tulio Cicerón. (2005). *Sobre la vejez*. Madrid: Editorial Tal Vez.
- Marquard, O. (2001). *Filosofía de la compensación*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Martínez Ortega, M., Polo Luque, M., & Carrasco Fernández, B. (2012). Visión histórica del concepto de vejez desde la Edad Media. *Cultura de los cuidados*, 6(11), 40-46. doi:<https://doi.org/10.14198/cuid.2002.11.08>
- Marx, K. (1970). *La ideología alemana*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- Marx, K. (2001). *Manuscritos económicos y filosóficos de 1884*. Biblioteca virtual Espartaco.
- Marx, K. (2008). *El capital. Tomo I. Libro Primero. El proceso de producción del capital*. México, D. F.: Siglo XXI editores.
- Millán-Anteciano, M. (2017). Persona y rostro, principios constitutivos de la bioética personalista. En *Persona y bioética*, 16 (2), 165-174.
- Minois, G. (1987). *Historia de la vejez. De la antigüedad al Renacimiento*. Madrid: Nerea.
- Nascher, I. (2018). *Geriatrics: The Diseases of Old Age and Their Treatment. Including Physiological Old Age, Home and Institutional Care, and Medico-legal Relations*. Morrisville: LULU Press.
- Nemo, P. (1995). *Job y el exceso del mal*. Madrid: Caparrós Editores.
- Neruda, P. (2007). *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Santiago de Chile: Ril Editores.
- Nussbaum, M. & Levmore, S. (2018). *Envejecer con sentido. Conversaciones sobre el amor, las arrugas y otros pesares*. Barcelona: Paidós.
- Philibert, M. (1984). Le statut de la personne âgée dans le sociétés antiques et preindustrielles. *Sociologie et sociétés*, 16(2), 15 – 28.
- Platón. (1985). Apología. En J. Calomge Ruiz., E. Lledó Iñigo. & C. García Gual. (Trad.), *Platón Diálogos I*. Madrid: Editorial Gredos.
- Platón. (1985). Hippias. En J. Calomge Ruiz., E. Lledó Iñigo. & C. García Gual. (Trad.), *Platón Diálogos I*. Madrid: Editorial Gredos.
- Platón. (1988). Banquete. En C. García Gual., M, Martínez Hernández. & E. Lledó Iñigo. (Trad.), *Platón Diálogos III*. Madrid: Editorial Gredos.
- Platón. (1988). Fedón. En C. García Gual., M, Martínez Hernández. & E. Lledó Iñigo. (Trad.), *Platón Diálogos III*. Madrid: Editorial Gredos.
- Platón. (1988). República. En C, Eggers Lan. (Trad.), *Platón Diálogos IV*. Madrid: Editorial Gredos.
- Platón. (1999). Leyes. En F, Lisi. (Trad.), *Platón Diálogos IX*. Madrid: Editorial Gredos.
- Prieto, O. (1999). Gerontología y Geriatria. Breve resumen histórico. *Resumed*. 12(2), 51-54.

- Redeker, R. (2014). *Egobody La fábrica del hombre nuevo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Redeker, R. (2017). *Bienaventurada vejez*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Redeker, R. (2018). *El eclipse de la muerte*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro*. México: Siglo veintiuno editores.
- Rosenkranz, K. (1992). *Estética de lo feo*. Sevilla: Julio Ollero Editor, S. A.
- Schopenhauer, A. (2005). *El mundo como voluntad y representación I*. Madrid: Editorial Trotta.
- Schopenhauer, A. (2009). *Parenga y Paralipomena I*. Madrid: Editorial Trotta.
- Séneca, L. A. (1884). *Epístolas morales a Lucilo*. Madrid: Luis Navarro Editor.
- Séneca, L. A. (1986). Sobre la brevedad de la vida. En C, Codoñer Merino. (Trad.), *Diálogos*. Madrid: Tecnos.
- Shopenhauer, A. (2009). *El arte de envejecer*. Editor digital: titivillus.
- Shopenhauer, A. (2010). *Senilia. Reflexiones de un anciano*. Barcelona: Editorial Herder.
- Swift, J. (2012). *Una humilde propuesta*. Madrid: Nórdica Libros.
- Von Fürstenberg, M. & Kügler, H. (productores) y Dörrie, D. (Director). (2008). *Las flores del cerezo*. Alemania: Majestic Film Verleih & Olga Film.
- Warren, M. (1946). Care of the chronic aged sick. *The Lancet*, 247(6406), 841-847. Doi: [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(46\)91633-9](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(46)91633-9)
- Wilde, O. (2000). *El retrato de Dorian Gray*. Barcelona: S.L.U. Espasa Libros.